THELÉNA,

Ó

EL AMOR Y LA GUERRA.

Por Victor Ducange.

—

TOMO II.

Cádiz.
IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.° 58½.

1847.

Es propiedad de la casa de Arjona.

1.

Meditan la ruina de un trono, conspiran contra la muerte de un tirano.... La victoria decidirá si deben reputarseles por héroes ó criminales, y si es necesario preparar laureles ó suplicios.

Segun queda ya referido, el príncipe Palamos habia regresado à su patria. Su jòven esposa habia sido recibida en ella con tanta alegria como admiracion, y su naciente familia crecia bajo el bello clima de la Atica, en tanto que los acontecimientos políticos seguian el curso rápido que muy pronto debia mudar la faz del Oriente.

La Grecia no era ya mas la tierra de la des-

dicha, de la miseria, consagrada por el despotismo al silencio de las tumbas. Un rayo de la libertad habia calentado su suelo helado por la esclavitud, y el movimiento general que desarrolló desde aquel entonces entre todos los pueblos las ideas de una independencia fundada y legítima, habia ido hasta despertar en sus hierros á un pueblo en otro tiempo demasiado grande para degradarse enteramente bajo la cuchilla de los bárbaros africanos.

Al favor de la lucha terrible que la revolucion francesa acababa de hacer reventar en todos los puntos de la Europa, los griegos activos y vigilantes, se habian apoderado, bajo el pabellon turco, único declarado libre de todo el comercio del Archipiélago, estendiéndolo muy pronto á todos los puertos del Mediterráneo.

Bien notorios son su ardor, su talento, su maña. Prosperaron rápidamente: el comercio esparció entre ellos alguna riqueza, la riqueza escitó á la industria, llamó á las artes, á la instruccion, á las ciencias de la Europa; abriéronse varios colegios en casi todas las grandes ciudades; la Francia, la Alemania, la Inglaterra, suministraron modelos á la Grecia, del mismo modo que la Grecia sirviera en otro tiempo de modelo al universo,

y su aspecto mudó mágicamente; porque al esclavitud fundada por el despotismo sobre la ignorancia, la miseria y el embrutecimiento de los hombres, es incompatible con la industria, el comercio, la instruccion y la riqueza de los pueblos.

Desde este momento prncipió para la Grecia la obra de su libertad, y aquellos que por su nacimiento, su rango elevado, sus bienes de fortuna, debian ser los primeros autores de ella, entendiéronse entre sí quedando convenidos en marchar à la primera señal.

Los unos, con el mismo designio que condugera á Palamos á Francia, se dirigieron á Rusia, Alemania ò Inglaterra. Sin comunicarse entre ellos mismos obraban de comun acuerdo; bajo estandartes diferentes, sus misiones eran semejantes, y cada cual, á imitacion de Pedro el grande, iba à instruirse, á observar y aprender á mandar.

En el interior, fermentaba el mismo espìritu con igual rapidez: varias sociedades secretas se organizaban en todas las poblaciones: y, hasta en la misma Constantinopla, bajo los muros del palacio del mas temible de los déspotas, conspiràbase contra la ruina del divan, que, segun su costumbre, se manifestaba indolente, apàtico, hasta el momento

en que su furor estalla como el rayo, permaneciendo adormecido sobre el volcan.

Tal era pues, el estado de la Grecia. Seis años habian transcurrido ya desde el regreso de Palamos: no los habia perdido en inútil espera: aunque el pueblo apareciese como inmòvil, el espìritu pùblico, sobre todo en las islas, caminaba á pasos agigantados. Un estenso y atrevido proyecto quedó concertado, y Palamos partiò en secreto para Constantinopla.

Pero antes de dirigirse allà, el príncipe tuvo la prudencia de tomar cuantas precauciones le parecieron necesarias á la futura seguridad de su familia. Ataxilo y Polidoro que habian cumplido ya los siete años fueron secretamente conducidos al colegio de Aïvali, uno de los mas célebres de la Grecia, y confiados á la vigilancia de un hombre, cuya virtud tenia esperimentada Palamos.

Su prevision aun fué mas lejos: la residencia que hizo entonces en Aïvali tenia un doble objeto cuya importancia conoció mas tarde su esposa. Pero los dias de peligro parecian todavìa muy lejanos, y Palamos no queria escitar inútiles alarmas. Se contentó con preparar con mucho sigilo por lo que pudiese acontecer, una morada donde su muger

é hija pudiesen estar al abrigo de los primeros furores de la guerra, y sobre todo de una venganza implacable; si el complot tenia un mal resultado.

Despues de haber llenado cumplidamente aquel objeto que tranquilizaba su corazon y su conciencia, se dirigió al puesto peligroso donde lo llamaba su propio valor y la confianza de sus compatriotas; y desde luego lo acompañaron á Constantinopla, Amélia y su hija.

Theléna tenia entonces cinco años y medio. Unicamente á partir de esta época datan sus primeros recuerdos; bien se deja comprender que debieron ser inciertos, confusos, como lo fueran á una edad tan tierna, todas las ideas, todas las sensaciones.

«Habiamos navegado en un navío durante mucho tiempo; llegamos á una ciudad mas grande que todas cuantas hasta ahora he visto, y nos alojamos en un soberbio palacio, donde todo era brillante y magnífico; antes de esto, nada recuerda mi imaginacion. (Asi era como Theléna hablaba á su amante, y habia principiado la relacion de su vida.) Teniamos muchos esclavos: las mugeres nos servian, y los hombres trabajaban en los subterráneos puliendo las armas que por la noche se coloca-

ban en cajones; muy amenudo se reunian en nuestro palacio gran número de hombres vestidos de diversos modos y de los que, unos parecian ricos, otros pobres, pero siempre, como si acabasen de llegar de un viage: al acercarse, se hacian entre sí, ciertas señales, y despues se abrazaban.»

«Algunas veces, estos hombres que casi todos eran jóvenes, parecian alegres, satisfechos y risueños; mas tambien otras veces, estaban sombríos, aflijidos, animándose repentinamente como si se hubiese apoderado de ellos un acceso de furor. Entonces desenvainaban sus sables ó puñales, y proferian amenazas horrorosas. Mi madre era siempre quien los recibia conduciéndolos à unas habitaciones en que no penetraba la luz del dia, pero que se hallaban iluminadas por arañas, y en donde estaba colocada la efigie de Cristo clavado en la cruz.»

«Yo veia todo aquello, porque estaba sin cesar al lado de mi madre que jamás me confiaba á los esclavos, y me acuerdo siempre, que cuando aquellos hombres se entregaban de repente á sus arrebatos de furor, y que espantada me ocultaba entre los pliegues del vestido de mi madre, ella me tranquilizaba sonriéndose, diciéndome que eran amigos mios

y me ponia ella misma en los brazos de aquellos estrangeros que al momento se mostraban enternecidos, me acariciaban como si hubiese sido su hija, me elevaban en medio de ellos, y hacian juramento de sacrificarse todos por mi padre.»

«Besaban con respeto las manos de mi madre, repitiéndome amenudo estas palabras:»

—Hija de un valiente, ejercìta tu vista con el aspecto de las armas, y tu oido con los gritos guerreros, pues asi es como la libertad despierta à sus hijos.

«Entonces me hacian jugar con sus armas; y aunque mi madre que era de génio dulce y tìmido, se asustase de aquellas diversiones, aplaudian con alborozo cuando alzaba una cimitarra demasiado pesada para mis débiles manos, ó bien cuando hacia plegar la cuerda de un arco amenazando los retratos de los musulmanes pintados en los tapices.»

«Cuando mi padre se presentaba en medio de aquellas reuniones, la alegrìa ó còlera de aquellos hombres parecia aumentarse. Mas, al momento, mi madre me llevaba consigo á otro sitio desviado del palacio, donde se hallaban retiradas las mugeres. Allí, bien amenudo vertia abundantes lágrimas durante horas enteras estrechándome contra su corazon, ò bien

oraba con fervor sugetándome en sus brazos, y el nombre de mi padre espiraba á cada momento en sus làbios. Largo tiempo despues, cuando la noche se iba acabando, mi padre venia á reunirse con nosotros, y entonces, mi madre enjugaba su llanto, prohibiéndome el decir que habia llorado.»

«Ignoro cuanto tiempo permanecimos en aquel palacio; pero cierto dia despues de una numerosa asamblea que durò toda la noche, mi padre nos hizo embarcar á mi madre y à mí, con varios esclavos para efectuar un largo viage por mar. Todo cuanto puedò recordar es que nuestra despedida fué bien triste, que mi madre se desmayò, que mi padre lloraba cuando fué preciso arrancarme de sus brazos, aunque él mismo fuese quien nos obligase á marchar, y que llegamos á una hermosa ciudad, que ya no ecsiste, llamada Aïvali, y donde conocì al momento á mis hermanos.»

Cierto, bien lo ves, lector, que no viniendo en su ayuda ningun antecedente, Isidoro no podia sacar sino muy débiles luces de semejante relato. Solamente comprendió que se trataba de conspiracion, y comprendió perfectamente.

El palacio que Palamos ocupaba, se elevaba sobre las orillas del Bosforo; los foras-

teros que en él se reunian con tanto misterio, eran los enviados de las sociedades secretas de todas las provincias griegas. Esta estensa asociacion, cuyos trabajos dirijidos desde el centro mismo del imperio Otomano, marcharon, durante ocho años rodeados de un misterio impenetrable, era la que mas tarde fué conocida bajo la denominacion de *Sociedad del Funal*, nombre que tomó del lugar mismo donde se celebraban las secciones. Su fin principal, su único objeto de tal modo atrevido y temerario, que la historia rehuse quizá algun dia de admitir su realidad, era de derribar el trono de Oriente, de enarbolar en Constantinopla mismo el estandarte de Cristo, y de proclamar en ella la libertad de la Grecia.

De què modo un puñado de conspiradores, apenas armados, sin tropas regulares, sin apoyo en el estrangero, pudieran consentirse en hacerse dueños de una ciudad cuya inmensidad admira la imaginacion? Cómo pretendian esterminar en una sola noche toda la guardia del Sultan y dominar una poblacion tan guerrera, temible, feroz, y que el fanatismo hubiera ecsasperado? He aquí lo que la sana razon no puede admitir sino como una locura ó una fábula. Sin embargo hemos visto y aun recordamos con dolor, al terror y la

sorpresa producir á nuestros propios ojos, cosas no menos maravillosas; y no obstante, una tan noble causa, no armaba á nuestros enemigos.

Pero el momento de descargar un golpe tan temerario no era aun llegado. Fuera preciso reunir todos los gefes esparcidos sobre el continente de la Europa, y que trabajaban secretamente en el estrangero; fuera preciso armar en todos los packalicatos diversos cuerpos de partidarios, siempre prontos á sublevarse y caer sobre Constantinopla à la primera señal: fuera preciso procurarse armas para todos los brazos capaces de llevarlas, y no podian adquirirse ò fabricarse sino muy pocas á la vez; fuera preciso sobre todo, organizar y plantear un gobierno pronto à instalarse en el momento en que cayese, en una sola noche, el imperio de la media luna, fundado desde siglos remotos.

Semejantes cosas ecsigian inmensos preparativos: ni el tiempo ni los hombres se hallaban en sazon todavía. Los conjurados no retrocedieron ante aquellas dificultades espantosas, ante aquellos obstáculos casi invencibles, pero trasladaron para tiempos mas oportunos la egecucion de un proyecto tan atrevido, tan complicado, decisivo, cualquiera que fuese

su écsito: y todos los miembros de la asociacion del fanal se esparcieron, en las islas y sobre el continente de la Grecia, para activar, por todos los medios imaginables, la elevada y patriòtica empresa, que la ecsaltacion inspirada por el amor de la libertad, y el horror de los hierros por tanto tiempo sobrellevados, podian ùnicamente prestar la audacia de afrontar.

Algunos ancianos se quedaron en Constantinopla, para vigilar con prudencia y precaucion el punto central de todas las ramificaciones del estenso proyecto. Palamos partió para inspeccionar por sí mismo el estado esacto de los medios, de los recursos, de las fuerzas y disposiciones de las diversas sociedades secretas; y entonces fué cuando envió su esposa é hija à Aïvali.

De todo esto Theléna no sabia una palabra, y por consiguiente nada pudo decir. Isidoro adivinó lo que pudo, ó no adivinó nada, y la candoroso niña, continuó su discurso.

2.

¿No veis á Briseida, lozana, linda, risueña, que maliciosamente se coloca el casco de Aquiles, y juega con su lanza?

Antes de dejar el navío y bajar á la lancha que debia conducirnos á tierra con los esclavos y demàs efectos que habiamos embarcado, mi madre mudó de vestidos poniéndose una clase de ropa semejante à las que usan las mugeres de los labradores que se encuentran por las campiñas: me quitó los lindos trages que yo llevaba en Constantinopla cuando habitaba el palacio de mi padre, me puso un sencillo trage de coco se-

mejante al de los niños pobres, y de este modo fué como entramos en la ciudad, acompañadas de dos esclavos solamente. El navío, con toda la tripulacion, que pertenecia á mi padre, tenia órden de no fondear siquiera en el puerto, y de ponerse inmediatamente á la vela para Constantinopla. Lo vimos alejarse tan pronto como lo hubo alcanzado la chalupa: mi madre lloraba lo mismo que los esclavos: en cuanto á mí, solo me hallaba sorprendida.»

«Apareció un coche en el que se hallaban mis dos hermanos acompañados de un anciano. Subimos en él mi madre y yo: nuestra alegría no tuvo límites al ver nuevamente á Ataxilo y Polidoro. El anciano nos condujo á su casa que era tambien un palacio, pero menos rico que el nuestro, y en el que no vimos absolutamente á nadie, porque habia despedido espresamente á todos sus esclavos. Pasamos en su casa todo el dia en compañía de mis hermanos. Al dia siguiente regresaron á su colegio, y el anciano nos condujo, siempre en su carruage, muy lejos, fuera de la ciudad, á un hermoso valle coronado por todos lados de bosques de cedros, solitario, silencioso y en medio del cual no aparecieran sino dos cabañas una al lado de la otra, igual-

mente sencillas, igualmente pobres, pero rodeadas de tan bello paisage que por de pronto creí que allí se debia vivir mas feliz que en nuestro palacio de Constantinopla en el que siempre estabamos encerrados. Se lo dije à mi madre con todo el alborozo que esperimentaba al jugar en medio de las flores y de la naciente y verde yerba: ignoro por qué le causára esto una tan viva impresion, que al abrazarme humedeciò mis mejillas con sus lágrimas, cayendo de rodillas para dar gracias al cielo porque me inspiraba tales sentimientos. El anciano me pareciò tambien muy conmovido y me abrazó. Ah! mi corazon se sintió prontamente conmovido de ternura, de amor para con este hombre venerable, y por cierto que no me engañó. Oh! ya verás, amigo mio.»

«Una de las cabañas estaba habitada por un pescador, su muger y una niña de mi edad. Corrieron presurosos á nuestro encuentro; el hombre y la muger se postraron ante mi madre, insistiendo en besar sus vestidos aunque no fuesen de mejor calidad que los suyos, como igualmente los mios, tan pobres como los de su hija. Pero el anciano los hizo levantar prohibièndoles severamente de no darnos nunca, fuera de la cabaña, semejan-

tes señales de respeto, recomendándoles por el contrario de dirigirnos las palabras como si fueramos amigos y antiguos conocidos. No les quedó otro recurso sino obedecer.»

«Conforme nos ibamos acercando todos á la segunda cabaña, los dos esclavos que habian desembarcado con nosotros, y desde entonces no habia vuelto à ver mas, salieron de ella igualmente vestidos como labradores: todo lo habian preparado en la segunda cabaña para recibirnos segun convenia: allì era donde debiamos habitar. Como yo observaba todo aquello con bastante sorpresa mi madre me tomò la mano con inquietud, me preguntò si estaria siempre contenta, y si querria permanecer para siempre en el valle.»

—Oh! sí! siempre, esclamé.

«Mi madre dijo al momento que aquella cabaña le agradaba infinito: nos establecimos en ella con nuestros dos esclavos, y puede decirse en verdad con los dos pescadores, porque no eran menos atentos y solìcitos por servirnos.»

«El anciano no nos dejó, sino cuando hubo sobrevenido la noche. No sé que secreto presentimiento me decia todo cuanto un dia pudiera deberle, pero me puse á llorar en el momento de la despedida....»

—¿Qué edad tendria sobre poco mas ò menos? le preguntó Isidoro con alguna turbacion.

—Oh! mas de sesenta años, su barba era blanca y calva su cabeza.

Isidoro se sonriò algun tanto avergonzado.

«Vivimos felices durante mucho tiempo en aquella soledad, donde jamàs compareciera estrangero alguno.... digo felices.... al menos en cuanto à mí; porque mi madre lloraba algunas veces, pero mas raras que en nuestro palacio. Ah! jamás pude conocer el objeto de sus lágrimas, es un secreto que siempre tuvo cuidado de ocultarme, y hubiera creido que las causaron la ausencia de mi padre, si antes de aquella forzosa separacion hubiese visto á mi madre mas contenta.»

«Aunque habitasemos una cabaña y estuviesemos vestidas como simples labradoras, no eramos sin embargo pobres, porque mi madre no trabajaba, como ni tan poco nuestros esclavos. Toda su ocupacion se concretaba á instruirme. Habia traido algunos libros: era la historia de mi pais, la del tuyo, y planos que representaban todo la tierra. Oh! que deliciosas me parecian sus lecciones! me parece que mi corazon las ha retenido mejor que mi memoria.»

«Despues de haber cumplido con mi obligacion, estaba en libertad de hacer cuanto queria: nadie tenia necesidad de vigilarme. Corria à buscar la hija del pescador; era vivaracha y emprendedora. Pero mi madre jamás nos permitia traspasar el recinto del valle, y aunque tuviese yo muchas ganas de escarpar la cima de las colinas, ó de recorrer en union de mi jóven compañera los sombrios bosques que nos rodeaban, jamàs me apartaba de las órdenes que me daba mi madre, y para no afligirla, permaneciamos siempre en nuestras correrias por los al rededores de la cabaña, al alcance de su vista, ò cuando menos de su voz.»

«Todas las semanas, el anciano traia consigo á mis dos hermanos y pasaba todo el dia con ellos en el valle. Ah! eran aquellos nuestros dias festivos! los aguardábamos con tanta impaciencia! aquellos dias, mi madre me vestia con mas esmero, me engalanaba lo mismo casi que si estuvieramos en nuestro antiguo palacio; mas tambien me prohibìa entonces de que fuese á pasearme tan lejos como tenia de costumbre, y ecsigia siempre que me hallase á su vista.»

«Cuatro años se pasaron de aquel modo sin que hubiesemos dejado el centro del valle,

y sin que jamás hubièsemos visto comparecer mas personas distintas que la de los pescadores de la otra cabaña, el anciano y mis dos hermanos. Yo, no pensaba mas que ecsistiesen otros hombres; todo el universo, toda la naturaleza, todos mis pensamientos se limitaban al valle, y yo hablaba de lo demás como se habla de los sueños que no ecsisten; cuando un dia, al despertarme, ví à mi madre adornada con sus mas bellos vestidos, los cabellos enlazados con diamantes, y el rostro radiante de alegrìa: estaba de piè á la cabecera de mi cama: aguardaba con impaciencia que yo despertase teniendo por la mano à un hermoso guerrero, á un hombre de imponente aspecto, cubierto de resplandeciente armadura. Aquel hombre arrojò un grito de alegrìa al ver mis ojos abrirse, y me estrechó en sus brazos. El miedo no dió lugar à apoderarse de mì: era mi padre.»

Aunque yo os digese, mi querido lector, todo cuanto Isidoro penso, imaginò, se figuró durante todo el tiempo que hablara Theléna, à fin de esplicarse así propio todas las singularidades, los misterios que rodeaban perpetuamente la cuna y la infancia de la linda salvage, no haria mas sino distraer continuamente vuestra imaginacion en un sueo

vago è indefinido. Mejor valiera, ya que asi lo puedo, esplicaros en dos palabras lo que parece algo confuso, y que sin embargo es tan sencillo.

Al emprender con un valor heróico, llevado quizá hasta la temeridad, el arrancar à la Grecia, encadenada toda entera bajo el férreo yugo de los musulmanes, ninguno de los conspiradores se cegaba hasta el punto de desconocer los riesgos de semejante empresa, y Palamos sabia tambien como sus intrépidos compañeros, que es menester andarse con cuidado antes de atacar al tigre en su guarida, ó que es necesario hallarse bien decidido á jugar su vida contra la suya, porque, no hay medio, es menester derribarlo, ó someterse á ser devorado por èl.

Luego, en la lucha espantosa que ibaá abrirse, las suertes que se corrian no eraiguales. De un lado estaba toda la fuerza: por el otro, la audacia y la desesperacion. Si se obtenia un mal écsito, si lo descubrian, si siquiera pudiera concebirse la mas ligera sospecha, una palabra, un gesto, una mirada del déspota, iban á precipitar legiones de esterminadores. Ni un solo conjurado debia escapar, ni una sola gota de sangre debia ahorrarse, y la cabeza de cada cual debia rodar

hasta los piès del divan. Allí, son desconocidos los derechos de la edad y del secso; allì, no se escucha la voz del perdon. La venganza de los tiranos es como la de los dioses: si un hombre delinquió, una generacion entera perecerá.

Cada cual de los conjurados, al esponer su vida contra la libertad, jugaba tambien la de todos sus secuaces. Palamos intentó sustraerse á tan espantosa condicion; y sabiendo que jamás consentiria su esposa en abandonar la Grecia con su familia, tomó de antemano todas cuantas medidas le sugiriò su prudencia y ternura para poner à cubierto, èn el caso de una desgracia irreparable y demasiado fácil de preveer, lo que el hombre tiene de mas caro en el mundo: su esposa è hijos.

Como no era hombre que tan fácilmente se cegaba, comprendiò, que si debia perecer, no ecsistia sino un solo medio que pudiese preservar á su familia del cadalso, por el cual se sacrificaba: era de separarse de ella, de hacerla desaparecer, de que fuese *inhallable*, al menos durante el curso de las venganzas y de la esterminacion y con este objeto fuè con el que, dos años antes, conduciendo à sus hijos al colegio de Aïvali y colocándolos en él con un nombre supuesto y bajo la custodia de un

anciano prudente y virtuoso, lo habeis visto preparar en secreto un retiro inaccesible à las sospechas.

Aunque Aïvali se hallase situada en la costa de la Eolida, y que por consiguiente estuviese menos distante de Constantinopla que las principales islas de la Grecia, el principe habia juzgado que aquella ciudad seria largo tiempo la mas segura, la mas tranquila, y que no tomaria jamás sino una parte muy lejana en la sangrienta lucha que iba á abrirse. En efecto, aislada entre todas las ciudades de la Grecia, Aïvali, fundada ùnicamente desde cuarenta años, gozaba de una independencia casi absoluta y se gorbernaba asi misma. Por un privilegio esclusivo nunca permitia á ningun musulman residir dentro de sus muros: finalmente, hacia un comercio inmenso, fruto de su libertad. No tenia pues ninguno interés en empuñar las armas, y debia esperar en silencio. Su territorio rico, fertil y privilegiado, pareció con razon al prìncipe el sitio mas favorable para ocultar en èl á su familia.

En su consecuencia, durante la mansion que hizo allí antes de regresar á Constantinopla, y obrando de comun acuerdo con el prudente anciano, recorrió la libre y risueña

campiña que circuia aquella ciudad floreciente: él mismo escogiò el valle mas solitario y apartado de todos los caminos: en el hizo edificar las dos cabañas: compró bajo el nombre del anciano, las tierras adyacentes, para que nadie viniese à establecerse en ellas. Despues, asi que le pareció llegado el momento de egecutar su plan, su esposa é hija desaparecieron de Constantinopla: nadie ni aun en el navío que los conducia, sospechaba el lugar de su destino; el anciano único depositario del secreto, los condujo á su apacible y risueña morada, en la que, cuatro esclavos, escogidos con prudencia y de los que se estaba muy seguros, los habian precedido; y á fin de alejar cualquier sospecha, dos de entre ellos tomaron trages de pescadores, otros dos se vistieron de labradores, y la esposa misma del príncipe escogió el trage y ademanes de una simple aldeana.

Estando de acuerdo el príncipe y su amigo, toda la pequeña colonia, compuesta de cinco personas, y dos criaturas, parecia pertenecer al anciano; y sus oscuros habitantes, viviendo entre sí, bajo las apariencias de una entera igualdad, parecian no ser mas sino sus colonos.

Luego, por aquella astuta maña, desde

largo tiempo combinada, cualquier acontecimiento que sobreviniese, no podia alcanzar hasta la esposa de Palamos; toda su familia encontraba un refugio asegurado que la ponia al abrigo de las mas activas pesquisas; y si el príncipe, no menos tierno esposo y buen padre que intrépido conjurado, no podia pensar sin estremecerse que Amélia y sus hijos estuviesen un dia condenados á verter llanto, al menos tenia la certeza que su sangre no enrogeceria las manos de los verdugos del tirano.

En estas combinaciones, fruto de la prevision y del amor, Palamos ni siquiera habia pensado en su propia persona; pero su tierna esposa habia llevado mas lejos sus miras. Bien comprendiera que su asilo, pudiera tambien á un peligro eminente, recibir y ocultar à su esposo; y aquel pensamiento, esta esperanza la habia únicamente decidido à acceder á sus deseos, á alejarse de él, á separarse del peligro que lo amenazaba à cada instante, y à egecutar con sumision todo cuanto él tuviera resuelto en obsequio à su seguridad.

Tal era la causa natural y sencilla de las cosas estraordinarias que Theléna, sin comprenderlas, referia á su amigo: porque bien se deja entender que semejantes secretos no

fueran revelados á una criatura de su edad: ella seguia agena de temor y reflecsion, la suerte de su madre.

Cuatro años se habian pasado: nada estaba pronto todavìa, pero todo marchaba en silencio: caminaban sobre una mina pronta à reventar; cada noche, cada dia, á cada hora, la señal de la carniceria pudiera darse, ò bien un solo traidor con una sola palabra, podia sacrificar diez mil valientes. Pero tambien esta espera, aquella aparente y engañadora calma, este silencio precursor de la tempestad pudieran durar aun mucho tiempo.

Palamos no se impuso á sí mismo tan larga ausencia: si no hubiese tenido ya algunas razones para creer que sus pasos fuesen observados, no hubieran transcurrido cuatro años sin que se apresurase á probar algunos dias de felicidad y reposo en los brazos de su familia.

La prudencia le hizo diferir durante mucho tiempo de ceder à sus votos mas caros; todo lo sabia soportar: pero en fin, despues de largos viages y estando cierto de haber alejado todas las miradas, corriò presuroso á Aïvali, abordó durante la noche, llegò al valle solitario, sorprendiendo en la calma de la noche y durante el reposo del sueño á su esposa é hija.

No trataré de pintaros este momento de alegría y suprema dicha: no se necesita ser padre, no se necesita ser esposa, para hacerse cargo de todas sus delicias; hay secretos en la vida que es preciso cubrir con un velo, para que la imaginacion sola pueda contemplar sus encantos.

Toda la familia se reunió al punto. Ataxilo y Polidoro iban pronto à cumplir los catorce años. Su educacion estaba muy adelantada para su edad, y ya el uno y el otro acostumbrados desde su mas tierna infancia á todos los ejercicios que desarrollan y robustecen el cuerpo, hubieran podido desafiar un caballo à la carrera, luchaban con tanta destreza y agilidad como los jòvenes espartanos, y manejaban toda clase de armas, como si no hubiesen aprendido otro oficio que el de la guerra.

Theléna, menor de un año que sus dos hermanos, formaba con ellos el mas bello contraste. Aunque hermosa y robusta para su edad, sus delicadas facciones respiraban tanta dulzura como jovialidad: la completa libertad de que gozaba en el valle, la soledad algun tanto agreste que la rodeaba, la costumbre de no contrariar jamás ni sus ideas ni sus acciones, habian impreso en su mirar, en su sonrisa, en sus ademanes, no sè qué carácter

de viveza, de franqueza y de inocente tranquilidad, que añadia á su belleza natural una gracia desconocida, un encanto que atraia repentinamente, y à pesar de su juvenil independencia, todos los dias, á cada instante retenida, comprimida por el tierno temor de disgustar á su madre, estaba como impresa de toda la dulzura, de toda la timidez de Amélia. Viva, impaciente, impetuosa como los niños de su edad, ¿queria partir con velocidad? fijaba en su madre sus hermosos ojos llenos de elocuencia, aguardaba una sonrisa, un ademan, una señal: el dardo que parte no era en seguida mas rápido en su carrera.

Sin embargo, Amélia, siguiendo la inclinacion natural de su carácter tímido y tierno, habia limitado sus cuidados maternos en adornar á su hija con todas las gracias que se pueden obtener á los catorce años, y, lejos de desarrollar en ella la fuerza y agilidad de que la naturaleza la habia igualmente dotado en cuanto al cuerpo y espíritu de aquella linda criatura, fiel á los usos, costumbres, á las ideas de su pais, la amable francesa habia preferido envolverlas con un velo de estremada reserva; y aunque ella misma admirase sin cesar en Theléna, el candor, el abandono, la libertad, la franqueza de la hija de la natu-

raleza, educada en el silencio de los bosques y la independencia de la soledad, hacia no obstante todos sus esfuerzos para inspirarle al mismo tiempo aquel gusto delicado, aquella especie de inocente coquetismo en el adorno y cuidado de su hermosura cuyos atractivos tanta seduccion inspiran.

Asi que, Theléna poseia el arte de formar en su cabeza una corona con sus hermosas trenzas de cabellos. Al verla, mucha razon tenia Amélia de arrojar una esclamacion de alegrìa, porque esperaba que algun dia llegaria á contemplar una obra maestra en su hija adorada. Sin embargo, tan lisongera esperanza no se realizó sino á medias.

Reparando con admiracion en la discípula de Amélia, la belleza, la dulzura, las gracias de su esposa; la alegría, al inocencia, la libertad de la naturaleza, y aquella mezcla picante de naciente coquetismo, el príncipe hubiera deseado ver en ella todovìa á una hija de las Helènicas; hubiera querido reconocer una griega, una espartana, valerosa, intrépida, despreciando el dolor, endurecida à las intemperies, sonriéndose á los peligros, jugando con las armas como un jóven guerrero, armada de flechas como Diana, persiguiendo en los bosques los animales dañinos; imitar

en sus juegos infantiles los combates, para desplegar en ellos su fuerza, su ligereza, su belleza misma; preferir à los gustos de las mugeres de Europa, el placer y la gloria de despreciar los peligros; capaz en fin, si necesario fuera, de defender sus dias, su libertad y su patria.

Tal debia ser à los ojos de Palamos, la hija de un griego llamado á romper los hierros de su pais.

—La libertad, decia, no es el desprecio de un solo combate, es muy rara y demasiado preciosa para no costar sino pocas lágrimas y sangre: es preciso comprarla por un siglo de esfuerzos, de sacrificios, de desinterés, de heroismo; nadie tiene derecho de gozar de ella, si no ha contribuido por su parte à conquistarla, para conservarla es menester que cada uno la vigile; y desgraciado el pais en que las mugeres se hallan desprovistas de fuerza y de valor: á los hombres les falta entonces la virtud.

No soy yo quien os dirè si el prìncipe tenia razon ò nó: me gusta mucho la libertad: pero tambie me gusta mucho mas, una muger dulce, tímida, delicada y bonita que sepa mejor arreglar el crespon y el encage, que hacer el egercicio en doce tiempos como un

prusiano. Mas sea de ello lo que quiera, el príncipe resolvió añadir de pronto á la educacion demasiada femenina de la linda Theléna, todo cuanto fuera menester para transformarla en una pequeña amazona. Desde el dia siguiente la dieron un arco, flechas, una lanza, una escopeta de caza, un casco adornado de plumas, borceguies para correr por aquellos campos sin lastimar sus piés delicados.

Ataxilo y Polidoro fueron sus maestros de armas. Tenia tanta destreza y resolucion como un muchacho. Al cabo de ocho dias de ejercicio, atravesaba con sus flechas las aves al vuelo; á distancia de veinte pasos ponia una bala á la hoja de un árbol; marchaba al paso à derecha é izquierda, como un pequeño soldado; todo esto para ella, no era sino juego, diversion ó placer; su airecillo militar, guerrero, resuelto, contribuia à aumentar su gracia y gentileza, y arrancaba làgrimas de ternura á su madre, cuando la decia con tono decidido, pero con su dulce voz y su tierna viveza:

—Oh! mamá, no tengas ya miedo, yo te defenderé, si llegasen á venir los turcos.

Nada se descuidò para completar la educacion guerrera de la nueva heroina. Palamos, cuyo corazon griego y paternal nadaba en la

alegría, prolongò espresamente su mansion en el valle. Tan pronto como Theléna supo hacer uso de todas sus armas, le dieron un caballito àrabe, tan vivo, tan ligero, tan petulante como ella: tres dias le bastaron para domesticar el fogoso pero inteligente animal, que al punto adivinó que pertenecia à aquella hermosa criatura, y no consintió mas en que otra persona lo montara.

Entonces principiaron las partidas de caza, las carreras por el bosque: Theléna y su caballito árabe parecian que se hablaban y entendian: Palamos admiraba la maña, la viveza, la intrepidez de su hija: y Amèlia temblaba, palidecia al ver à su hija y al caballo, ligeros, rápidos como dos pajarillos, precipitarse desde lo alto de una colina, y no detenerse sino á sus piés. La pobre madre abrazaba à su hija llorando, y le decia muy quedito de que no corriese con tanta velocidad.

—Oh! no, mamá, nunca! nunca! le respondia la jóven doncella abalanzàndose á su cuello; pero apenas se lanzaba sobre el lomo del animal, cuando el viento, la alegría, la juventud se llevaban consigo el juramento, caballo, é intrépida criatura.

Bien pronto, mas libre, mas independiente, y animada por su padre que, à pesar

de los temores y recelos de Amélia queria que su hija se acostumbrase à despreciar todos los peligros, aunque fuese el mas terrible elemento, la dieron permiso para saltar la colina que separaba el valle de la orilla del mar, y seguida por la jòven esclava que era siempre su inseparable compañera, Theléna acostumbrò su vista al espectàculo de la tempestad.

El prìncipe y su esposa las seguian en secreto. La costa era desierta: varias rocas la rodeaban, y aunque inabordable, la playa no era escabrosa. La hija del pescado, acostumbrada desde su infancia à confiarse en las olas, zambullia atrevidamente en el mar, ó se lanzaba en ella desde lo alto de las rocas. Theléna la veia, la imitaba, la seguia y aprendia como ella á burlarse sin asombro en medio de las olas espumosas; porque la absoluta soledad que las rodeaba prestaba á sus inocentes desahogos toda la libertad de desarrollar su fuerza y habilidad.

Asi que, nada faltò para convertir en heróica y guerrera la educacion de la jóven griega: pero tal era la gracia encantadora de que la naturaleza la habia dotado, que todos aquellos egercicios violentos y atrevidos, no pudieron alterar ni la delicadeza de sus facciones ni la encantadora espresion de su rostro, ni la

dulce viveza de sus hermosos ojos: no contribuyeron sino à prestar mas alegria á su cuerpo, mas robustez á sus miembros, mas belleza á toda su persona, y á desarrollar mas prontamente unos atractivos cuya frescura y lozania son los mas ricos presentes de una salud brillante.

Referia todo esto á su atento amante con la ingenuidad, nò de la hija de un príncipe, sino de la criatura educada en el agreste valle; y el jóven francés á quien aquellos pormenores picantes, singulares, bizarros, hubiesen inflamado de amor; si su corazon no estuviese ya mas que consumido por la ardorosa llama, principió sin embargo á comprender un poco, de que modo su hermosa compañera unia tan naturalmente á tanta amable ignorancia un gusto tan delicado, al ingenuo candor de la simple naturaleza un carácter decidido, y al valor de un guerrero todas las gracias de una ninfa.

3.

Sonó la trompa guerrera.... jóven pastor, enristra la lanza: jóven doncella no llores: todo hombre libre, es un soldado.

El tiempo se deslizaba ràpidamente en medio de los cuidados que Palamos dedicaba á la educacion guerrera de su hija. Habiase pasado cerca de un año: Ataxilo y Polidoro eran ya unos jóvenes guerreros llenos de fuerza, de ánimo y de ardor; y Thelena, que al arrivo de su padre no era todavía mas que una hermosa criatura, desarrollándose ràpidamente por los saludables egercicios á los cuales se entregaba con la alegría

y viveza propias de su edad, principiaba á engalanarse con ciertos atractivos que toda jòven espera con impaciencia, y que le diera naturaleza para llamar al amor, mas no para desafiar los peligros de la guerra.

El prìncipe se estremeció de gozo al verla cada dia mas robusta, mas ágil, mas decidida, mas intrèpida. Amélia, retenia apenas las lágrimas de ternura y alegría al reparar sus gracias candorosas, su dulzura, su infantil inocencia, y sobre todo una sensibilidad tan viva, esquisita y profunda, un corazon tan amante, que no podia impedirse una ligera sonrisa, cuando su esposo la decia con orgullo y noble altivez:

—Mi hija serà un *héroe* con el tiempo.

La hora de la prueba no estaba muy lejana.

El prudente y sábio anciano que por aquel entonces viniera casi todos los dias al valle, se presentó cierta noche agitado, tembloroso y lleno de turbacion. El terror se pintaba en su frente venerable, y sin embargo, en ella brillaba tambien un rayo de audacia y esperanza. Entregó al príncipe unas cartas muy urgentes que ecsigian inmediatamente su presencia en Constantinopla. Varios rumores siniestros se habian esparcido, y diversas sospechas prin-

cipiaban á circular; los conjurados presumian que entre ellos se hallase algun traidor: era pues preciso obrar en el acto, descargar un golpe terrible, veloz como el rayo, decisivo por su arrojo y temeridad, ó bien huir, abandonar la patria, renunciar à la libertad....

—Jamàs! esclamó Palamos: es preciso vencer ó morir.

Era para decidir tan importante cuestion, con cuyo objeto se reunian todos los gefes en Constantinopla, y que se contaba con la opinion del prìncipe. Diera pues todas sus disposiciones para partir aquella misma noche.

Una barquilla fué echada al instante por varios esclavos en la pequeña rada desierta y desconocida que formaba el baño de Theléna; un navìo aguardaba en alta mar: desde lo alto de la colina, vierase flotar su pabellon à la claridad de la luna. El prìncipe observaba á su familia. Ataxilo y Polidoro corrieron presurosos á apoderarse de sus armas; postràronse á las plantas de su padre derramando lágrimas de impaciencia à fin de que se les concediese la gracia de poder acompañarlo. Theléna se estremecia en el seno de su madre, y Amélia temblaba al ver á sus hijos tan jóvenes todavìa, correr en busca de espantosos peligros. Pero ambos respondian con firmeza:

—Todo griego es un soldado tan luego como puede empuñar una espada; ved, pues como suget.. os la nuestra.

Su padre los abrazò con enagenamiento, y no añadió sino estas palabras:

—Venid, pues, y aprended á morir.

Arrojaron un grito de alegría. Al propio tiempo, Theléna se lanzò á los brazos de su padre, esclamando:

—Y yo tambien, padre mio, soy tan griega como mis hermanos; llévame contigo!

Y lo sugetaba de la mano, cuando reparò que su madre estaba bañada en llanto: al instante se abalanzó à su cuello:

—Ah! Theléna, Theléna! quieres abandonar á tu madre, le dijo Amélia con un tono de voz que espresaba la mas profunda ternura y la mas amarga reconvencion.

En el espacio de un segundo Theléna palideciò y se puso colorada alternativamente; volviò la cabeza hácia donde estaba su padre, y al propio tiempo se apretaba contra el seno de Amèlia.

—Y bien? le dijo Palamos, que queria únicamente esperimentar el valor de su hija: ¿no vienes?

—Ya nó, contestò la encantadora jóven ecsalando un hondo suspiro. Al propio tiempo

quiso abrazar á su madre pero cayó desmayada à sus piès.

Aunque lacerado de dolor y espanto, el corazon de Amélia se estremeciò de alegrìa; y por mas que fuese engañado en su esperanza Palamos no pudo contenerse en cubrir de besos á su hija.

—Es tu vivo retrato, dijo á su esposa.

El anciano arrastrò consigo al prìncipe y à sus hijos: era preciso que el dia no los sorprendiese en la rada. Amélia y los esclavos trasportaron á Theléna á su habitacion, la que al volver de su desmayo, y creyendo aun á su madre irritada, abrazó sus rodillas pidiéndole perdon. El error de aquella amable criatura patentizaba toda la belleza de su alma, revelando á su madre enternecida, con cuanta fuerza, con cuanta energìa supiese amar aquella niña candorosa, inocente y bella como la naturaleza.

Todo volvió à tomar en el apacible valle la tranquilidad y calma acostumbrada; mas los corazones no fueran ya felices. Amèlia pasaba noches bien crueles, sueños espantosos, imágenes demasiado fieles de los terrores que la asediaban durante el dia, agitaban su sueño, ò si sus ojos permanecian abiertos era para verter amargo llanto. El respetable anciano

no carecia èl mismo de recelos, y los consuelos que se esforzaba por suministrar à la esposa del prìncipe, no podian desterrar la espantosa verdad. Solo Theléna, demasiado jóven aun para fijar por mucho tiempo sus ideas en unos objetos tan graves que no chocaban su vista, distraia algunas veces á su madre por su viva alegría y juegos juveniles, consiguiendo atraer de cuando en cuando la sonrisa á sus lábios. La libre niña del valle tenia aun por compañeros, en el pequeño desierto á su caballo árabe y la hija del pescador; y todos los instantes que no pasaba al lado de su tierna madre volvia à coger sus flechas, su escopeta, su libertad, y sus juegos medio salvages.

Sin embargo, Palamos habia llegado á Constantinopla: trescientos conjurados se hallaban allì reunidos: la Sociedad del Fanal habia vuelto à continuar sus tareas.... los terrores de Amèlia y los recelos del anciano, no eran sino demasiado fundados. Los griegos estaban vendidos; cobardes, infames, delatores se hallaban entre ellos, y mientras que, reunidos en el palacio del prìncipe, los conjurados se repartian las víctimas con cuya sangre fuera preciso á la vez vengar á la esclavitud espirante y cimentar la libertad naciente, se publicaba el firman que proscribia sus ca-

bezas y entregaba á la rábia de un ciego fanatismo, con tan ilustres culpables, millares de inocentes.

Dióse la señal, principia la mortandad y Constantinopla se llena de sangre y cadáveres.

Sin embargo, en el momento en que el complot daba por tierra, varios cuerpos de tropas griegas avanzaban sobre varios puntos esperando llegar á tiempo para sostener el triunfo de los conjurados. No era sino para asistir á sus funerales. Los gritos de guerra y furor que se oian, fueran los de los genizaros, sedientos de pillage y asesinato; torbellinos de llama y humo que rodeaban como columnas de sangre las cùspides resplandecientes de las mezquitas, se elevaban de las casas, de los palacios y de los templos cristianos.

Apartemos la vista; no contemos los millares de vìctimas que perecieron bajo el hierro, en las llamas en los mas espantosos suplicios. La historia escribirá estos horrores al dorso de las sangrientas pàginas de las *Dragonadas*; porque no era solamente la ley política la que paseaba en Constantinopla la cuchilla vengadora del poder atacado; este no es tan cruel: escoge, hiere y detiénese: su furor cesa con el peligro. Era la còlera religiosa, era

el fanático frenesí, siempre, en cualquier tiempo, por todas partes, ciego en su ràbia, insaciable en su venganza, alterado de una sed devoradora de sangre y de víctimas; jamàs esta hidra, armada de teas y puñales, no supiera calmar su infernal delirio; los llantos, los gritos, los gemidos, lo irritan; es el tigre que aun devora y desgarra todavìa, aun despues de haberse hartado.

Sin embargo, entre los conjurados, algunos habian podido tomar la fuga. Palamos y sus hijos se habian echado en una barquilla pescadora. Durante la noche, al resplandor de las llamas, y al espantoso ruido del tumulto, de los gritos y descargas de mosqueteria, intentaron salir del canal cuyas aguas, enrogecidas por la sangre de los griegos, reflejaban el incendio. Se hallaban sin brújula, no poseian sino una miserable vela y cuatro remos; pero el esceso del peligro y el arrojo que inspira la desesperacion, parecia suministrarles una audacia y fuerza sobre naturales. El mar felizmente estaba en calma, y los vientos no fueran contrarios. Para lograr pasar entre los numerosos buques que circulan sin cesar por el Bosforo, sin que fuesen reconocidos por griegos, arrojaron sus vestidos al mar, poniéndose desnudos hasta la cintura como es-

clavos africanos; y al favor de esta estratagema, doblaron la punta de las dos fortalezas sin escitar la menor sospecha ganando la alta mar sembrada de islotes, y despues de cuarenta horas de navegacion apercibieron la costa de Mytilena y encallaron en ella. Se hallaban estenuados de fatiga, muertos de necesidad, y se estremecian aun de horror y desesperacion.

La mortandad de los griegos de Constantinopla, anunciada y repetida por diversos buques en todas las islas, sobre todo en las costas del Archipiélago, se convirtiò en señal de una sublevacion general y en preludio de una guerra de esterminio. La quimérica esperanza con la que se habian lisongeado los conjurados, de derribar de un solo golpe el poder otomano hiriéndole en el corazon, no produgera otro efecto sino despertar su adormecido furor, de entregar á los verdugos todos los griegos del continente del Asia, y de atraer la proscripcion sobre todos aquellos que pueblan las islas y el continente de Europa. Los proyectos estaban descubiertos: la cuchilla desenvainada: ya no cabia la esperanza en la sumision y obediencia, porque someterse al turco fuera lo mismo que presentar su cabeza bajo el hacha. La hora del combate à muerte

acababa de dar para toda la Grecia, y el estandarte de la libertad, se enarbolò en aquellas islas.

Por su parte, el turco empuñò las armas: por todos lados resonaron los gritos de venganza, de furor de desesperacion. Ejércitos levantados de repente, casi sin armas, pero animados de aquel terrible valor que engendra la conviccion de que fuera preciso vencer ó morir, aparecieron por todos los puntos. Flotas equipadas con la rapidez que únicamente puede resultar del entusiasmo general inspirado por la libertad, salieron de los puertos, guiadas por marinos audaces y espertos. Los musulmanes, ciegos, ignorantes, feroces, creyeron que no tendrian sino comparecer para espantar esclavos, esterminar rebeldes, degollar mugeres, y saquear las cabañas y los templos. Se encontaron con ejércitos indomables; navìos mejor equipados, mejor armados, mejor mandados que los suyos: ciudades y fortalezas defendidas con tanto arte como ingenio: por todas partes combates mortìferos en que la victoria estuvo rara vez de su parte; y la guerra, aunque conservase siempre el carácter feroz y sanguinario que imprimen la venganza, la desesperacion y el fanatismo, se hizo tan regular como tenaz y porfiada.

Dejemos combatir á los griegos en aquellos campos heróicos, sobre aquellos montes escabrosos, sobre aquellas olas protectoras que antiguamente, como hoy dia vieron humillado el orgullo del Oriente. Mi tarea es menos sublime, y mi tímida pluma no se moja sino con sentimiente en la sangre y los llantos que hace derramar la guerra. Pero la jóven heroina de la que os trazo los atractivos y el inocente amor, arrastrada al través de aquellos horrores, nos obliga á entreveerlos. Desviemos al menos nuestras miradas de las espantosss escenas que no viera, y volvamos presurosos al pacifico valle, para contemplar todavia por un momento, si el cielo lo permite, los juegos, las gracias, la dicha y la libertad de una agreste niña.

Desde la partida de su esposo, lo mismo que antes de su llegada, Amélia habia vuelto á tomar el trage sencillo de una pobre aldeana, porque el anciano, que presajiara mejor que ella los acontecimientos y futuros peligros, ecsigia de dia en dia mas prudencia y reserva. Theléna cumplia ya sus quince años, y escitaba nuevamente temores y recelos á causa de su belleza: por esta razon era Amèlia de opinion de prohibir las correrias por el bosque: ya no la permitieron subir las coli-

nas, bajar à la orilla y bañarse en las olas. No comprendiera ella la causa de aquella especie de cautividad; pero su madre lo ecsigia y su càndida imaginacion no iba mas allà de aquella razon tan sencilla.

Entre tanto, Amélia principiaba á aflijirse al pensar en la suerte de su hija; su corazon maternal sufria cruelmente cuando recordaba que tan hermosa criatura estuviese oculta en unos bosques, desconocida para el mundo y sabiendo apenas si ecsistian hombres.

—Ah! le decia al anciano, sus mas hermosos dias van á aparecer: ¿serà pues nècesario que corran en esta soledad? esta brillante flor caerá, sin que la hayan siquiera admirado?

—No deseeis que la descubran todavia, le contestò aquel hombre prudente, y lejos de acusar à la oscuridad que la proteje, ocultad vos misma, el brillo de su belleza. Ah! si nuestros tiranos pudiese sospechar siquiera su ecsistencia, esta tierna y bella flor seria muy pronta arrancada de su tallo.

Amèlia se horrorizaba: y qué; seria preciso que Theléna viviese y muriese ignorada y desconocida en un valle agreste, ò llegasè à ser la presa de un bárbaro? Entonces era cuando dirigía al cielo las mas fervorosas preces por el triunfo de su esposo y de la libertad;

entonces era cuando esperimentaba tambien el valor que inflamaba á toda la Grecia, dividiendo su indignacion. Ah! diversos tormentos hubiera esperimentado, otros recelos, si toda la horrible verdad le fuese conocida como lo fuera al prudente anciano; si todo el peligro de su situacion le hubiera sido imprudentemente revelado.

Aïvali, poco distante de Constantinopla, y colocada sobre la ruta que siguieran todas las barquillas que se encaminaban desde el Bòsforo á Esmyrna, estuvo en poco tiempo instruida de la sublevacion de los griegos, de la mortandad de Constantinopla, de la tempestad que iba á estallar sobre toda la nacion de que formaba parte. El pueblo corriò á las armas: los templos abiertos noche y dia, resonaron con los cànticos religiosos que invocaban contra los musulmanes la proteccion del cielo, y cada dia esperaban ver aparecer al implacable enemigo, siempre alterado de la sangre de los cristianos. A cada instante, los navios que entraban en el puerto traian noticias de la insurreccion general, y segun aquellos rumores que volaban de boca en boca, redoblaban la ecsaltacion, el espanto ò la alegría.

—Thodor Vladimiresco, marchaba hàcia

Valaquia al frente de una multitud de paisanos armados.

—Alejandro Ypsilanti, sublevaba la Moldavia con una tropa numerosa de arnautas decididos.

Su hermano Demetrio, armaba en Hidra en Ipsara y en Spezzia, varias flotas que paseaban á vista de todas las islas el pabellon griego, que cada cual enarbolaba de repente con transportes de jùbilo.

En la Morea, el movimiento no era menos rápido y menos espontáneo. Los maniatas, pueblo libre, agreste, indomable, acostumbrado al trabajo y à la sobriedad, dignos descendientes de los espartanos, bajaban la cima de sus montes inaccesibles, herizados, salvages, invencibles.

La Atica se habia vuelto á poseer de su antiguo valor; Aténas arrojaba à los turcos fuera de sus muros, los asediaba en el Acropolis; y la bandera de la libertad sombreaba la tumba de Temístocles.

Los beocianos despertados de repente à los gritos de guerra y de gloria, llenos de antiguos y nobles recuerdos, corrian à las Termòpilas para borrar las manchas hechas por la esclavitud en la tumba de Leonidas.

La Argolida, la Laconia, la Mesania, enar-

bolaban al propio tiempo el estandarte de la revolucion.

Germano, corria á sitiar á Patras. Odiseo, inspirado por un ingenio superior, hacia concordar sobre todos los puntos la insurreccion general.

Todas estas noticias llegaban sucesivamente, y algunas veces juntas: toda la poblacion atormentada por el temor y la esperanza corria en tropel hàcia el puerto, se precipitaban en las lanchas para alcanzar mejor los navíos que traian, de todos los puntos del Archipiélago, proclamas en las que rebosaba el mas ardiente patriotismo; y los gritos de entusiasmo, de las fiestas, de los fuegos artificiales, las proclamaban en la ciudad al vuelo de campanas y de cánticos nacionales.

Pero todas estas noticias terribles que esparcieran á la vez el espanto y la alegrìa, aquel rumor creciente donde los gritos del terror se mezclaban á los cánticos de la libertad, no resonaban sus ecos hasta el fondo del solitario valle, donde la tierna Amélia no vertía aun sino llantos de inquietud, donde la festiva y linda Theléna lanzaba sus flechas á las aves de la orilla. El anciano, atento á cuanto pudiera ahorrarle cualquier dolor, las tenia en una entera ignorancia. El bronce retum-

baba en las mares: la sangre nadaba por torrentes en las ciudades: se degollaban todavía en Constantinopla y en Esmyrna: todas las provincias estaban arrolladas por millares de combatientes: Palamos y sus hijos, escapados à la muerte, vueltos á su patria, se habian reunidos á los navíos de Hidra, batiendo y aniquilando mas de una vez á los turcos: ahora corrian presurosos á Scala-Nova, para salvar si podian à sus infelices compatriotas, espuestos todos los dias, á cada momento, á nueva mortandad; y en medio del incendio, de la carniceria y de la desolacion, la paz cubriera todavía con sus alas silenciosas la desconocida é ignorada cabaña de la esposa del prìncipe y de su inocente hija: toda la Grecia ardìa, y únicamente sobre sus cabezas se manifestaba el cielo puro y sereno.

Pero aquel reposo engañador, que debian á la prudencia y á la tierna amistad del anciano, se asemejaba al sueño pérfido y funesto que un viagero imprudente gustaria sobre el crater de un volcan, pronto á lanzar torbellinos de lava inflamada.

4.

¿Sobre quien recaerá tantas lágrimas, tanta sangre? Quién dará cuenta al cielo del asesinato, del pillage, de la desolacion?... Solo los despotas, unicamente los tiranos....

Hector, prestad el oido à un acento mas dulce, mas amable. La cadena cuyos numerosos anillos reunen tantos acontecimientos diversos y simultaneos, se ha anudado nuevamente para vos. Devolvamos la palabra á Theléna, y permitámos que se esprese ante el hermoso Isidoro, con su infantil y candorosa elocuencia.

«Una mañana.... oh cielos! ¿de qué modo podré pintarte todo cuanto vi? Una mañana,

conforme acababa de despuntar el dia, me despertaron los gritos de mi madre que me arrancaba del lecho, poniéndome presurosa un trage que sus manos apenas podian atar á mi cintura.»

—Escucha! oye! me dijo....

«Resonaba por los aires un ruido semejante á los truenos, y aquel ruido que pasaba en seguida bajo nuestros piès, hacia temblar la tierra. Tuve bastante miedo: mi madre estaba pálida; acudieron nuestros esclavos, arrojándose à nuestras plantas, hiriéndose el pecho y esclamando:

—Los turcos! los turcos! somos perdidos!

«Mi madre y yo nos cogimos por la mano, y nos arrojámos fuera de la casa. El eco sordo de la tempestad, venia del lado de la mar, y por aquel lado el cielo estaba enrojecido. Me lancé sobre la colina: mi madre agarró la punta de mi trage y me siguió. Ah! cuan horrible y bello era! El mar estaba cubierto de mas de cien navìos: todas las velas brillaban como alas argentadas, y todos aquellos buques despedian relámpagos, y en seguida retumbaba el trueno.»

«De repente una multitud de lanchas que se aprocsimaban por detrás de las rocas, abordaron á la orilla que se hallaba bajo nuestros

piés, y de aquellas lanchas se lanzaron á la arena como un torrente impetuoso, varios hombres.... varios guerreros. Ah! me deslumbrò el brillo de sus armas, y al verlos, sentì tanto temor como placer. Se precipitaron todos juntos hácia la colina, arrojando gritos terribles y blandiendo sus espadas que el sol hacia resplandecer como hojas de fuego.»

«Tomamos la fuga: yo arrastraba conmigo à mi madre prócsima á desmayarse y corriamos á mas no poder, cuando percibimos à nuestro amigo, á nuestro buen anciano. Venia de la cabaña, y nos buscaba: nos arrojamos á sus brazos.»

—Es preciso huir, nos dijo: hace tres dias que un ejèrcito turco ha invadido á Aïvali. La mitad de la poblacion tomó prontamente la fuga, refugiándose en las islas de Mitilena y de Mosconossi. La flota griega ha llegado, y efectúase el desembarco; en el momento en que os hablo, Aïvali se halla entregada á los hierros, à las llamas ó al saqueo: su ruina es inevitable, y todo cuanto no perezca en ella al filo de la espada quedarà sepultado bajo sus ruinas.

«El anciano habia traido consigo caballos: nos arrastraba á mi madre y à mì hàcia el bosque, y nuestros esclavos espantados se adhe-

rian á nuestros vestidos, cuando un ginete cubierto de armadura, corriendo á todo escape y á quien no se pudiera distinguir sino al través de un torbellino de polvo, se apareciò por la estremidad del valle, gritando que nos detuviésemos. Mi madre y yo volabamos á su encuentro: habiamos reconocido á Palamos.

—Animo! valor! nos dijo estrechàndonos contra su pecho y mostràndonos la colina desde donde acabàbamos de precipitarnos.

«Miramos: estaba ya toda cubierta de guerreros.»

—Allí están mis hijos! he ahì los griegos!

«Mi madre cayò de rodillas; en cuanto à mí me lancé al encuentro de los guerreros que bajaban como torbellinos de polvo arrojados por la tempestad; Ataxilo y Polidoro me levantaban en sus brazos, nada mas ví sino una nuve de polvo y de armas resplandecientes, colocàndome en el regazo de mi madre en medio de los soldados á quienes ya no temia.»

«Mi padre nos hizo saber rápidamente que acababa de llegar de Scala-Nova, disfrazado de persa, con la esperanza de socorrer los infelices griegos, y de sustraer los que pudiese á la mortandad que cada dia se renovaba, cuando la noticia de los peligros que corria Aïvali llegó hasta allí, esparciendo el terror

entre los griegos, y el furor entre los turcos. Al momento se embarcó á bordo de un buque inglés prócsimo á dar á la vela. Este navío por una dicha increible, pertenecia á una compañía inglesa, amiga de los griegos y de la libertad, quien lo habia enviado cargado de armas y municiones para nuestros soldados, con òrden de tomar à su bordo cuantas mugeres, niños y ancianos quisiesen refugiarse en él. Mi padre se diò al punto à conocer al capitan, que era un valiente marino, reclamando su proteccion y socorro para su familia. Supo al mismo tiempo que la flota que saliera de los puertos de Hidra, en la que dejara à Ataxilo y Polidoro, volaba á socorrer á Aïvali y arrancarla del poder de los turcos. Dió al momento á la vela, se reuniò con la flota, ordenó à mis hermanos de arrojarse con doscientos hidriotas sobre la playa en que tan cerca nos hallábamos; y èl durante este tiempo desembarcaba delante de la ciudad, ordenaba un ataque general, alejando de aquella manera de nuestro valle el teatro de la carnicería, abriéndonos, por la victoria, un libre pasage hasta el puerto.»

—Todo ha salido bien hasta ahora, añadiò mi padre. Los turcos abandonaron la ciudad, entregàndola á las llamas: nuestros sol-

dados generosos en la victoria, embarcan apresuradamente los infelices que se escaparon del hierro homicida de los musulmanes, y los ricos despojos que aun pudieron disputar al incendio. Partámos, ganémos la ciudad, alcancemos el puerto.

«Montámos prontamente á caballo, asi como nuestro amigo el buen anciano, quien, á pesar de la pérdida de todos sus bienes, lloraba de alegría al vernos ya salvos. Mi padre nos dijo que ibamos á embarcarnos abordo del buque inglés que nos aguardaba en la rada; que el respetable anciano jamás nos abandonaria; y en seguida abrazando tiernamente à mi madre, y describiéndole los horrorosos peligros à los que acabábamos de sustraernos, nos anunció que ambas ibamos à partir para Inglaterra.»

«Prorrumpimos en amargo llanto, pues no estábamos conformes con semejante opinion. Pero mi padre, mis dos hermanos y el anciano nos suplicaban todos con tanto ardor!... lloraban tambien, decian que era por mi bien; pero yo contestaba que bien supiera pelear, que no tenian sino dejarme acompañar á mis hermanos: nadie prestó atencion. Aunque à mi padre le gustase escitar mi valor, no era, decia, para arrojarme en medio de los

mas eminentes peligros, de los que me hubiera sustraido á costa de su propia vida; era para preservarme de ellos, sí, à pesar de sus cuidados y prudencia me hallase espuesta á ellos. Mi madre tambien, por mas que se manifestaba aflijida, me mandò que obedeciese. Ah! mi corazon comprendiò que semejante órden era una prueba de su ternura y que era por amor mio por lo que sacrificaba su amor á su esposo. Ah! amigo mio, Dios no quiso salvar sino á ella.... pero Theléna no está pesarosa por esto! Oh! nó, se salvó tambien, puesto que tu has venido.»

Esta candorosa reflecsion era demasiado tierna para poderla pasar sin algunas dulces caricias.

—Déjame, dèjame hablar, dijo vivamente Theléna, sin desviar por ello sus mejillas; el sol toca ya casi al mar, quiero decírtelo todo hoy, y lo que me queda que contarte.... Oh! Isidoro.... mi corazon se estremecerà siempre!... y sin embargo.....

Ella miró à Isidoro con la espresion de la mas viva alegrìa, y añadió sonrojada de placer:

—Oh! en cuanto ahora, me fuera forzoso creer que el cielo me conducia! ¿qué hubiera sido de tí, si yo habiese partido? Nò, nò, te

debia arrancar de las olas, y tú debias verme, sí, para amar á Theléna, y yo.... para amarte toda mi vida.

Por mas hija de principe que fuese, Isidoro la estrechò contra su corazon; arrojò su corona de flores para besar su frente, y la linda salvage algun tanto sonrojada, volvió à tomar el hilo de su interrumpida relacion.

«Nuestra partida para Lòndres quedó definitivamente resuelta. Mi madre hubiera preferido mejor regresar á Francia, y yo tambien quedára mas contenta por conocer tu pais; habiamos hablado tanto de él! pero mi padre nos dijo tristemente que ya no era el pais de la libertad, y que la esposa de un griego que combatia por la independencia, no debia buscar allí un asilo. Por otra parte, el capitan del navío estaba obligado á ponernos en las propias manos de su pariente; éste pariente, nos decia mi padre era un hombre de la mayor estimacion y del mas profundo respeto. Era uno de los nobles amigos de los griegos y de la libertad, uno de los miembros de la sociedad generosa à la cual pertenecia el navio....»

Isidoro hizo un movimiento de sorpresa que chocó á Theléna. Esta, acordárase en aquel mismo instante de que Isidoro le habia hablado vagamente de una sociedad semejante

ante la cual habia sido èl mismo acogido con distincion.

—Oh Isidoro! oh hermano mio! esclamó con una emocion que la hacia temblar, tú has estado en Lòndres, tu has conocido quizà....

—Acaba, acaba pues, Theléna! Sì, yo conozco casi todos los miembros de la sociedad de que tú hablas, todos son los amigos de un hombre á quien debo la vida, la libertad, la dicha de verte, de amarte; dime el nombre de aquel....

—Sí, sí, se llama milord....

—Milord? querida amiga, este es un título; mas su nombre....

—Yo no sé otro.... esperémos, mi padre te lo dirà.

Isidoro se estremeciò: aquella palabra de *padre* puesta de repente entre Theléna y èl, heria siempre su corazon con una impresion súbita é indefinible. Bajó los ojos, suspirò, apartò su mano del lindo brazo desnudo que acariciaba, y dijo con incierto acento:

—Continuad, mi amada Theléna.

«Nos encaminábamos hácia la ciudad; un vallado algo elevado nos separaba de ella; pero teniamos por guia el reflejo del incendio que hiciera aparecer el cielo como un mar de fuego, en medio del cual elevàranse colum-

nas de humo que el viento despedia sobre nosotros despues, como nubarrones tempestuosos. El miedo y el espanto nos helaba; pero mi padre apresuraba nuestra marcha. Subimos la escarpada colina y llegamos à la cima; desde allí todo el horizonte se desplegaba á nuestra vista, y bajo nuestros piés estaba la ciudad ardiendo por las llamas.... Oh! ¿como podré pintarte aquel espantoso incendio? Al pronto no ví sino torbellinos de fuego bajo mis piés, sobre mi cabeza; horribles gritos, el silvido de las llamas, se asemejaba al eco de la tempestad. Mi vista se oscureció, y caì desmayada: mi padre me cogiò en sus brazos, pareciéndome que mis plantas no tocaban ya la tierra y que me habian arrojado entre dos Océanos vomitando fuego y llamas, humo y sangre.»

«Los gritos de mi madre me volvieron el sentido: todo lo vì entonces! diez mil casas se hundian entre las llamas; à la par se las viera en diversos parages conmoverse y desaparecer: torbellinos de fuego aparecian repentinamente mezclados con dolorosos gemidos: en seguida, al rojo y sangriento resplandor de las llamas, al través del humo y los escombros, viéranse correr como legiones de espectros, à guerreros con la espada en ma-

no subirse por aquellas ruinas humeantes y arrancar mugeres, ancianos que ecsalaban gritos lamentables; arrojáranse los unos á los otros; criaturas, cuyos miembros estuvieran desgarrados; por todas partes, y à su al rededor, en un espacio inmenso y espantoso, caian con estremecimiento horrible, varias casas, diversos templos: diriase que por todas partes la tierra se abria lanzando torrentes inflamados: y sin embargo en medio de las calles de cenizas, de fuego y cadáveres, se precipitaban los soldados, llevàndose consigo á las mugeres desmayadas, arrastrando los hombre espirantes y sin fuerza, toneles, barriles, muebles, riquezas; y todos aquellos que habian salvado vìctimas ó tesoros, se encaminaban al puerto, echàndolas en lanchas, y volvian despues para lanzarse nuevamente en las llamas á fin de socorrer á otros desgraciados. Ah! no ves aquella imágen viva del tártaro? Aun todavìa está presente á mis ojos! mi cuerpo se estremece! mi sangre se hiela! mi corazon late con violencia! tengo miedo.... miedo todavìa!»

Se habia levantado al hablar de aquella manera: con un brazo rodeaba con fuerza el cuello de Isidoro, que sentia los latidos del corazon de la jóven doncella palpitando contra su

mejilla, pareciéndole ver realmente aquellos horrores que acababa de describir.

Isidoro se asustó aun mas por su terrible emocion.

—Detente, detente, le gritó, no hables mas, miràme bien: todo cuanto nos rodea, se halla tranquilo, apacible.... oh Theléna! oh hermana mia, qué, ya no me escuchas?

Aquella turbacion, aquel espanto que los hiriera à ambos al propio tiempo, pero por causa muy diferente, se desvanecieron prontamente á la voz de Isidoro. Theléna volvió hàcia èl su vista; la opaca nube que parecia ocultar sus facciones, se dicipó de repente, como la niebla de la mañana: serenose su angelical rostro, y la mas tierna sonrisa le devolvió su primitiva brillantez.

—Oh! sí! ¿eres tú? le dijo.

En aquel momento, Isidoro la tenia entre sus brazos, y Theléna estaba sentada: no ya sobre el banco de verde y florido césped, sino sobre las rodillas de su hermano. Quizá no se apercibiera de ello: quizá tambien no se asustará su infantil inocencia. Dejó caer su brazo rodeando el cuello de su amigo; permaneció sobre sus rodillas; estaba mucho mejor allí para no asustarse por segunda vez; y despues de haber permanecido durante cortos

minutos con la frente inclinada y la mano puesta en la mejilla, continuò su discurso con viveza. Isidoro no habló palabra, no hizo la menor objeccion: abrazaba su esbelto talle, y la sostenia sobre su corazon.

«Era, segun ya te he referido, que pasaba aquella horrorosa escena al pié de la colina á la que habiamos subido; no podia apartar mi vista, á pesar del horror que me helaba de espanto: mi padre nos hizo sin embargo, dirijir una mirada aun mas allá de aquel espantoso fuego.»

«Por un lado, distante de la ciudad, sobre las alturas que se hallaban en frente de nosotros, pero de la que estabamos separados por un piélago de abrasadoras llamas, se veia formado en linea todo el ejército turco. El sol hacia brillar sus medias lunas de oro y los hierros de sus afiladas lanzas: mi padre nos señalaba los gefes subidos en palanquines; todos estaban inmòviles: los mònstruos contemplaban la destruccion de la ciudad que habian entregado à las llamas.»

«Del lado opuesto, siempre mas allá del incendio, se descubria el anchuroso mar que reflejando el enrogecido cielo, se asemejaba à un lago de sangre. Se hallaba cubierto de navios formando un medio círculo delante del

puerto, y salpicado por una multitud de lanchas que se llevaban rápidamente á los desgraciados que se habian escapado de la mortandad. Un poco mas lejos, detrás de la escuadra, vierase aparejado con todas sus velas, un hermoso buque que se paseaba magestuosamente: hubiera creido que fuese una fortaleza movible.»

—Es el navìo de la compañìa inglesa, nos dijo mi padre, es el que debe llevaros lejos de estas escenas de carnicería, venganza y esterminio; es el que debe salvar lo que me fuera mas precioso que la vida, mas caro que la libertad; mi esposa y mi hija. Animo! valor! corràmos! es preciso que alcancemos el puerto antes que el incendio nos cierre todas las salidas.

«Oh cielos! ves tú, Isidoro? Era preciso atravesar la ciudad ardiendo!»

—Sostened à vuestra hermana, gritò mi padre á sus hijos.

«Rodeò á mi madre con sus brazos: al prapio tiempo Ataxilo y Polidoro me sugetaron cada cual por una mano.... No supiera decirte cuanto pasò despues en mi alma, pero me sentí de repente animada de un valor, de una intrepidez igual à mis hermanos. Los soldados habian cogido nuestros caballos por

la brida, porque mi padre temia que se asombrasen en medio de las llamas, y bajamos à piè, con velocidad, casi corriendo, para atravesar el inflamado espacio que estaba à nuestros piés.»

«Oh! el infierno no puede sobre pujar aquellos horrores! al piè de la colina se sentia uno sofocado, el aire inflamado que se respiraba, abrasaba el pecho: á cada momento se perdian, se buscaban en torrentes de humo.»

—Marchèmos! marchémos! gritaba siempre mi padre.

«Era su voz la que nos guiaba: yo no lo veia, pero corria entre mis dos hermanos, al resplandor de los torbellinos de llamas distinguia que atravesábamos las calles; veia en rededor mio correr en tropel varias personas, semejantes á sombras enrogecidas; caminábamos sobre cadàveres; algunas veces nos cubria una lluvia de abrasadoras cenizas....»

«Oh! imagìnate, porque yo no puedo pintártelo, á toda una ciudad inmensa que desaparece en menos de dos horas.»

«Ignoro cuanto tiempo corrimos al travès de aquel fuego: pero ya sentia que el aire era menos abrasador, mi vista percibia la nube de humo que se aclaraba delante de nosotros, respiraba un poco, ya no veia llamas, y por

delante distinguia à mi madre entre los brazos de mi padre y el anciano.»

—Ya estamos en el puerto! he ahì la escuadra! allí estàn las lanchas! gritaban à nuestro al rededor con transportes de alegrìa.

«En efecto, sentia bañar mi rostro una brisa fresca que me volvia la vida, y veia un bosque de arboladura; cuando de repente otros gritos, otros acentos, pero mas espantosos, y semejantes à los ahullidos de animales feroces, llenaron los aires, helaron mi corazon, y aun esparcieron el espanto en el alma de mi padre. Eran los turcos que volvian á bajar de las montañas como bandadas de lobos ambrientos y carnìboros para disputar de nuevo á los vencedores los restos de la ciudad destruida y aniquilada, las riquezas que creian hallarse en ella depositadas, y las víctimas que aun pudieran escaparse.»

«A semejante ruido, á semejantes gritos, á tan inesperado ataque, lo griegos acudieron de todas partes; el puerto que nos habiamos propuesto alcanzar, estuvo en un momento cubierto de soldados: ya no podiamos pasar: se corria en desordenado tropel: se buscaba al enemigo.... pero ya estaba en medio de nosotros, mezclado, confundido, peleando con nuestros guerreros; una granizada de balas

diezmaba aquella multitud descarriada, se apuntaba á la casualidad, se degollaban confundidos, y nosotros, mi madre y yo, nos teniamos abrazadas, en medio de aquella espantosa carniceria, defendidas por mi padre, mis hermanos y el anciano que nos rodeaban y combatian con furor para abrirnos paso.»

«Pero los turcos que nos habian sorprendido, llevaban por un momento la ventaja. Una multitud de pueblo, mugeres y niños descarriados, cuya mayor parte perecia á el filo de la espada, nos arrastraron como un torrente hasta el puerto.

—Lanchas! lanchas! gritaban con desesperacion.

«De todas partes acudian de la orilla: el fuego, las flechas, las espadas, parecian invisibles para los valerosos barqueros. Todos à la vez querian lanzarse á las barcas: los que no podian alcanzarlas se precipitaban en el mar: aquellos que veian sus parientes, ó sus amigos alejarse de la playa, ecsalaban gritos lastimosos: el acero de los turcos brillaba suspendido sobre sus cabezas: caian por tierra moribundos y se arrastraban aun bajo los piés para alcanzar las olas protectoras. Nosotras, siempre arrastradas, sostenidas, defendidas por mi padre y mis hermanos, logramos al-

canzar una de aquellas lanchas: algunos griegos querian apoderarse de ella: varios turcos nos perseguian con encarnizamiento: fuera preciso para abrirse paso, inmolar á la vez á hermanos y á enemigos. Ataxilo y Polidoro se abrian paso al través de la multitud con espada en mano: el anciano nos arrastraba hácia la lancha: mi madre me llamaba con gritos horribles: yo la seguia á pesar de todos los obstàculos, me agarraba á la punta de su vestido con toda mi fuerza, mi padre peleaba por nuestra espalda, y los barqueros nos tendian sus brazos.... pero fuera aun preciso para conseguirlo, atravesar una plancha.»

«Mi madre pasa la primera: se apoderan de ella, se la llevan, ya està salvada! Yo.... ¡oh Isidoro! entre mi madre y yo, un tropel de gente armada se ha precipitado con ahullidos de furor. La plancha se rompe bajo sus piés, veinte infelices caen en el mar, otros cien se precipitan en él, alejase la lancha: estaba toda llena.... Oh! que horrorosos gritos arrojaba mi madre tendiéndome los brazos! mis dos hermanos la habian seguido, todos huian, y yo quedara sola!... Me preparaba á arrojarme à las olas, y seguirlos á nado.... Un peso terrible cayò sobre mi cabeza y quedé anonadada. Era una mano sangrienta que

me agarraba por los cabellos. Al momento vì brillar mas de cien espadas en rededor mio: y ¡gran Dios! todo fué obra de un momento, me pareciò que estaba soñando, porque perdí el sentido.»

—Oh! cielos! esclamó Isidoro.

No pudo decir mas palabra, porque á Theléna misma le faltaba la respiracion, pues de tal modo el gallardo mancebo con su terrible emocion la estrechaba fuertemente contra su pecho.

5.

Pero que furioso y deplorable frenesí atormenta á la especie humana? que veneno devorador circula por las venas del hombre?... El fanatismo.

Así que hube abierto los ojos, oh! Isidoro, cuanta no fuera mi desesperacion por no haber perecido! Ah! tu hermana, tu amante, tu Theléna era esclava!

—Tú!... gran Dios!... los turcos!

—Me habian arrebatado, me habian cogido, y me llevaban en una lancha, á ellos le pertenecia.

—Oh Theléna mia!... oh her.... mana.... mia....: ¿te habian cogido? y que te hicieron?

Y sus cabellos se erizaron.

—Oh! tranquilizate, amigo mio, esclamára al punto la doncella casi abrazándolo, tranquilizate! eran bien feos! muy horribles! pero no me hacian daño, no me daban golpes, y no estaban encolerizados; sin embargo, segun parece habian peleado durante mucho tiempo en rededor mio mientras que me hallaba desmayada y que me habian arrastrado por el suelo, porque mis vestidos estaban todos desgarrados, y mi cuerpo y mis cabellos, cubiertos de polvo y sangre, no obstante, no tenia herida alguna, pero sí, un miedo horrible.»

—Ya se hace tarde, amigo mio, es de noche, mira que oscuro y tenebroso se pone: mañana....

—Mañana! gran Dios! me moriria antes mil veces.... Oh nó! Theléna, habla! habla! no tengas mi vida en suspenso! estàs en aquella lancha fatal: ¿que hacian? ¿à donde ibas?

«Vogamos todo el dia, toda la noche, y aun parte de la mañana siguiente: el barco casi nunca se apartaba de la costa. Nuestros guardianes comian, bebian y cantaban, pero no nos suministraban ningun alimento, ni una sola gota de agua: asi que estabamos tan dè-

biles y abatidos al amanecer el segundo dia, que nos fuera imposible llorar ni quejarnos, hallàndonos todos los esclavos tendidos por el suelo sin movimiento alguno, oia decir á mis compañeras que se trataba de vendernos en Esmyrna, y seria por esta razon por la que los amos principales impidieran á los otros el que nos matasen, à fin de vendernos mas caras.... al menos creo que seria eso lo que decian, porque no los entendian bien, puesto que sirvièranse siempre de una espresion que no conocian. Ah! querido amigo, muy pronto conocì que tenian razon.»

«Llegamos á la vista de una gran ciudad, donde habia como en Constantinopla tantas casas, que fuera imposible contarlas. Los muelles y el puerto estaban cubiertos de gente; y asì que hubieron divisado nuestro barco, toda la multitud que seguia aumentándose, se precipitó siguiendo el rumbo que tomaba la lancha hasta el fondeadero. El inmenso gentìo que nos habia seguido parecia enagenado de alegrìa; y sin embargo, los que se hallaban á orillas del muelle, nos enseñaban los puños en ademan de amenazarnos, y muchos de ellos levantaban por el aire sus puñales y cuchillos.»

«Nuestros guardianes cogieron entonces

grandes bocinas, arrojando unos sonidos semejantes á los que dan los pastores de los montes para llamar á sus ganados. Se les contestó desde el puerto con unos chillidos y algazara que nos heló de terror, y al punto vimos acudir por todas las calles à millares de mendìgos casi desnudos, de color de cobre, y de rostros espantosos.»

«Mientras que de aquella manera acudian de todas partes hácia el muelle, una multitud de lanchitas en las que dentro habia hombres que parecian ser, los unos mercaderes, y los otros esclavos que remaban, llegaban de todos lados, rodeando nuestro barco; y estos hombres que manifestaban suma curiosidad por vernos, se acercaban cuanto podian à fin de ecsaminarnos mejor. ¿Comprendes ahora, hasta que punto subiria mi admiracion y temor, amigo mio?»

«Nuestros guardianes echaron el ancla, desataron las cuerdas que nos ligaban á todas juntas, y ordenaron que nos levantásemos. Dos de mis pobres compañeras no obedecieron tan pronto como quisieron, porque estaban moribundas.... Dios mio! las golpearon con sus remos, cayendo por dos veces en tierra, y todo el pueblo que estaba sobre el muelle se reia á carcajadas!... bien los hube mirado: eran

sin embargo hombres.... pero que de ningun modo se te parecian.»

«Nos dieron de beber à todas agua y vinagre. Oh! cuanto bien me hizo! La sangre y el polvo mezclado se habian secado sobre nuestros cuerpos; nuestros cabellos enmarañados estaban pegados à nuestros hombros; nuestros vestidos desgarrados; el sol nos habia caido à plomo durante dia y medio; pero felizmente entonces estaba un poco nublado pues sin esto no hubiera podido soportar el calor.»

«Asi que estuvimos todas levantadas, y que acabamos de apagar la sed, nuestros guardianes despues de haber ecsaminado à cada cual en particular, nos tomaron una á una, é hicieron tres montones. Mucho miedo tuve en aquel momento, porque fuí yo á quien miraron con mas atencion, y á quien escogieron en primer lugar: ignoraba el porqué. Pusieron conmigo dos jóvenes mas, que eran muy lindas, y nos ataron à las tres juntas. En el segundo monton pusieron á siete de nuestras infelices compañeras que eran las mas altas, las mas robustas, y que parecian ser las mas jòvenes despues de nosotras; y en seguida pusieron á todas juntas en el tercer monton á las otras once desgraciadas que maltrataron aun con mayor dureza. Reparé que aque-

llas no eran tan bonitas y se lo dije muy quedito á mis dos compañeras de infortunio.»

—Oh! me respondieron ellas llorando; aquellas son menos dignas de lástima que nosotras: las mataràn.

«Querido mio, me quedé sorprendida al oir esto! que otra cosa peor pudieran hacernos que matarnos?»

Isidoro la abrazò estremecido de placer; porque al fin no lo habia sabido, puesto que lo ignoraba.

—Yo no sé, la dijo.

—Ni yo tampoco, añadiò Theléna.

«Mientras que hacian tres porciones de nosotras, llegó una tropa de soldados al puerto. Su gefe y nuestros guardianes se hablaron de lejos, y al momento levantaron el ancla, abordando muy prócsimo al muelle, y echando las planchas á la orilla. Temblábamos, por que todo el pueblo parecia querer precipitarse sobre nosotros: pero los soldados debian protejernos contra su furor. Desembarcamos, conducidas por los barqueros que sugetaban nuestras ligaduras: la tropa nos rodea desviando la multitud con bastante trabajo; entramos en la ciudad al clamorio de los gritos y de las mas feroces amenazas y penetramos por último en una espaciosa plaza toda rodeada de

tiendas, en las que vendianse toda especie de mercaderías: era lo que los turcos llaman el gran *bazar*, ò mercado público.»

«Cuando nos hallamos casi en medio de aquella plaza, nuestros guardianes nos mandaron hacer alto, y el populacho nos rodeò.... En medio de aquella escena de tumulto, de gritos, de gemidos, ecsalados por mis compañeras, un estrangero, cubierto de resplandeciente armadura, ceñida la cintura con pistolas y puñales, el mirar descarriado, la barba erizada, pero de rostro pálido como la muerte, se lanzó en el círculo que formábamos. Agita por el aire un bolsillo lleno de oro, esparciendo sobre nosotras unas miradas de fuego. Todas mis compañeras se ocultan, se estremecen y caen de rodillas. Encaminase hàcia mí, pone sus manos sobre mi cabeza, y sacando un puñal de su cintura, muèstralo á los guardianes, y les dirige la palabra, sugetàndome por los cabellos.»

—Ruega à Dios! me gritan mis compañeras, te compra, para matarte en seguida.... así lo dice.... rehusan su oferta.... eres bonita, ya estás salvada.... cielos! de nuevo ofrece mil ducados.... te van á entregar!... vas á morir! á Dios! á Dios!

«Todas juntas me abrazaron, arrojando

agudos gritos: en cuanto á mí, Isidoro, ofrecia mi corazon á Dios.... Ví contar las monedas; los guardianes me desataron, aquel hombre espantoso rodeó su brazo con la trenza de mis cabellos.»

—Camina, me dijo en idioma griego, agarrándome con una fuerza prodigiosa y arrastrandome trás él.

«Mi vista se oscureció, ya nada oia, pero yo andaba, ó por mejor decir sentia que me arrastraba. Atravesamos toda la multitud que desviaba con su puñal, para impedir que me insultasen como á mis demàs compañeras; en seguida.... ya no se mas, porque mucho antes de llegar á la estremidad de la plaza, habia perdido el sentido.»

—Detente! detente!... Oh! déjame respirar! Theléna, no acabes por Dios!

—Oh! sí! oh! sí! caro Isidoro! tranquilizate! desecha cualquier temor por tu querida amante! aquel hombre espantoso, terrible.... mira, mira! ¿no sientes como late mi corazon de placer y gratitud?... Era mi libertador, mi amigo, el venerable anciano!

—Ah!!!

«Al recobrar los sentidos, ¡oh dulce amigo! cual seria mi sorpresa! me hallaba en una hermosa habitacion, y acostada sobre un

divan; mi padre.... sí, mi padre mismo sostenia mi cabeza, y el anciano se ocupaba en hacerme respirar perfumes olorosos para reanimarme.... ¿Sabes en que pensaba? en que estaba soñando. Mas, à pesar de esto, me arrojé al cuello de mi padre, y lloré durante mas de una hora.»

«Aquel terrible combate que se habia empeñado en rededor de mi cuerpo en el momento en que los turcos se habian apoderado de mì, sobre el muelle de Aïvali, era yo quien fuera la causa; aquellas manos que tan encarnizadamente se habian disputado mi posecion, eran las de mi padre y las del buen anciano; pero eran dos contra mil.»

«Imaginate, cual no seria la desesperacion de mi padre, viéndose obligado à sucumbir al número. No quiso sin embargo abandonar las riberas de Aïvali, resolviendo perecer en caso que al hallarme nuevamente no pudiese salvarme, y su noble amigo juró el participar de su suerte. Todo aquel dia se pasó en inútiles pesquisas, pero hácia la caida de la tarde, un griego hecho prisionero, y que logrò escaparse de entre las manos de los turcos en el momento en que degollaban á sus hermanos, participó á mi padre que nos habian embarcado con direccion á Esmyrna y que allí tra-

tarian de vendernos, porque casi todas eramos bien jóvenes.

«Al momento mi padre y el anciano se disfrazaron con los trages de dos soldados albaneses que habian perecido con tantos otros en la mortandad de aquella terrible jornada. Partieron con escelentes caballos, y caminaron con tanta velocidad que llegaron à Esmyrna mucho antes que nuestra barquilla. Nuestro arribo se aguardaba ya con impaciencia, segun las noticias que se habian esparcido. Como mi padre era muy conocido en Esmyrna, y su cabeza estaba pregonada, el anciano ecsigió que no se manifestase en público, que lo dejase á èl obrar solo, prometiéndole bajo su vida, de traerme prontamente á sus brazos.»

«Este hombre generoso, tenia en Esmyrna amigos que le eran adictos. Alojó à mi padre en una casa en cuyos dueños habia depositado la mayor confianza. En seguida, escogiò para sí un nuevo disfraz: tomò el de un rico mercader tàrtaro, que ejercía el comercio de esclavos para el servicio de los Pachàs de la Caramania; y á fin de que apareciese enteramente desconocido, tiñose las cejas, y púsose una barba postiza y negra. De aquella manera se presentò en el muelle: siguió á nuestra bar-

quilla con la multitud del pueblo; hallábase en una de aquellas lanchitas que vinieron à ecsaminarnos cuando estàbamos fondeados nos acompañó al bazar, fué testigo de la suerte de mis cuatro compañeras vendidas las primeras, y para que tuviese mejor écsito su generoso designio, fingiendo èl mismo adular el furor de los turcos, se apoderò de mí, haciendo como que me maltrataba, y salvó mi vida, gritando al pueblo feroz que queria degollarme por su propia mano.... Ah! aquella mano protectora la he cubierto despues con mil besos de gratitud.»

«Prontamente me dieron un poco de alimento, y vino delicioso, porque estaba casi al punto de morir de hambre. Oh Isidoro! tu no pudieras figurarte el verdadero estado en que me hallaba! causaba compasion, daba miedo el mirarme! tan solo un padre podia aun querer abrazarme, hallándome, como efectivamente estaba, toda cubierta de polvo y sangre.»

«El anciano trajo consigo dos mugeres cuyos semblantes respiraban la mayor dulzura, vestidas con lujo, y que al verme prorrumpieron en llanto, temblando al mismo tiempo. Yo estaba tan contenta, tan enagenada, que besaba sus manos, sus vestidos sin saber lo

que hacia. Aquellas dos mugeres me llevaron á su habitacion; metiéronme en un baño, y mientras que una jòven esclava peinaba y perfumaba mis cabellos, ellas preparaban para mì, ricas vestiduras, ropa blanca de musolina, semejante à la que usan las sultanas, collares de perlas, y brazaletes de oro. Pero ah! no me puse todo aquello; de tan bellos adornos, de tan suntuosos trages, he aquì, caro amigo, todo cuanto tuve tiempo de echarme encima.»

Al pronunciar estas palabras, con un candoroso sentimiento, enseñaba á Isidoro su tùnica azul, bonita pero un poco corta.

«Mientras que yo me habia salvado, en tanto que me tenia por feliz, mis pobres compañeras soportaban el mas terrible destino. El generoso anciano que à todas habia visto, concibiò el osado proyecto de sustraer todavìa algunas á una muerte cierta. Mi padre le dió mucho dinero y volviose al bazar. Doce de aquellas desdichadas habian sido ya vendidas; otras siete habian sido degolladas por sus amos ò por el pueblo; otras cinco se las habian llevado un mercader. Aun quedaban ocho todavía, entre las cuales se hallaban las dos lindas jóvenes de mi edad. Felizmente, los cónsules de Europa, habian acudido tambien al

bazar, y ofrecian mas que todos los otros mercaderes para poseer las ocho juntas. Pero como los turcos no ignoran que tus generosos compatriotas no compran á los griegos sino para libertarlos y devolverlos á sus familias, no querian cederles las últimas ocho víctimas; juraban que preferian degollarlas, y á fin de conseguirlo, pedian un precio tan ecsorbitante, que los cònsules vieranse forzados à desistir de su empeño; cuando presèntase el anciano, ofrece un precio mas subido del que se pedia, consigue su objeto porque fingia ser tan cruel como sus verdugos y al momento se las llevò, anunciando que iba à hacerlas partir para Bagdad.»

«Acudieron todas á abrazarme mientras que aun permanecia en el baño, y juntas mezclabamos nuestras lágrimas, nuestras preces, y nuestros ecos de alegria, cuando de repente oimos por todas partes descargas de fusileria; un tumulto espantoso resuena por toda la ciudad: el pueblo se precipita por las calles como torrentes: destrozan las puertas, rompen las ventanas: las balas silvan al rededor de nosotras atravesando el aposento en que nos hallamos, y en medio de aquellos bramidos; resuenan estas espantosas palabras:

Revolucion! revolucion! los musulmanes de-

güellan á los cristianos! Sálvese quien pueda!

«Todas mis compañeras caen de rodillas: yo me arrojo fuera del baño: en aquel mismo instante, siento que tratan de echar abajo la puerta; mis jóvenes compañeras me rodean, no tengo tiempo sino para ponerme esta túnica: la puerta salta en mil pedazos.... era mi padre.»

—Ven, ven! me decia gritando.

«Arrástrame medio desnuda, y mis compañeras me siguen. Atravesamos muchas abitaciones, llegando á una sala llena toda de armas: oiase siempre un ruido terrible.»

—Huid, huid! nos grita alguno.

«Era el anciano quien, solo, con sable y puñal en mano, detenia à la puerta por donde acabábamos de pasar, cuatro hombres furiosos que nos perseguian con encarnizamiento. Vuelvese mi padre, apodérase de una espada, y vuela al socorro del anciano. Los cuatro hombres estaban armados con relucientes alfanges; mi padre y mi libertador, vieranse obligados á pelear cada uno con dos enemigos á la vez. Oh Isidoro! yo no tuve miedo alguno; sentí nacer en mi pecho el valor de un guerrero. Ví, que se hallaban suspendido en la pared entre varia clase de armas, un arco y un carcax lleno de flechas;

me precipité para alcanzarlo, me apoderé de èl, me subí sobre una mesa para lanzar mis flechas por encima de la cabeza de mi padre, y la primera que disparé derribò á un turco, cuyo alfange iba á darle muerte. A mi ejemplo, todas mis compañeras se apoderaron de las armas restantes: una granizada de flechas se escapa de nuestras manos; cae por tierra otro enemigo, y los otros dos tomaron la fuga.»

«En el mismo instante, se apodera mi padre de mí, me arrebató en sus brazos, y corrió atravesando por un jardin; el anciano llevaba de la mano á dos de mis compañeras y todas las demàs seguian nuestros pasos. Llegamos à una puertecilla que caia hácia el muelle, al estremo de la ciudad, en un parage desierto. Encontramos allì una barca, con un palo y una vela, en la cual estaban ya las dos mugeres que yo habia visto en la casa: todos nos lanzamos en la pequeña embarcacion, y partimos con increible rapidez; por que la brisa era fuerte y favorable.»

«Despues de algunas horas de navegacion, abordamos á esta pequeña playa, la misma en que las olas te arrojaron, y bajamos à su orilla.»

«Se amarrò muy bien la barca que fuera nuestro ùnico recurso; todos estábamos ren-

didos de cansancio ; nos acostamos al abrigo del viento contra las peñas , y esperamos la venida de la Aurora en una mortal inquietud.»

«Dormia sin embargo profundamente, cuando mi padre me despertò abrazandome. Apenas clareaba el dia, pero habia ya trepado por las mas elevadas rocas , estando seguro que aquellos peñascos eran inhabitados.»

—Theléna , me dijo estrechándome contra su pecho ; ignoro absolutamente en qué parage nos ha colocado el destino , y no poseo ningun medio para poder informarme de ello. Pero estas rocas desiertas y desconocidas , me parecen ser para tì , y para tus compañeras, un asilo seguro , y al abrigo de toda sospecha. Eres mi hija , tienes valor: dá ejemplo á tus hermanas. Mi amigo y yo , vamos de nuevo á embarcarnos , procurando descubrir cuales son las islas habitadas mas cercanas , y si podemos conduciros á ellas esentas de todo riesgo. Os dejamos vìveres para mas de dos dias: esta isla produce una multitud de variedades y sabrosas frutas: quedaos pues todas aquì , no os asusteis , y esperad nuestro regreso que no tardarèmos en volver. Tu madre se halla en seguridad ; està en camino para Inglaterra. Bien sabes que nada ecsiste en la tierra que sea tan caro como tú ; ayer te debí la

vida: Theléna, hija mia, mi único amor y mi esperanza, cuenta siempre con el cariño y valor de tu padre.

«El anciano me arrancó de sus brazos para estrecharme tambien en los suyos; mientras que ambos cubrian mi rostro con besos y lágrimas, todas mis compañeras yacian postradas à sus plantas.... partieron.... era preciso.... ¿no lo crees tù tambien?»

—Sì, Theléna, lo mismo hubiera hecho yo, dijo Isidoro; aun ahora mismo lo haria yo, si fuera posible.

—Oh! yo te seguiria, esclamò Theléna, cuyas mejillas acababan de cubrirse de llanto; mi padre no ha vuelto mas, y lo espero.... lo espero siempre!

—Oh cara amiga! y que ha sido de tus compañeras?

Theléna se dejó caer en los brazos de Isidoro, y sus sollozos interrumpieron las primeras palabras que quiso pronunciar. En fin, tranquilizada por las dulces caricias de su amante, levantò de nuevo su linda cabeza y concluyò su relacion de esta manera:

«Partió.... yo sola habia conservado mis armas: bien lo ves. Mi padre me dijo: *Tu eres mi hija, tienes valor.* Quise llegar á ser la protectora de mis compañeras; quise velar so-

bre su ecsistencia. Todas se habian puesto à orar en la playa, para atraer sobre la barca la proteccion del cielo. Yo me levanté, cojí mi arco, entrè por el pasage estrecho y cavernoso que forman las rocas, penetré atrevidamente por el interior de la isla, é imagínate cuanta no fuera mi admiracion, mi alegrìa. La recorrì en todas direcciones: insistia por encontrar para mis compañeras, para mis hermanas, retiros mas còmodos, abrigos menos frios que la orilla del mar, agua pura, y las frutas que mi padre ya habia visto: todo esto descubrì.»

«Antes de volver atrás, quise reconocer todo por mí misma; penetré por los bosques mas sombríos, en las grutas mas ocultas; todo me parecia encantador, mi corazon rebosaba de alegrìa. ¡Cuan contenta me hallaba por anunciar à mis compañeras aquellos descubrimientos! Para causarles mayor sorpresa, llené mi vestido con las mas hermosas frutas, y muy ufana y gozosa regresaba gritándoles.... ya no habia nadie en la playa.... estaba desierta!»

«Desprèndese el vestido, caen las frutas por el suelo.... Oh cielos! oh amigo mio! desde las rocas hasta la orilla del mar, la arena de la playa estaba teñida con señales de san-

gre; por todas partes habia cabellos esparcidos, girones de vestidos desgarrados, y largos surcos sobre la menuda arena, denotaban que habian arrastrado á mis compañeras hasta las olas. Al proseguir por aquellas sangrientas huellas, mi vista se prolongò hasta el mar, y veo.... oh Dios mio! mi corazon se estremece todavía! veo cuatro barcas bien lejos, muy lejos! todas estaban llenas; distingo en ellas à mis hermanas, y el sol hacia brillar en la punta de los mastiles la horrorosa insignia de los musulmanes!»

«He aquì todo, Isidoro: desde aquel dia, me hallo sola, esperando á mi padre. Oh! tú lo aguardarás conmigo, ¿no es verdad amigo mio? puesto que me amas, no serás capaz de abandonarme! tu me lo has dicho, me lo has jurado.... pero tengo miedo: oh! repitelo aun otra vez!»

«Todas las mañanas, decia à su amigo, trepaba por el gran peñasco para descubrir, si venian algunos navíos, apresurandome en seguida á bajar á la playa, para informarme del regreso de mi amigo ó de mi padre. Era á tì á quien vì, á quien hallé, à quien salvé.... Mas.... huì, asi que me hubiste mirado. Despues.... regresé, te buscaba ocultàndome cuanto podia.... ay de mì! ya no te ha-

llabas en la playa! ¡Cuanto lloré! De repente, mientras duraba mi llanto, te ví pero no eras tú, segun y como te encontrè en la orilla; era un turco! un turco!... bien conoceràs que era preciso matarlo ó morir. Tendí mi arco con todas mis fuerzas, y la flecha partió.... pero al propio tiempo se me helò el corazon. Oh Isidoro! yo sola matar á un hombre!... ¿y si por casualidad se hubieran agolpado otros ciento?»

«Muy bien sintiera que me agarraban, que me arrastraban consigo: pero yo nada veia, nada mas oia, creyendo hallarme en el mar con todos aquellos bàrbaros, cuando mis ojos se abrieron de nuevo, y asi que hube reconocido tus facciones, esto me volviò la vida. Pero eras acaso, mi enemigo? venias á matarme? para hacerme quizà tu esclava?... Tus vestidos me causaban miedo, pero tus miradas.... no puedo esplicarte el efecto que éstas me causan siempre.... Oh! ya no te hubiera matado, pero á tu vista me hubiera atravesado el corazon, si hubieses sido musulman.»

—Oh cielos! serà verdad!... que fué pues lo que te hizo dudar de ello?

—Tu rubia cabellera, tu tez tan blanca como la mia, tus ojos azules y dulces como los de mi madre, y despues tu amable sonrisa, despues tu mirar, y despues.... el ponerte

de rodillas delante de mi: tu no podias ser un turco. Entonces te mostré de pronto el signo de la redencion, la cruz de los cristianos, tu cruzastes las manos, eras mi hermano.... y te abracé.

—Se realizaron mis sueños proféticos, esclamó Isidoro levantándose bruscamente, en lugar de contestar á Theléna que se preparaba para abrazarlo. Sí, hela aquí, esta hija de los valles del Pindaro, esta hija de los guerreros de la antigua Cecropia, linda como las ninfas que pueblan los bosques de la Atica, mas tierna, tan candorosa como la inocente Io. Oh Roberto! mi querido Roberto! tú que te burlabas de mis ensueños apellidàndolos quiméricos, que dirias si conocieses á mi Theléna? Oh Pablo! mi querido Pablo! no abrazaràs nunca á la hermana de tu Julia? Oh! si oyeses su melodiosa voz, si esperimentases el dulce efecto de sus miradas, si la vieras sonreis, levantarse, correr, ponerse colorada como tu amante, cuan admirado, cuan feliz serias!... no es la misma persona, y no obstante, tú la reconocerias.... Oh mis amigos, oh hermanos mios! nó, nó, vosotros no habeis perecido! Vereis á mi Theléna! la llamareis vuestra hermana!

6.

El hombre propone; mas Dios dispone.

En tanto que la inocente y candorosa Theléna, se entregaba al mas apacible sueño, bajo la guarda y custodia de Isidoro, éste decia para sì:

—¿Y ahora que hacemos? ¿qué será de nosotros?

Y decia *nosotros*, porque en su amorosa lògica, entendia que su suerte jamàs pudiera separarse de la de su jóven griega que adoptaba por hermana, escogia por amante, y to-

maba por esposa con la ayuda de Dios y el consentimiento del príncipe, caso de que aun viviese.

—Es preciso partir, marcharnos de aquí muy pronto.... ¿mas cómo? de qué manera? con qué medios? Con los brazos cruzados, la vista fija en el suelo, caminaba Isidoro con lento paso, recorriendo el bosque, formando mil proyectos, pero agotando en vanas combinaciones todos los recursos de su ingenio, y la fuerza de su imaginacion.

—Diablo! esclamó deteniéndose de repente, bien puede uno escaparse de la cárcel por mas que se vea rodeado de espias y soldados; pero evadirse de una isla desierta, falto de todo aucsilio? Veamos sin embargo, lo que podemos hacer.

Este islote se halla poblado de árboles: tengo un sable muy bien afilado: ¿intentaré cortar algunos para formar una balsa, atando todas sus ramas con flecsibles juncos? y por qué nó?... probémos.

Ocúpase durante una hora en cortar el tronco de un árbol, y aun no habia profundizado sino dos pulgadas cuando la hoja de la cimitarra tenia ya dos enormes mellas; ¿que importa? Si en una hora ha podido profundizar dos pulgadas en el tronco, bien podrá en

un dia entero derribar el árbol que no tiene sino ocho de diametro. En diez dias se encontrarà con diez árboles y una multitud de ramas se podrá muy bien construir una balsa; y aun cuando le fueran precisos diez dias para arreglar la madera, en veinte dias à mas tardar pudiera botarla al agua; y estos veinte dias no le parecian sino veinte horas, pasandolas al lado de su jòven, bella, y tierna Theléna.

—¡Vamos, vamos! pongámonos á la faena!

Mas no corta ya la cimitarra.... tampaco faltan peñascos para afilarla: pero en veinte sitios se mella.... Ah! soberbia idea! la cimitarra mellada cual larga és puede transformarse en una sierra; se le pondrán dos mangos en cada estremo; Theléna es robusta, mañosa y vigorosa; juntos acerraràn los árboles del bosque; y para que no se lastimen sus lindas manos, que él adora, las envolverá en un pedazo de su banda; à bien que es grande, y se puede muy bien desgarrala para hacerle un par de guantes; lo demás que quede se transformará en velàmen.... una vela de musolina de Indias!... Vaya un lujo! lo peor es que serà algo frágil.... pero nò, el tiempo será bonancible, la brisa suave y ligera, se cojerá poco viento, y con el aucsilio de los

rémos.... Pero, ¿adonde se irá? camino adelante. ¿Que guia se tomarà? la casualidad: ¿y las provisiones? frutas para ocho dias. ¿Y agua para beber? se llenaràn cien embuditos de hojas los que mañosamente se colocaràn en las uniones de la balsa. Theléna tendrá para sentarse un pequeño sitial bastante elevado, hàcia el medio, á fin de que las olas y golpes de mar no puedan alcanzarla. Isidoro remarà, dirijirá, trabajará: à cualquier parte que voguen, preciso será que descubran una costa. Vamos, vamos, valor! se han visto cosas mas atrevidas y admirables. Ah! si Theléna se despertase! si Theléna estuviese aquì!... mañana, mañana lo sabrá todo, me abrazará, me inspirará valor.... continuemos, derribémos este árbol.... mañana se quedará mi hermana muy admirada al ver un árbol derribado por el suelo.

Quitase la chaquetilla, vuelve á empuñar su cimitarra y pònese de nuevo á trabajar con todas sus fuerzas. Los ecos de sus golpes retumbaban en el pequeño bosque, repitiéndose aquel ruido en veinte parages distintos; de suerte que se hubiera creido que habia allí mas de veinte obreros trabajando à la vez. Aquel ruido parecia lisonjear la impaciencia de Isidoro; cuando he aquí que de repente,

casi al cabo de una hora de trabajo, y apenas empezaba á despuntar la Aurora, un sonido de otra especie, un ruido, un golpe sordo pero lleno, grave, estendido pareciò responder inopinadamente á los que Isidoro descargaba sobre el árbol, aun de pié todavia, y á su imitacion, fuè repetido por los ecos de las rocas.

El jòven detùvose permaneciendo inmòvil; el acero cayò de sus manos; púsose à escuchar, retuvo su aliento.... cerca de un minuto pasó en un profundo silencio....

—Me he engañado, dijo para sì pronto à empuñar su arma. Sin embargo, en el mismo instante resuena el mismo zumbido.... Gran Dios! esclama, es el cañon!... parte, vuela, sube, y hallase yá sobre la punta de una roca.

El sombrío crepúsculo de la noche envolvia la inmensidad de las olas; la luna no brillaba mas sino con un pàlido resplandor; pero el cielo y el mar se reflejaban al Oriente. En medio de la estensa llanura que surcan lentamente las olas de un azul opaco y sombrío, aparecen al lèjos dos objetos de un color gris blancusco, que en la oscuridad se asemejaban à espectros, de ambos á dos aparecen deslizarse cortas llamaradas, y poco des-

pues retumba el eco del cañon. Eran dos navíos que se entregaban al combate.

Arrojados rapidamente por la brisa matinal, los dos navíos, maniobrando con astucia y velocidad, se aprocsimaban á los escollos y se manifestaban mas claramente á la vista de Isidoro. El uno de ellos, poco velero, y de una construccion pesada, parecia hacer todo sus esfuerzos para doblar las puntas de las rocas que rodeaban la pequeña isla, y poner esta barrera favorable entre él y su terrible adversario. Pero en aquella tentativa que solo la desesperacion podia inspirarle, tenia que temer por una parte, encontrarse con los escollos de que el mar se halla salpicado en aquellos peligrosos parages, y en medio de los cuales, vista su pesadez y la anchura de sus flancos, el primer choque lo hubiera abierto y destrozado; y por otra parte su antagonista, su rival, que se parecia por su hechura ligera, sus elevados mastiles y por su rapidez, á los corsarios americanos, ganándole siempre el viento, incomodàndolo con un fuego continuo y certero y destruyendo su maniobra con suma habilidad, no solo hacia que su ejecucion fuese casi imposible, mas tambien manifestaba visiblemente la intencion que tenia de arrojar aquel buque de alto bordo hacia

los *bajos* erizados de rocas, donde hallàndose seguro de la superioridad de su quilla y el valor de sus marineros no temia seguirlo en aquel parage y empeñar un combate.

Aunque Isidoro fuese novicio en este jénero de maniobra, reconoció en el acto la falta cometida por el buque mayor, y la superioridad del mas pequeño; tambien preveyera prontamente hácia que lado se decidiria la victoria; y desde entonces no tuviera mas temor sino que el buque mayor fuese á estrellarse y á perecer á una gran distancia de la roca en que se hallaba, cuya tentativa lo hubiera privado de toda comunicacion con el vencedor; y entonces todos sus esfuerzos se dirijieron á reconocer de que nacion era el buque mas pequeño.

El fuego vivo y terrible que hacia con una esactitud y precision admirables, no le dejaban casi ninguna duda de que aquel pequeño buque estuviese servido sino por marineria griega, y su corazon se estremeció: á cada andanada se sobresaltaba de impaciencia, brincaba sobre la roca, hubiera querido hallarse en medio del combate; aquel ruido guerrero, que resonaba cada vez mas, le inspiraba un ardor que le hacia hervir la sangre en sus venas; á cada movimiento que lo acercaba à

los buques combatientes, gritaba, agitaba sus brazos como si pudiera ser oido; y cuando la maniobra parecia que algun tanto los alejaba, palidecia, heriase el pecho, queriendo mesarse los cabellos.

Sin embargo, el dia aumentaba gradualmente; y ya los dos navios, su velámen, sus maniobras y sus fuegos respectivos se distinguian perfectamente. Bien pronto los primeros rayos del sol bañaron la superficie de las aguas, en un instante doraron los mastiles y los pabellones; y entonces, casi al momento con gritos y enagenado de gozo, Isidoro reconoció el pabellon griego flotar en la popa del pequeño pero intrépido buque y sobre el contrario la media luna de Mahoma. En el mismo instante una repleta andanada à menos de tiro, destrozò toda la obra muerta del navío que se batia en retirada: lo embarazoso de su maniobra, su incierto rumbo dieron á reconocer á Isidoro que habia varado en los escollos: los griegos, por el contrario, lo asediaban cada vez con mas ardor. Finalmente tres andanadas, lanzadas en menos de dos minutos arrojaron á distancia de algunas toesas al desdichado buque arrebatándole à la vez todos los mastiles; al mismo tiempo la punta de una roca entreabrió su ancha quilla

con un rechinamiento tan espantoso que bien lo oyera Isidoro desde la elevacion de su roca viendolo casi en el propio instante hundirse y desaparecer: una última andanada del vencedor acabó de sumergirlo en las olas, y durante tres minutos no quedára mas sino un navío meciéndose magestuosamente sobre la superficie de las olas.

Casi al punto se puso Isidoro à gritar con todas sus fuerzas, agitó sus vestido: lanzándolos por el aire para que pudiesen mejor distinguirlo, hizo rodar enormes masas de peñascos esperando que oyesen el ruido que hacian al caer, mejor que pudieran hacerlo los ecos de su voz. Inútiles esfuerzos, gritos impotentes, vana esperanza, cuya pèrdida es aun mas horrorosa que la misma desgracia.... El vencedor, satisfecho, despliega todas sus velas, dobla el cabo hàcia el oeste, surca la ola, como la flecha que persigue al ave por los aires; aléjase, disminúllese, debilítase, desaparece; y el desgraciado jóven cae sumerjido en una profunda desesperacion, precipitárase de buena gana en en el mar, si Theléna, su amor, su vida, no le quedase siempre en su horrible desventura.

Pero vos sabeis que Isidoro animoso y decidido, tanto como vivo é impetuoso, jamás se

abatia enteramente, y encontraba siempre en su alma sana y robusta, la esperanza, la fuerza y la alegrìa.

—Vamos, vamos! esclama levantándose prontamente, cortèmos estos árboles y construyamos una balsa; à bien que la providencia no desampara nunca á los que así mismo se ayudan.

Sus reflecsiones le hicieron sonreir; pero con la sonrisa en los lábios y el corazon muy oprimido, dirigió al mar una última ojeada, la que espresára tanto furor como sentimiento. El buque griego estaba ya tan lejos que apenas lo divisàra; pero en el parage mismo donde habia concluido el combate de una manera tan pronta y tan terrible; algo de monstruoso y colosal se mecia sobre la superficie de las olas pareciendo aprocsimarse poco á poco á las rocas. Era nada menos que el abultado navío turco que, sumergido primeramente se hallaba como acontece por lo regular medio recostado sobre su flanco, siguiendo el curso de las olas que lo acercaban lentamente hácia la playa, y distante no mas un cuarto de legua de la roca que Isidoro y su jòven amante habitaban.

El impetuoso frances no reflecsionò ni siquiera un minuto, no dijo una palabra, ar-

rojò su chaquetilla árabe, su tahalì y su cimitarra: desnúdase hasta la cintura, ata sus dos puñales al rededor de su ancho pantalon, baja de la roca, casi perpendicular, tan lijero como la linda salvage, lánzase en el mar, nada rectamente hàcia el buque diciendo al propio tiempo:

—Veamos, he aquì una cosa nueva, esto puede ayudarme en algo. Si encuentro allì algunos hombres que no hayan aun perecido, los salvarè con tal que no me hagan daño, los mataré caso de que quieran perjudicarme. Si no ecsiste nadie dentro de aquel cascajo, al menos bien podré encontrar en abundancia madera, tablones, toneles, mastiles, velas, escalas, cordage, y, ¡pardiez! construirè una balsa capaz de viajar por los mares de la India. Vamos, Isidoro! vamos amigo mio! es preciso salir de este pantano; ánimo pues, inventa, trabaja! con tal que tú lo hagas todo, la providencia hará lo demàs.

Al raciocinar de aquella manera, se llega con alguna precaucion á la inmensa mole que, recostada sobre un lado, no opone al escalamiento ningun obstáculo invencible, sobre todo para un jóven tan diestro y vigoroso como lo fuera Isidoro: sùbese como un gato: en cuatro brincos està ya sobre el alcàzar de popa

acribillado por las balas de cañon, y fuèrale preciso aun toda su maña para mantenerse firme en èl. Ecsamina, escucha, nada le parece que pueda detenerlo ni inquietarlo: armase de un puñal y penètra en el entrepuente.

Era un viejo pero soberbio buque que parecia haber sido nuevamente reparado y artillado de un modo formidable. El jóven sacó por aquellos indicios la consecuencia bastante natural, que aquel navío de primera clase hacia parte, segun las apariencias, de alguna escuadra de la que habia sido separado. Sospechó que tenia razon.

Desde el entrepuente, y siempre alerta consigo mismo, resbalose hasta la cala; por que fuérale preciso andar de costado, ó mas bien era menester andar casi á gatas, en atencion à que el navío no se tenia ya sobre su quilla. Allì, viera un espectáculo horroroso, pero que no lo sorprendiò puesto que se lo aguardaba. Cuatro hombres y un muchacho como de diez años, todos heridos y mutilados, estaban tendidos en el agua que llenaba la mitad de aquella inmensa mole: ya habian espirado. El resto de la tripulacion habia sido presa de las embravecidas olas. Isidoro no los ecsaminò sino para asegurarse que habian ecsalado ya el postrer aliento, no haciendo sino una sola ob-

servacion ; y era que el muchacho de diez à once años estaba cubierto con ricas vestiduras: presumiò que aquel pobre chico era seguramente el hijo del capitan. Puesto que no podia entenderse con los muertos, envainò su puñal volviéndose atrás.

Toda su atencion se dirijió de repente sobre el partido que pudiera sacar de aquel deplorable naufrajio, y sobre el modo de conducir, à tierra la multitud de tablones, troncos, cordages, velas, toneles y objetos de toda especie de los cuales queria sacar el mayor provecho para construir su balsa ; porque esta y no otra era su única y fija idea. Mientras que removia los mastiles, las velas y los cordages, apercibe de repente, pendiente del reverso de la quilla, y retenido por un enorme y grueso cable el lanchon del navìo, hermosa canoa toda nueva, equipada con un pequeño mastil, su verga y su correspondiente velita, y à mayor abundamiento provista de seis remos con sus respectivos bancos, à estilo de las barquillas del Bòsforo.

Apoderòse de él una alegría tan viva á la vista de aquella pequeña embarcacion, toda nueva perfectamente equipada, mucho mas segura y mas còmoda que todas cuantas balsas hubiera podido construir, que se abochor-

nó, prorrumpiendo en estrepitosa risa:

—He aquí lo que buscaba, esclamó, mi Theléna y yo nos colocarémos aquí como unos àngeles. Vamos, vamos, pongámonos pronto à la obra.

El cable que sugetaba la canoa estaba amarrado por un torniquete; nada era mas fácil que ponerla á nado: lo fuè en un abrir y cerrar de ojos y gozoso, tanto como puede uno serlo en poder librar á su dulce amante, su tierna hermana, Isidoro iba à precipitarse en ella cuando su imaginacion le sujiriò la idea que no haria mal aun, de echar algunas proviciones en su barquilla.

Casi al punto, habiendo atado su lancha, porque era tan prudente como vivo y atrevido, volvió á bajar al entrepuente y empezó de nuevo sus pesquisas.

—¡Pardiez! dijo para sì, deslizàndose por las escotillas, estos turcos no estarian aquí sin vìveres; y el mar que todo lo ha sumerjido, quizá habrá dejado algo sin que esté echado á perder. Veamos, busquémos.

En su primer visita no se habia aun acordado del camarote del capitan: recuérdalo pues, vuela: siempre se encuentra en èl alguna cosa de reserva, como por ejemplo, rancias botellas de vino generoso, escelentes licores, bue-

nos pasteles de masa, chocolate, café, azúcar, etc.

Aquel camarote se hallaba odornado con suma elegancia. Mas oh cielos!... qué es lo que vé? una muger! sí, no hay duda, es una muger jòven, hermosa y linda. Se halla recostada sobre una multitud de almohadones esparcidos por el suelo y sin òrden alguno; sus cabellos y vestidos, como todo cuanto se halla en el navìo, han sido empapados por el agua del mar: sus miembros yertos é inmóviles, su cabeza echada hàcia atràs, todo en ella ofrece la imàgen de la muerte!... pero acaso no estuviera quizà mas que desmayada?... Entra, aprocsímase y se detiene helado de terror. El vestido de muselina blanca bordado de plata que servia de adorno á aquella desventurada, destinada sin duda á voluptuosos placeres de su dueño, se halla empapado de sangre al rededor de su pecho: arrancalo, descubre enteramente el seno de esta bella esclava, y viera, arrojando un grito de espanto y de compasion, el mango de un puñal cuya hoja, tan ancha como su mano, ha penetrado toda entera el corazon de aquella infeliz! Palidece y se sienta.... Ningun socorro fuera ya necesario.... el amor, la desesperacion, la certeza de morir, pueden acaso inspirar tan

bárbara precaucion? Por ventura se mudan los sentimientos del corazon cuando se halla uno en presencia de la muerte?

Isidoro temblaba: era la primera vez que esto le sucedia. ¿Mas por qué la imágen de Theléna se otreció de repente à su imaginacion? por qué el aspecto de una muger bella asesinada, causándole tan justa conmocion, llenaba al mismo tiempo su alma de un sentimiento tan tierno y doloroso, que al instante su rostro viérase bañado en llanto? Por qué decia para sì al mirar aquel cuerpo inmòvil?

—Oh mi Theléna! oh mi hermana, mi esposa!...

Era porque habia adivinado que aquella muger jòven y bella, era una víctima del amor y de la rábia de un turco.

Levantòse para salir al instante del camarote, de repente habia perdido de vista el motivo que lo condujera; pero el movimiento de oscilacion que las olas imprimian al buque habia cerrado la puerta tràs èl sin que lo reparase. Habia pues en aquel camarote del capitan, decorado con simetria, tres puertecitas en un todo semejantes. En su turbacion y apresuramiento que ponia en alejarse, el jóven se equivocó; era natural que así sucediese: abriò una puerta en lugar de otra y se magu-

llò la nariz contra las hojas de un gran armario lleno de una multitud de adornos mujeriles, de una riqueza, de un lujo, de una variedad de hechura y de colores que le hubieran causado la mayor sorpresa si su imaginacion se hallase menos preocupada. Aquellos magnìficos vestidos componian evidentemente el ajuar de la bella y desdichada esclava, y probaban que su bárbaro dueño era un poderoso capitan-pachá. Era esto justamente lo que le faltaba sobre todo á Theléna: la pobre criatura se hallaba medio desnuda, y era un punto que no dejara de causar alguna inquietud á Isidoro, cuando recordaba que tendria que abordar con ella en semejante apostura en alguna playa habitada: habia solamente pensado en defecto de otra cosa mejor, de hacer tomar á su amante una parte de sus propios vestidos; pero el destino acababa de venir ahora en su ayuda de un modo mucho mas eficaz.

Cojió, sin ecsaminarlos, todos los adornos, los trajes, las tùnicas, los velos, los cinturones, y demás atavios. Descubrió en el fondo del mismo armario un objeto no menos precioso: era un par de borceguìes de tafilete verde bordados de oro, que juzgò por su hechura y pequeñez, haber pertenecido al jóven de diez años que se hallaba en la cala;

guardòse muy bien de desecharlos, y, animado, incitado, distraido por tan útiles y preciosos objetos se volviò alejando su mirada del cuerpo de la bella esclava cuya vista lo hiciera estremecer, y abrió el otro armario.

Este, segun lo habia previsto, se hallaba lleno de vìveres y añejas botellas; pero todo estaba casi echado á perder, sin òrden, confundido, roto, destrozado; los vinos, licores, viandas, y frutas secas estaba todo revuelto y esparcido en agua salitrosa del mar presentando el aspecto de una deplorable orjìa. Sin embargo, Isidoro consigió retirar de esta triste confusion dos enormes dama-juanas cuyas fundas de palma las habian preservado de cualquier choque; y con los dos brazos cargados de aquellos ligeros despojos, asemejàbase mucho menos à un náufrago que à un mercader de ropa hecha que recorre las calles de París, salió bien aprisa del camarote, echando á hurtadillas una última ojeada, acompañada de un suspiro sobre el cuerpo inanimado de la jòven esclava.

Asi que hubo conseguido hallarse nuevamente sobre el alcázar, y que sus ojos no presenciaran ya mas tan horrible espectáculo, Theléna, y la esperanza de la libertad, llenaron únicamente toda su alma. Echó en la canoa

el hermoso lio de ropa que destinara á su hermana, juntamente con las dos dama-juanas cuyo contenido ignoraba, y un pequeño cable del grueso de un dedo para amarrar su barquilla en el momento que abordase á la playa, y arrojàndose en seguida él mismo dentro, cortò el grueso cable que la retenia al navío, izó, tendió su velita como un verdadero marino, buscó el viento con bastante habilidad, y al cabo de diez minutos hallàrase la canoa atada à la orilla flotando en las cristalinas aguas de la pequeña bahìa, è Isidoro, enagenado de gozo, de esperanza y de amor, corria como un loco hacia la gruta de su jóven y dulce amiga.

7.

Lindas criaturas! bailad, divertios! vuestra edad os pone al abrigo de tempestuosas pasiones.

Theléna! Theléna! gritaba como un loco, despiértate! ven pronto!

Al eco de su vóz la jóven dió un salto sobre su lecho sembrado de rosas, y ya estaba de piè cuando èl entrò.

—Ven hermana mia, mi dulce amiga, amor mio! ven que vamos á marchar!

—¡Oh Dios mio! oh! Isidoro! Por qué te hallas como en el primer momento que te vì en la orilla?

Estas singulares palabras, el subido carmin que asomó al rostro de Theléna, embarazo de sus manos que no osaban tocarlo, hicieron finalmente que el impetuoso, el aturdido jòven reparase que, en medio de su alegrìa, de sus transportes, habia olvidado recoger sus vestidos echados sobre las rocas á orillas del mar en el momento de ponerse á nado, y que estaba desnudo hasta la cintura. Levantòse muy pronto y quiso correr para buscarlos: pero, aunque muy confusa, la jóven doncella era aun todavìa mas curiosa, y despues ya no le causàra miedo su tierno amigo.

—Oh no, no te vayas! no te vayas! le dijo poniéndose aun mas encarnada, mas sin embargo sujetándolo con las manos.

—Pues bien! escucha, escucha! esclamó el jòven que ardiera tambien en deseos por referirle su aventura; ven á la playa! ven y veras, tengo una barquilla!

—¿Una barquilla?

—Oh! soberbia, admirable y además con una vela!

Tomò entonces por la mano à su jòven amiga: partieron como dos aves: à la par que corrian por el bosque, el jóven contó á la doncella todo cuanto habia pasado durante la noche anterior y mostràndole el árbol à me-

dio cortar: la amable niña parecia no poseer bastantes ojos para mirar á este atrevido jòven tan valiente y tan hermoso. Llegaron por fin y siempre corriendo á la playa; Theléna vió la vela, divisó la barquilla, reparó el pequeño buque todo listo para marchar. Detúvose de repente, palideciò, hizo un movimiento, ecsalò un suspiro como si quisiese retener á su amigo y cayò desmayada en sus brazos.

El espanto, el dolor y la sorpresa de Isidoro tocaron á su término: ¿seria acaso la alegria ó el pesar de abandonar su pequeño desierto lo que produgera tan terrible efecto en su amante?

—Mi hermana! Theléna mia! esclamaba, ya no partirémos, pegaré fuego à la barquilla, jamás abandonarémos tu isla!...

Se engañaba: ¿y como hubiera podido adivinar lo que pasaba en el corazon de aquella criatura encantadora? Abrió de nuevo sus ojos tan pronto como los hubo cerrado, echòse llorando al cuello de Isidoro postrándose en seguida á sus plantas y diciéndole con sollozos:

—Oh dulce amigo! oh mi bien amado! tú poseias una barquilla, te hallabas muy lejos, bien lejos, durante que yo dormia y no te has marchado sin Theléna, no la has abandona-

do, por el contrario has vuelto; me llevarás contigo, tù me guardarás, serè tuya, siempre tuya!... Oh! no es verdad? no quieres llevarte á tu hermana, à tu bien amada?

Suplicando de aquella manera besaba las rodillas y manos de Isidoro; sus grandes ojos negros, bañados en lágrimas, lo miraban con una espresion de esperanza, de gozo y de terror que penetraba y desgarraba el corazon del jóven.

—Gran Dios! gran Dios! esclamó Isidoro; ella no sabe aun cuanto la amo! ignora acaso que ella es toda mi felicidad, todo mi vida?

Emplearon el resto del dia en recoger una gran cantidad de frutas que depositaron en la barquilla. Asi que sus pequeños preparativos, que se limitaban à bien poca cosa, estuvieron concluidos, se pusieron á hablar y à raciocinar tan seriamente, como lo pudieran hacer dos enamorados de diez y nueve y quince años.

—Partirémos al rayar el dia, dijo Isidoro á su hermana. Si mi memoria, mis combinaciones, y tu mismo relato no me engañan, lo que es casi imposible, debemos hallarnos hácia el medio dia y á poca distancia de la grande isla de Samos. Encaminandonos en línea recta hàcia el Norte, tenemos para conseguirlo, al menos veinte azares contra uno, si se-

guimos el derrotero hácia el Nordeste, encontrarèmos la isla de Nicaria que es tambien muy importante. Si el viento que sopla del Este nos echa del todo hácia el Oeste, hallarémos á Pathmos, que no es muy grande, mas donde se hace un libre y estenso comercio. Estamos seguros en todo caso, de no ser echados sobre el continente, puesto que el viento nos aleja y he aquí lo principal para huir de los turcos. Asi que hallamos abordado en una isla cualquiera, en la que podemos encontrar à los griegos, les pedirèmos noticia de tu padre: toda la Grecia debe conocer á Palamos: les dirémos que tu eres su hija, les pedirémos un navío, lo obtendremos sin mayor trabajo, dirijiéndonos en seguida para reunirnos con tu noble padre y entregarte fielmente en sus brazos....

—Yo le diré que tu me amas, que eres mi esposo, que te has casado conmigo en la isla.

—Tu se lo dirás asì, dulce amiga.... Yo, le esplicaré lo demás.... Ah! creo, espero, que recompensará mi valor!

—Oh! sí, te harà general, te dará un regimiento, batirás à los turcos y yo irè contigo.

Era preciso partir al dia siguiente casi al despuntar la Aurora. Se acostaron temprano pero ninguno pudo dormir, por mas que lsi-

doró hubiese construido un hermoso lecho à su hermana, y que, por la primera vez, y por esceso de prudencia, hubose retirado á su solitaria gruta. Ah! procsimo á devolver su jòven amiga al autor de sus dias, no queria esponerse á perder el fruto de su heroismo.

Al siguiente dia al rayar el alba, Theléna acudió la primera.

—Cómo! levantada ya, hermana mia?

—Oh! sí, desde mucho tiempo hace, caro amigo: fuì á despedirme de la playa en que te hallé, del bosque donde me viste por primera vez, del cristalino riachuelo à donde me llevaste, del florido césped donde oí tus dulces acentos, donde me prodigastes los tiernos nombres de hermana y bien amada! Oh! si no fuese en tu compañía lloraria al dejarlos!

¿De que modo pudiérase contestar á semejantes *buenos dias*? Unicamente con mil besos y miradas llenas de amor. Esto fué lo que hiciera Isidoro y en este idioma era muy elocuente. Habiéndose las olas llevado sus vestidos àrabes, que descuidadamente dejò en la playa, su jòven amiga le ayudó á rehacer su vestido femenil que para él no era cosa nueva. Por su parte reparó que Theléna no se acordára aun de su calzado; se habia puesto como una pequeña reina, llevaba su arco co-

mo una amazona, y tenia los piés descalzos. Corrió presuroso á buscar los borceguíes verdes bordados de oro; venian perfectamente al pié de la encantadora jóven. En cuanto á Isidoro envainó sus dos puñales en la faja de seda rosa que rodeaba su cintura, lo que hacia parecer bastante orijinal su vestidura de odalisca; colocó en su cabeza un virret adornado con plumas que le serviò en lugar de sombrero; en seguida echó sobre su bella compañera un gran velo de muselina que la cubria toda entera para preservar su tez blanca, fina y delicada de los ardores del sol; y despues como dos lindas muchachas frescotas y vivarachas, ó como dos jóvenes bellezas escapadas de un serrallo, Isidoro y Theléna se tomaron la mano, se sonrieron y partieron.

El dia era hermoso, el cielo de un azul puro y despejado, la brisa fresca y suave, el mar apenas se mecia, y todas las aves del bosque cantaban como para desearles un feliz viaje.

—A Dios, queridos mios, les decia Theléna volviendo la cabeza de cuando en cuando.

Una làgrima desprendiase de sus ojos: Isidoro la observaba, y entonces ella se arrojaba á sus brazos.

Llegaron por fin á la orilla. Isidoro se lanzò el primero en la barquilla, en derezò el

mastil, tendió y desplegò la vela, preparó dos remos, y con cinco ò seis ramas de àrboles que la víspera habia cortado, y una docena de tùnicas de muselina bordada, edificò una linda y pequeña tienda para que sirviese de resguardo y abrigo á su compañera. Mientras que concluia aquellos preparativos, que no podian hacerse sino en el instante mismo de la partida, la jóven doncella estaba de rodillas dirijiendo sus preces al cielo. A la voz de Isidoro que la llamaba para partir, acude y vuela á sus brazos. La colocó en la barquilla y desatò el cable.

—Vamos Theléna, que el cielo sea nuestra guia!

Se arrojaron al cuello uno de otro; abrazáronse tiernamente. Theléna sentóse bajo el docel de su pequeña tienda, Isidoro se apoderó de dos remos, el viento hinchò la vela; y la pequeña canoa, el débil esquife que conducia á dos criaturas tan animosas, tan tiernas y tan amables, principiò à surcar las olas admiradas de su candorosa audacia.

8.

¿Adonde irán á parar aquellos peregrinos?

Oh Isidoro! oh hermano mio! que sombría está la noche! que agitado se halla el mar! Cómo se inclina la barquilla al impulso del viento! Oh! no remes mas, baja la vela!

—Hermana mia! ten valor! Theléna mia, no tengas miedo, sientate en el fondo de la barquilla, no mudes de sitio, cierra los ojos, y mantente firme en tu puesto.

—Sí, hermano mio! si, te estrecho fuer-

temente! pero si perecèmos, oh! cójeme en tus brazos, déjame morir sobre tu corazon!

—No moriràs, te salvarè: tú tiemblas.... estás empapada en agua.... te estremeces!...

—Es tan frio el viento!... me causan tanto temor las olas.... casi no te veo ya.... Oh! hermano mio, hablame!

—Tranquilízate! sujeto el timon. Ven, ponte sobre mis rodillas, rodéame con tus brazos, inclina tu cabeza sobre mi pecho. Me basta una mano para dirijir el rumbo; ya son inútiles los remos: seguimos el viento y las olas.... ¿Te hallas mejor? estás algo mas acalorada?

—Oh! sì, sí!... ya no tengo frio; desterré el miedo.

El tiempo habia mudado mucho desde la partida de aquellas dos temerarias criaturas: bien se echa de ver por el pequeño coloquio que se tenia en la barquilla. La mañana habia sido tranquila y serena; desde la Aurora hasta ponerse el sol, la superficie de las aguas se mantenia grave y magestuosa; asi que durante diez y seis horas, alegres, gozosos, apasionados, habian bogado como si se tratase de una partida de campo; mas, comiendo higos secos, mascando maiz, bebiende de tiempo en tiempo un traguito de Madera ó Malvasía,

cantando, riendo, abrazàndose, y haciendo mil tiernas locuras y formando mil lindos proyectos.

Pero al aprocsimarse la noche, mudóse el viento, el mar se agitò, bramaron las olas; el rostro risueño de Theléna, se puso grave y sério; la suave y tranquila mirada de Isidoro, transformose inquieta, recorriendo en vano el horizonte; la suave y ligera brisa que se habia levantado por el Este soplaba ahora con fuerza por la parte del Sur dirijiéndose sensiblemente al Oeste, arreciando de minuto en minuto, y el cielo, se cubria con una anchurosa cortina gris, color de plomo. No era precisamente lo que se llama una tempestad, una tormenta pronta à levantarse; era un tiempo crudo, sombrío, frio, amenazando agua. Un buque bien acondicionado y mejor dirijido, hubiera continuado su rumbo, ageno de todo temor, de todo peligro: pero para una dèbil barquilla sin cubierta que la preservase de las olas, no teniendo por piloto sino à un jóven de diez y nueve años, sin la menor esperiencia, el peligro era eminente, y la pérdida probablemente inevitable, sin la habilidad, la sangre fria, el valor, y aun quizà la temeridad del jóven francès, que nada dudaba, y á quien sobre todo animaba un ardor y una fuerza in-

calculable, debido al amor, al abandono y à la fiel confianza de su candorosa compañera.

La jóven doncella tenia abrazado á su amante, y continuaban bogando en un triste silencio. Al cabo de dos horas la oscuridad llegò á ser completa; no se distinguian ya las olas sino en el instante en que, semejantes à enormes masas de negruzcos peñascos, parecian arrebatar la navecilla con un ruido terrible y prontas á sumerjirla.

De tiempo en tiempo se dirijian estas palabras:

—Hermano mio, en donde estàmos?

—No lo sé, Theléna; pero te salvaré.

—No ves nada?

—Nada todavìa.

—A donde vamos?

—Lo ignoro; el viento se ha mudado. El cielo está opáco, ya no tengo mas guia: pero caminamos de prisa: llegarèmos, no tengas miedo!

—Oh! caro amigo! pues què, tù no lo tienes?

—No, hermana mia, no hay peligro alguno.

Mentìa, pero como hombre de valor; y si hubiese tenido Theléna alguna mas esperiencia, hubiera conocido que los amorosos

transportes que Isidoro le prodigaba se hallaban ocultos por la fuerza de su desesperacion.

—Theléna!... veo una luz!... un fanal!...

—Sí! es un fanal.

—No ves, cómo hàcia allà abajo, todos aquellos mastiles? Es un puerto, una ciudad, la tierra en fin! Ya estamos salvos!

Arrojáronse ya en los brazos uno de otro, y no podian estrecharse mas, pero se abrazaban con transportes de alegría. Pobres jòvenes! valerosos, aturdidos! concluye acaso el peligro allí donde se encuentra la especie humana?

La luz y los mastiles del navío que veian al través de las sombras; estaban aun muy distantes de ellos; y por mas que Isidoro, que habia vuelto á enagenarse de alegría, que poseyera todo su valor, maniobrase muy diestramente con su velita y su pequeño timon, la canoa se apartaba mucho del rumbo que dirijian sobre la izquierda, dejando á su derecha lo que aquellos jóvenes tomaban, y con razon, por un puerto ò una ciudad. Por otra parte, la profunda oscuridad que reducia á algunas toesas su horizonte visual, no les permitia distinguir la costa de la que sin embargo debian hallarse muy cercanos: pero el sordo ruido del mar, la precipitada vuelta de las

olas y la blanca espuma que veian dibujarse ante sì, les anunciaba evidentemente que estaban prócsimos de alguna playa hospitalaria, para poder dudar de ello.

Toda la dificultad consistia en asegurarse si aquellas costas ofrecian un arrecife de rocas ó bien una orilla segura para dar fondo á su pequeña canoa. En el primer caso, fuéralo preciso ecsaminarlas antes de acercarse à ella; en el segundo, no corria ningun riesgo: mas cómo adivinarlo?

Mientras que Isidoro y Theléna raciocinaban sobre tan interesante punto, la providencia velaba sobre ellos; creyèranse aun distante de la orilla, cuando he aquì que ya habian varado. La última oleada que suspendiera la barquilla la hizo embarrancar sobre una arena bastante movediza. El choque sin embargo fuè terrible: Theléna estuvo al punto de caerse en el mar; pero felizmente esta tierna criatura habia tomado la costumbre de agarrarse siempre de su amigo: esto fué lo que la libertò. La canoa se ancló tambien, la ola se deslizò sin su compañìa; y al punto los dos amantes, mas felices que prudentes en su audaz romería, ecsaminaron antes la costa que se elevava en forma de anfiteatro, distinguiendo al lejos montañas, rocas, y árboles.

Sin embargo, el continuo movimiento del mar, cubria aun con sus aguas espumosas un espacio bastante dilatado entre la canoa, varada en la arena y el parage donde la playa estaba enteramente seca: fuera preciso para salvarlo, resolverse en andar por el agua hasta la cintura: Theléna estaba ya resuelta; pero el tierno Isidoro guardárase muy bien de permitir que se mojase de aquella manera; estaba ya tan cansada la pobre niña, tenia tanto frio, tanto miedo!... Y despues, á donde irian á secarse, calentarse, y acostarse? Le dijo á su jóven amiga que reuniese todos los pedazos de vestidos, muselina, y demás objetos, de los cuales él mismo se habia servido antes para construirle una tienda que el viento despues habia echado por tierra. Asi que la jòven doncella hubo reunido todo aquello, lo que era bien poca cosa y no constituia un lio muy pesado, se arremangó el trage y la túnica femenina, con la cual se hallàra vestido, hasta mas arriba de la cintura: (notad bien que tenia un pantalon á la turca:) Thelèna tenia otro tambien, pero mas fino y menos tupido, segun el estilo de las mugeres de los paises orientales: En seguida, puesto de aquella manera, entróse en el agua, sugetando con una mano la dama-juana de Madera, y con la otra el arco

y las flechas de su compañera: despues Thelé-na que le obedecia como si fuera una criatura, cojió el lio que contenia todo el resto de las provisiones, subiò sobre el costado de la lancha, y en seguida con la mayor mañia, agilidad, y esenta de toda risa, colocóse sobre los hombros de su amante sujetàndolo por la cabeza; y él cargado con aquel delicioso peso, abandonò la barquilla, púsose en marcha, alcanzó la orilla, salió de las olas, escojió en la costa un parage seco y arenoso, pùsose de rodillas, encorvó la espalda, inclinò su cabeza, y su linda compañera de viaje y aventuras, se halló naturalmente sobre sus dos piès delante de èl, algun tanto sonrojada; Dios sabe el por què: y ambos à dos, como si el uno llegase del Japon y el otro de Roma, saludaronse en la nueva orilla por el mas dulce beso y el mas tierno abrazo.

En donde se hallan?... Lo ignoran: pero acaban de sustraerse á una muerte cierta, se hallan juntos, se aman, tienen disposicion, buena salud y jamás han cometido ni pensado el menor mal. Ah! creed firmemente que son dichosos, y mas felices mil veces, solos, aislados, perdidos durante la noche, sin asilo, sobre la desnuda arena de una playa estranjera.

El puerto y la ciudad que habian divisa-

do al resplandor del fanal, cuando estaban aun sobre el mar y que se vieran obligados à dejar muy lejos hácia su derecha, les estaba ahora enteramente ocultos por las elevaciones de las colinas, las peñas y los árboles. Isidoro presumia que pudieran hallarse como á distancia de dos leguas; la costa le parecia en estremo desigual: empeñarse durante la noche en buscar una senda sin conocer sus salidas, le parecia muy peligroso: estando solo lo hubiera pobablemente intentado; pero en compañia de Thelèna, ni siquiera pensò en ello: la amorosa y tierna compasion que ella le inspiraba lo hacia mas tìmido y reservado.

Por otro lado la noche que continuaba ser cada vez mas opáca y sombrìa debiera hallarse al menos en la mitad de su carrera; y aun cuando consiguiesen llegar á la ciudad no pudiera ser sino à cosa de las dos ó las tres de la madrugada; momento en que cada uno se entrega al reposo, en que se hallan auesilios muy escasos. Esta fué la opinion de Isidoro: asi que, viendo que por otra parte seria muy imprudente y espuesto el permanecer à orillas del mar no tuvieron mas remedio sino proseguir su camino confiados en que la casualidad les proporcionaria algun asilo. En efecto, à medida que se internaban por la costa la na-

túraleza del terreno cambiaba de aspecto; la vejetacion aparecia mas sensible y vigorosa. Bien pronto descubrieron un hermoso bosquecillo de árboles que coronaba la cima de una especie de colina, y ya pensaban detenerse en aquel parage, bajo su follaje hospitalario cuando he aquì que á un poco de mayor distancia divisaron alguna cosa que les pareciera asemejarse à una capilla ó cabaña.

—Nos dirijirémos hàcia aquel sitio? se preguntaron mutuamente.

—Qué opinas de esto?

—¿Y por qué no?

—Qué tenemos que temer?

—Ya, pero, hermano mio, si la encontrásemos habitada? si fuesen.... turcos?

—Tranquilìzate, desecha todo temor! Estoy armado con dos puñales y ademàs soy francés. Vamos! ven pronto!

Theléna cojiò su arco y flechas: Isidoro desenvainó uno de los dos puñales que llevaba en su faja de raso color de rosa, que le rodeaba la cintura como si fuese una señorita ataviada para ir á un baile de etiqueta, y encaminàronse atrevidamente hàcia la casita. Cualquiera que los hubiera visto en aquel momento y con semejante disfraz se hallara muy admirado, muy sorprendido: porque hubié-

rale parecido dos jòvenes doncellas igualmente hermosas aunque la una fuese de mayor estatura que la otra; y yo pienso que jamàs hubiese podido comprender ó adivinar por qué aquellas dos peregrinas, ataviadas como las mas elegantes bellezas de un *harem* del Oriente se paseasen durante la noche á la orilla del mar, con el puñal en una mano y el carcax sobre el hombro.

Asi que Isidoro y Theléna hubieron llegado muy cerca de lo que creian fuese una capilla, dedicada probablemente à algun santo católico, reconocieron al fin que era simplemente una pequeña barraca cubierta con planchas bastante mal unidas, inhabitada y que juzgaron hallarse enteramente abandonada, en atencion á que la puerta y ventanas estaban todas abiertas y en un estremo deterioro: no creo que la consecuencia fuese enteramente esacta. En primer lugar le dieron vuelta observandola bien por todos lados á fin de asegurarse sino ecsistian algunas otras cabañas por aquellos al rededores. Era absolutamente la única y colocada en la cima de la colina semejante por decirlo asi à una linterna puesta sobre la estremidad de una torre.

—A fé mia, Theléna, que bien podemos entrar.

—Entrémos pues, caro amigo.

Entraron en efecto; todo se hallaba muy oscuro, y Theléna se apretaba fuertemente contra Isidoro.

Al cabo de cortos minutos sus ojos acostumbrados á aquella oscuridad distinguieron por fin los objetos que les rodeaban en el interior de aquella cabaña. Hallárase en ella una mesa larga y dos bancos de un aspecto miserable; sobre la mesa vieranse los restos, ò por mejor decir, las migajas de una comida frugal, algunos pedazos de higos secos, algunos granos de arroz; y bajo un gran agujero practicado en la techumbre un monton de cenizas de las que levantárase una humareda blanquizca.

—Oh! no lo ves, amigo mio? aquì habia gente.

—Sí, pardiez! bien claro está! aguardame aquì, hermana mia, sientate en este banco y déjame hacer.

La linda griega que, hallàndose sola en su isla y durante el calor del dia, no habia consultado al vestirse sino el deseo de aparecer hermosa y bella à los ojos de su amante, y ahora estaba ùnicamente vestida con claras muselinas, tiritaba de frio sin atreverse à manifestarlo: pero bien lo reparara Isidoro: ¿pero acaso no se sienten mil veces mas los tormen-

tos que sufre el objeto amado? acababa de percibir en un rincon un puñado de ramas secas, destinadas sin duda para avivar el fuego. Removiò las cenizas, echó algunos troncos, soplò y obtuvo una brillante llama; Theléna acudió en su ayuda y en menos de un minuto encontráronse mas acalorados, con buena lumbre y el corazon henchido de alegría.

Sentáronse ambos sobre uno de aquellos bancos ante la benéfica llama: y, despues que hubieron tomado algunos alimentos, restos de las frutas secas que consigo habia traido Theléna, permanecieron algun rato en amorosos coloquios, quedàndose despues dormidos en los brazos uno de otro.

9.

Herid! animo! echadme esta canalla, esos viles y asalariados facinerosos.... por media peseta serian capaces esos lacayos de verdugos hacer ahorcar á su padre.

Dijimos en el capítulo anterior que aquellos dos amables jóvenes habian caminado à la ventura y que ahora yacian dormidos encima de unas tablas miserables.

La barraca que le sirviera de asilo, abierta por los cuatro lados, construida sobre una colina y dominando la vista del mar, era una garita en la que venian á emboscarse los guarda-costas, especie de aduaneros, cuya viji-

lancia fuese de las mas activas, y cuyo servicio se hacia noche y dia sin descanso, desde que los infelices griegos, perseguidos, proscriptos, fujitivos, y consagrados tarde ó temprano para ser esterminados, buscaban todos los medios posibles de embarcarse clandestinamente, refujiándose en las islas para sustraerse à sus verdugos.

Luego, casi todos aquellos guarda-costas eran unos bribonazos, gentes miserables, feos, groseros, bárbaros, la mayor parte de ellos sentenciados, indultados despues, ó escapados de las galeras, y ejerciendo de un modo brutal y feroz su triste y odioso oficio. Estaban divididos por escuadras de veinte à treinta hombres; cada escuadra tenia su jefe; su objeto principal y casi esclusivo se dirijia en alguna manera á dar caza à los griegos, porque les era permitido y aun mandado el matarlos en caso de fuga ò resistencia, y cada vez que conducian á la presencia del Pachà alguno de estos desventurados, muerto ó vivo, entero ó mutilado, aun cuando no tuviesen que enseñar sino sus orejas, recibian en recompensa cuatro ducados por cada hombre, y dos solamente por las mugeres y los niños.

Pero respecto estos últimos, sucedió, que en diversas circunstancias el Pachá se habia

mostrado singularmente generoso. Cierto dia, entre otros, una escuadra de aquellos miserables se habian apoderado en la costa de toda una familia griega, pròcsima á embarcarse en una canoa que se aprocsimaba à fuerza de remos, pero que no pudo abordar á tiempo oportuno. Aquella familia se componia de un anciano, de dos mugeres respetables, de una jóven de veinte años, de un niño de cinco, que era su hermano. Aunque la jóven se hallára poseida de una horrorosa desesperacion, que se arrancase los cabellos, no por eso dejára de tener la mas brillante hermosura, siendo tanto mas fácil de repararlo cuanto que, aquellos malvados, acostumbrados à tratar á los griegos como á seres infinitamente inferiores á su propia especie, escitados por otra parte por su infame avaricia, los habian enteramente despojádo antes de conducirlos à la presencia del Pachà, lo que entre paréntesis les acontecia con bastante frecuencia, por poco que, los infelices de que se apoderaban estuviesen vestidos con algun aseo y elegacia.

El Pachá, rijido observador de lo que él llamaba su justicia, les contó en el acto cuatro ducados por el anciano, y ocho por las tres mugeres y el niño. Ecsaminando despues estos cinco desgraciados, desnudos, temblo-

rosos, y atados con cuerdas, reparó que la jòven era linda como Diana, y que el muchacho parecia un amorcito; en su consecuencia los puso á los dos en su harem, á pesar de los gritos y sollozos del anciano y de las dos mugeres; regalando á la escuadra que habia practicado tan bella aprension, un bolsillo de cien zequíes.

El anciano fué conducido à Constantinopla donde le cortaron la cabeza, porque allì no se ahorca sino á los grandes señores. Las dos infelices mugeres fueron vendidas en el mercado público sucumbiendo ocho dias despues bajo los duros golpes y crueles tratamientos de sus amos, la jóven doncella sufriò la suerte que su belleza le reservaba, mas solo por una vez. Mientras que el ecsecrable Pachá dormia enagenado de amor, ella se ahorcò à las columnas de oro de su lecho, con un pedazo de cuerda que sirviera para sujetarla y que habia conservado para darse la muerte. En cuanto al pobre muchacho, sobrevivió à la mas bàrbara mutilacion: aun no se hallaba en edad de apreciar su desgracia y las detestables funciones à que fuera destinado.

Aunque al despertarse al dia siguiente, el Pachá viera suspendido sobre su cabeza el cuerpo inanimado de su víctima, no por esto estuvo

menos satisfecho de los placeres que habia disfrutado. Hizo arrojar en el mar con la mayor sangre fria la difunta jóven, mandando que fuese reemplazada por otra belleza. Júzguese si los guarda-costas se pusieran prontamente en disposicion de lisonjear su apetito.

Desde aquel acontecimiento que habia sido aplaudido por todos los habitantes de Mileto nunca faltaba ocasion de presentarle todas las lindas zagalas y hermosas criaturas griegas de que pudieran apoderarse.

La escuadra que durante aquel dia, ó por mejor decir en aquella funesta noche, estaba de servicio, habia ido primeramante à cenar á la barraca que le sirviera aun tiempo de observatorio, de garita y de punto de reunion. Por lo regular, despues de la cena, dejaban allí un centinela, el que desde aquel punto elevado, observaba todo el mar. Los demás se dispersaban, teniendo concertada una señal para reunirse en caso necesario. Pero justamente aquella misma noche llegò á ser tan densa la oscuridad que el que se hallaba de faccion en lo alto de su garita, no hubiera podido distinguir ni la costa ni el mar: aquel puesto era inùtil por aquel momento; asi que no dejaron á nadie. Por otra parte el violento huracan que soplaba hácia el Oeste y el es-

tado tempestuoso del mar ponian un obstáculo invencible para el embarque de cualquier persona; ningun infeliz se hubiera acercado para hacerse ahorcar.

Para no perder del todo la noche y el tiempo, aquellos miserables, para quienes nada era sagrado ni legal y que se hallaban seguros de la impunidad con tal que satisfaciesen la crueldad y la lujuria del tirano; estando seguros que la caza no saldria de su madriguera, resolvieron de ir ellos mismos á sorprenderla: es decir que, á falta de fugitivos que tenian órden de detener ó de esterminar, se pusieron á recorrer la campiña con la esperanza de descubrir algunas desdichadas cabañas griegas, ocultas en las rocas ó en los bosques, y, si desgraciadamente encontrasen algunas, conducir á sus habitantes muertos ó vivos ante la presencia de un juez fanático y voluptuoso. Abandonaron pues la costa que nada prometia por aquel entonces á su avaricia, penetrando por la profundidad de los valles y bosques. He aquí la razon porque Isidoro y su jóven griega, no encontraron á nadie en la costa ni en la garita, y hallaron sin embargo los restos de una comida y de un fuego que habian cubierto con cenizas.

Pero esta odiosa y criminal espedicion que

hacian por aquel entonces los guarda-costas habia sido repetida muy á menudo por ellos y sus camaradas de tal modo, que no quedàra ya casi ningunos griegos que esterminar ó vender en aquella provincia lejana, y que los pocos católicos desventurados que aun no habian podido huir, procuraban sin embargo sustraerse al furor de los mahometanos, ocultàndose en las altas montañas de Moglah, y guareciéndose en las cavernas mas inaccesibles.

Apenas principiaba á despuntar la Aurora.

—¿Quién ha cerrado esta puerta? preguntó el gefe de la escuadra.

Nadie responde.

Echa una ojeada à derecha é izquierda.

—¿Quien ha cerrado estas ventanas? Por nuestro santo profèta! Quien ha venido aquì?

Igual silencio.

—Abre, le dice á un hombre de la tropa: ¿acaso tienes miedo?

En el instante mismo y por un movimiento espontàneo toda la tropa mete mano al sable. Abrese la puerta entran silenciosamente, con la vista y el oido atentos, y en la profunda oscuridad que reina en la barraca cerrada por todas partes no perciben sino imperfectamente, sobre la mesa un objeto blanco y

de un volúmen considerable que la cubre toda entera.

Aprocsimanse con el mayor sijilo, lo rodean y se inclinan para observarlo, pero cada cual al mismo tiempo permanece con su sable levantado pronto á herir el objeto si llega à moverse.

—Por Mahoma! Vaya una rara mercaderìa!... que nadie la toque!... esto encierra algun misterio.... Abdallah, abre una ventana.

La órden del gefe estuvo al punto obedecida; abrese en efecto la ventana: un rayo del sol partiendo desde el horizonte penetra al través del grupo de aquellos hombres y refleja sobre la mesa. Los dos jóvenes estaban cubiertos con un velo de muselina clara que Isidoro habia hechado por precaucion sobre su jòven amiga, hallándose aun en la misma actitud en que se quedaran dormidos, y distinguiéronse perfectamente sus facciones al través del transparente velo que los cubria.

—Por el santo profèta! son dos muchachas! esclamò el gefe en cuyo semblante, color de cobre, resplandeciò la mas pura alegrìa.

—Y son dos griegas, añadieron toda la demás jente de la escuadra, hablàndose en voz baja, envainando sus sables, é inclinandose sobre los hombros unos de otros á fin de con-

templar lo mas cerca posible á las dos bellezas dormidas.

El gefe cojió suavemente con sus dos manos el velo de muselina y lo levantò. Los dos jóvenes dormian tan profundamente que aun no se habian despertado.

—Por Mahoma! he aquì el mas hermoso par de tórtolas que haya jamàs caido en la red de un cazador. Bendito sea el profèta! Allah! Allah! Allah! atemos esta gran muchachona, amarrèmos la linda palomita, y conduzcàmoslas á Mileto. Allah! grandísimos picaronazos! Allah!

—Allah! Allah! Allah repitió toda la tropa haciendo un coro tan espantoso que la barraca tembló.

Con tan infernal ruido despertòse aquella pareja sobresaltada, abrieron unos ojazos tamaños, y no pudieron pronunciar una palabra porque se quedaron estupefactos.

—Oh dulce amigo! estamos perdidos! Son los turcos! esclamó Theléna ponièndose pálida como la muerte; oh! mátame! yo te lo ruego, dame la muerte! no consientas que me coja esa gente!

Y ya habia llevado su mano á uno de los puñales de Isidoro.

—Espera, hermana mia, espera! déjame

hablarles, permìteme contar su número, consiente en ver lo que nos quieren.

La inocente y valerosa niña no le diera mas respuesta sino ocultar su descolorido rostro en su pecho diciendo únicamente muy quedito:

—Si nos cojen, dame pronto la muerte.

—Caballeros, esclamó Isidoro mirándolos con aire determinado, como si fuera posible que lo comprendiesen: caballeros, soy francès de nacion; esta jóven es mi hermana y ambos reclamamos la proteccion de nuestro embajador que debe hallarse en Constantinopla. Si ahora nos veis aquí en vuestra casa, os pido mil perdones; la hemos encontrado desierta, pero nada hemos cojido en ella, dejadnos salir tranquila, libremente y os quedarèmos muy reconocidos, pero voto á brios! os lo repito, soy francés; os juro por mi honor y el de mi nacion que, si intentais siquiera tocar al pelo de la ropa de mi hermana, os estermino à todos hasta que no quede ninguno, ó hasta que yo ecsale el último suspiro; y os prometo daros ocupacion para algun rato.

A semejantes palabras, pronunciadas con una enerjía sin igual, la hermosa griega alzò vivamente la cabeza, poniendo la mano sobre su arco que estaba siempre á su lado.

—Sí, los matarémos! esclamò ella ponièndose mas encendida que la grana.

Los guarda-costas, inmòviles, atentos y, que los escuchaban sin comprender una sola palabra, pero que se hallaban bien convencidos de que eran dos jóvenes doncellas, prorrumpieron en estrepitosa risa. Rompieron al mismo tiempo el círculo que no habian cesado de formar hasta entonces, y se dispersaron por el cuarto sin manifestar el mas mìnimo recelo, ni la intencion de hacer uso de las armas. Provenia su seguridad de la persuacion en que estaban de no temer cosa alguna de dos mugeres, desesperadas sin duda, pero sin valor, como sin defensa, y que aun no habian reparado en los dos puñales que Isidoro tenia en su faja, ni en el arco que Theléna tenia à su lado, porque los trages mujeriles de los dos amantes ocultaban felizmente aquellas armas.

—Amigo mio, mira lo que hacen.... ves aquellas cuerdas!... quieren amarrarnos.

—Creo que sì, Theléna.

—Tengo una flecha bajo mi vestido, quieres que mate uno de ellos?

—Todavia no, pero tenla pronta.

Al propio tiempo empuñaba sus dos puñales detrás de su espalda, y esperaba la ocasion.

=Vamos, vamos, esclamó el gefe de aquella especie de gendarmeria turca, asi que le pareció haber concluido sus preparativos; Crudchildkalidlkorbec, apoderate de la gran rubia, hazla levantar y que la aten firme. Ten cuidado, pórtate con polìtica porque es una muchachona de pelo en pecho y que pudiera quizá regalarte algun puñetazo.

Crudchildkalidlkorbec puso un jesto muy espresivo; el resto de la tropa prorrumpiò en estrepitosa carcajada burlándose de él; la cólera lo ahogaba, y para manifestar que no tenia miedo de una muger se avanzó precipitadamente hácia la mesa blasfemando como un renegado, y sin mas preambulo ni cumplimiento, levantò su pesada mano apoderándose de Isidoro por los cabellos. Semejante accion no necesitaba comentario, el ataque era evidente y el combate estaba empeñado. Isidoro no lo escusó; tenia sus dos puñales, hundió uno todo entero en el corazon del atrevido picaronazo. Fuè tan violento y certero el golpe que apenas nadie lo viera; y el miserable cayó tendido por tierra hecho un lio sin que se adivinase la causa.

Sus camaradas rieronse á lágrimas viva, creyendo que no habia recibido sino un puñetazo; pero viendo que permanecia inmòvil y

postrado por tierra se aprocsimaron todos con admiracion y se bajaron para levantarlo. Esto era precisamente lo que aguardaba Isidoro, quien, conservára continuamente una sangre fría admirable.

—Theléna, esclamó sin apartar un instante la vista de la tropa, cuyos menores movimientos espiaba, ha llegado el momento, súbete encima de la mesa, lanza tus flechas, y dejame hacer el resto.

En aquel momento toda la tropa rodeaba el cuerpo postrado en tierra á los pies de la mesa; cada cual inclinaba el hombro y alargaba su brazo para revolverlo y descubrir lo que tenia: Isidoro no diò tiempo para ello: en tanto que Theléna, atrevida como un leoncillo se lanzaba sobre la mesa y tendia su arco, armado con sus dos puñales, él se precipitó al suelo, y dirijiendo à la vez dos golpes bien calculados, tendiò dos hombres á sus piés mientras una flecha de Theléna atravesaba á otro por la garganta.

Cayendo cuatro hombres casi á la vez, causò sobre la tropa admirada un efecto espantoso: aquellos viles facinerosos se levantaron todos al mismo tiempo arrojando horribles gritos; pero ninguno de ellos tuviera tiempo aun para desenvainar su sable, cuando

he aquí, que tan listo, tan pronto, tan rápido como el rayo que, en un abrir y cerrar de ojos atraviesa el firmamento en diversas direcciones, Isidoro habia ya descargado mas de diez golpes, hecho otras tantas heridas, y que otra flecha de Theléna habia conseguido saltar el ojo de un contrario.

Acribillados de golpes por todas partes y durante cortos instantes, un pánico terror se apoderò de aquellos facinerosos; creyeron que se las habian con demonios, ò con àngeles esterminadores; y en lugar de observar ó de raciocinar pusiéronse en precipitada fuga arrojando horribles bramidos; y precipitàndose todos á la vez hácia la puerta, la obstruyeron, se agolparon pisándose los unos à los otros. En un cuarto de hora, no quedaba ya mas en la barraca sino cinco cadáveres tendidos. Isidoro con sus dos puñales en las manos, y Theléna puesta de pié sobre la mesa, tenia su arco tendido, bella y altiva como Diana.

Aquellos miserables, que dos criaturas acababan de poner en desordenada fuga, habian entrado en la cabaña en número de veinte y dos. Cinco de ellos habian ya perecido; aun quedaban diez y siete: tres de entre los cuales se hallaban mortalmente heridos, otros seis mas ò menos levemente ecsalando doloro-

sos gemidos. La mayor parte de aquellos desdichados cayeron en tierra al rededor de la barraca tanto á causa del miedo como de sus heridas, y los que habian tenido la felicidad de escapar enteramente al agudo puñal de Isidoro ò á la afilada flecha de Theléna, huyeron à mas no poder hasta la estremidad de la costa, persuadidos que todos los demonios, el rayo del cielo y el mismo profèta los perseguia y apedreaba.

En cuanto à los vencedores, se habian quedado en la barraca. El primer movimiento de Isidoro, movimiento que fué tan rápido como la fuga de los guarda-costas fué el de cerrar la puerta y atrancarla con los dos bancos, y asi que hubo concluido esta operacion, Theléna saltó desde la mesa à los brazos de su amigo abrazándolo con todo su corazon.

—Oh! que animoso eres, que valiente! que honor haces á tu nacion, esclamò ella mirándolo estasiada.

—Y tú, acaso lo eres poco menos? le contestaba Isidoro estrechándola fuertemente contra su pecho: ah! tu eres la mas bella, la mas linda, la mas animosa de las mugeres! tu eres la verdadera hija de un griego! eres la descendiente de un héroe.

Muy justo era que se prodigasen aquellos cumplimientos; muy natural era tambien que se abrazasen con todos los transportes del amor y de la admiracion; pero esto no constituia una situacion mas clara y mejor, y no los dispensaba tampoco de tomar prontamente un partido decisivo. Habian matado á cinco hombres, herido à diez, batido à veinte y dos: era un verdadera milagro; pero, en definitiva, era preciso huir: ¿y en donde se hallaban? á donde irian? qué seria de ellos? y qué les querian?

Ahora verémos de que modo la Providencia, que no tenia ningun tiempo que perder si queria ayudarlos en alguna cosa pudo sacarlos del atolladero en que se habian metido.

Veamos de que medio se sirve para ello.

10.

No es poseerlo todo, cuando unicamente se tiene valor.

Isidoro mio, es necesario partir.

—Sí, Theléna mia; es claro como la luz del dia, que si permanecèmos aquí somos perdidos, porque nos sitiaran en la barraca, nos haràn morir de hambre, nos descargarán algunos fusilazos, y no tenemos sino algunas flechas para defendernos, y ni siquiera una migaja de pan para comer.... espera, hermana mia, me ocurre una idea.... estos abominables turcos son unos cobardes y

unos imbèciles; nosotros tenemos valor é ingénio: pues bien! es preciso aprovecharnos de la victoria y de su espanto; asi es como lo practica siempre un buen general: quedate aqui, no hagas ruido, yo voy á hacer una salida y caer sobre ellos de improviso para acabar de ponerlos en derrota: divièrtete durante este tiempo, si asi lo quieres, en tirarles algunas flechas por la ventana, pero cuidate mucho de mi persona. Cuando no haya nadie mas, saldràs, te reunirás conmigo, correremos bien aprisa juntos hasta la playa en la que sin duda volverémos à encontrar nuestra barquilla, te subiràs sobre mis hombros, te conducirè al mar, nos embarcarémos y partirémos ayudados por un tiempo bonancible!

—Sì, Isidoro mio, partirémos!... pero no tenemos provisiones!

—Es igual, partirémos de todos modos, no nos apartarèmos de la costa, abordarémos en otro parage, y por ùltimo, ya verémos; ùnicamente te suplico que no tengas miedo!

—Oh! no, ya no le tengo! pero quiero salir contigo, quiero batir á los turcos en tu compañía, en ninguna parte quiero permanecer sin tí.

Suscitóse solamente sobre este último punto una discusion muy viva. Isidoro queria eje-

cutar por sí solo, aquella salida audaz, porque no se le ocultaba la estension del riesgo que iba á correr, y que, bien convencido que fuera indispensable despreciarlo, y que en semejantes circunstancias solo un esceso de temeridad pudiera salvarlos, no queria sin embargo, por nada en el mundo, esponer su jòven y tierna amiga à la ferocidad de un contrario tan bárbaro, tan feroz como cobarde.

—Escucha pues, Theléna mia! deciale procurando desprenderse de sus brazos; escucha pues, hermana mia, una guarnicion jamás sale toda entera de una plaza sitiada: esta seria una falta enorme contra el arte de la guerra; es preciso que tu permanezcas sobre las murallas para protejerme de lejos, para sostener mi retirada con tus flechas en caso de un ataque del enemigo. Piensa pues, mi linda hermana, mi tierna esposa, que si llegas á salir, no podrè disponer de mis brazos para dispersar aquel grupo de fujitivos, ó para perseguirlos y cazarlos como conejos; entonces no veria sino á tì, no me ocuparia sino de tu persona, no pensaria mas que en defenderte; y ya no se trata de esto: es preciso caer ahora sobre ellos como el rayo, como el trueno, como la tempestad! déjame pues partir! no tenemos tiempo que perder.

Isidoro raciocinaba como buen militar y como tierno enamorado ; pero la jóven griega, medio salvaje, no entendia una palabra del arte de la guerra ; su corazoncito de quince años era tan ardiente , tan intrèpido como el del gallardo mancebo y cuando su imaginacion se ecsaltaba era un verdadero diablillo dificil de sujetar.

—Nó , nó , nó! esclamaba pateando de impaciencia y agarràndose cada vez mas al vestido de su amante , tu has dicho ante Dios que yo era tu hermana , tu bien amada , tu esposa; tu has jurado que por todas partes te acompañaria , que jamás me abandonarias! si tu te bates , quiero batirme contigo , si mueres, quiero morir , si te cojen , yo te salvaré , si á mì me cojen , tu me salvaràs: oh! eres tan valiente como mi padre! pero si me abandonas, si me dejas sola , si ya no quieres á Thelé-na.... abrázame , vete , y me matarè!

Isidoro no pudo menos de abrazarla; mas ya no comprendiera ella que fuera para abandonarla , asi que arrojose à su cuello llorando de alegría.

—Oh! irè contigo , tu me quieres , estoy segura de ello.

—Vamos! coje tus flechas , ven , los batirèmos ; pere empeñame tu palabra que per-

manecerás siempre detrás de mí ocupando yo el puesto avanzado.

—Sí, sì, respondièrale Theléna brincando de alegría á su alrededor; asi será en tanto que yo no vea levantarse los aceros enemigos.

No habia medio de entrar en composicion con aquella linda criatura, voluntariosa, obstinada, encantadora como el amor, aun cuando se hallase en presencia de la muerte y en medio de los horrores de un combate de esterminio. Ella cojió su arco. En lugar de sus dos puñales, Isidoro se armó con dos anchas y largas cimitarras, que aquellos facinerosos ni siquiera habian tenido tiempo de desenvainarlas antes de que hubiesen hallado la muerte en la cabaña; en seguida pròcsimo á desatrancar la puerta y de precipitarse como un leon, detúvose mirando á su hermana que ya lo comprendió, le sonriò y levantó la cabeza para presentarle el rostro y sus làbios de carmin. Mas apenas dabanse el beso de despedida, cuando un ruido sordo, semejante al que produce el acompasado andar de una tropa de soldados, percibióse cerca de la barraca, mezclándose casi al punto á los confusos ecos de las voces de una multitud de personas que parecian hablarse muy quedito. Detuviéronse ambos jòvenes quedando en perfecta inmovi-

lidad, el beso quedó como suspendido entre sus lábios y se pusieron á escuchar.

Se caminaba con precaucion al rededor de la cabaña; entre las numerosas voces que se confundian distinguiéranse algunas que sobresalian como si la impaciencia y la cólera las hubiesen escitado.

—Ya están de vuelta, dijo muy quedito Theléna, cuyo corazon latìa con violencia á pesar de su valor.

—Es imposible, estaban casi todos heridos, replicó Isidoro.

—Escucha, oye!...

—Sí, pero son en mayor número.

—Mirémos por las rendijas de los postigos.

Sin abandonar sus armas y permaneciendo siempre uno al lado del otro, se precipitaron á observar juntos por las puertas y postigos mal cerrados, y divisaron en frente de cada una de las cuatro caras de la barraca, doce ó quince turcos armados à mas no poder, y absolutamente semejantes à los que habian combatido antes tan completamente, es decir, con rostros tan feroces, pero llevando ademàs de cimitarra y puñal una corta pero gruesa carabina.

Aquella nueva circunstancia, porque los primeros no poseian armas de fuego, descon-

certò á Isidoro de un modo singular. Era evidente que la barraca estaba sitiada por todas partes; tampoco lo fuera menos que se las habian ahora con mas de cincuenta hombres armados de una manera formidable, y era dificil, fuera imposible, el esperar que tomasen por segunda vez la fuga sin volver siquiera la cara atràs y sin reparar finalmente que no se las habian entonces sino con un jóven que aun en aquel mismo momento asemejabase esactamente á una señorita, y con una criatura de quince años que no podian responder à las balas sino con flechas.

Estas reflecsiones hirieron de repente la imaginacion de Isidoro con un efecto tan rápido, como avisa el rayo al viagero que la tempestad amenaza su cabeza. Sentóse sobre un banco, la mirada fija y consternada. Theléna que lo seguia siempre paso á paso se colocó sobre sus rodillas permaneciendo ambos en un profundo silencio.

El murmullo, el ruido sordo, el movimiento singular que continuamente se agitaba por la parte de afuera y siempre al rededor de la fatal barraca en la cual aquellas dos infelices criaturas vieranse rodeadas de cinco cadáveres, con los piès nadando en sangre, no esperando mas que la muerte y en una oscu-

ridad completa, porque todo estaba cerrado, permanecian anonadados pero en los brazos uno de otro. Sin embargo nadie parecia querer penetrar en ella, nadie trataba de abrir la puerta ni ventanas; ningun grito, ninguna amenaza, ninguna blasfémia resonaban al rededor de las tapias. Esta sangre fria, aquella paciencia, esta calma aparente por parte de hombres que por lo regular fueran feroces y furiosos, animó de repente con un rayo de esperanza el corazon de Isidoro; levantóse bruscamente poniendo sus dos alfanges encima de la mesa, y estrechando à su amante contra su pecho, le dijo:

—Tierna hermana, ya no se trata de pelear....

—Bien lo veo, respondió interrumpiéndole la valerosa griega. Oh caro amigo! es preciso despedirnos, orémos: vamos á morir. Oh! cuando vengan à matarnos, estréchame siempre en tus brazos.

No era aquella idea terrible y espantosa la que Isidoro pretendiera imbuir en el alma de su compañera; y todo su cuerpo tembló y se estremeciò al verla pronta à espirar sobre su corazon.

—Oh! no, mil veces no!... esclamò cubriendo de besos sus ojos bañados en llanto;

no, Theléna mia! tu no me has comprendido! Te dije acaso que fuera preciso morir mientras que latiese mi corazon? Jamás!... el cielo!... la casualidad.... èl.... gran Dios!... que nube!... Ah! desdichada!... fuego!... fuego!... Theléna!... Ah! los malvados.

Torbellinos de humo llenaban ya toda la cabaña; por todas partes penetraban espontáneamente en el instante mismo que la esperanza renacia en el corazon del valeroso francès, en que su voz y sus dulces caricias reanimaban á su abatida amante; y mientras que el silvido de las llamas, el crujido de las tablas de la barraca principiaban à retumbar á su alrededor, elevábase por el aire una especie de canto religioso, grave y solemne, aunque mezclado al propio tiempo con alguna cosa parecida á lo feroz, discordante y bàrbaro.

Echémos ahora una rápida ojeada al esterior.

El servicio de las costas al que diera la mayor importancia el Pachà de Mileto porque habia tomado muy á pecho impedir la emigracion de los griegos, se hacia con una especie de esactitud militar. Todas las mañanas al rayar el dia, los puestos abanzados se relevaban con nuevas escuadras partiendo todas juntas de Mileto, dividiéndose en seguida en la

mitad del camino. Aquella tropa fresca y nueva llegaba precisamente á la fatal garita que Isidoro y Theléna habian escogido por asilo, en el momento en que aquellas dos intrépidas criaturas atacaban tan vigorosamente aquel nocturno reten forzándolo á desalojar el puesto. Aquellos que fueron batidos sin lesion alguna tomaron la fuga hasta el borde de la orilla, y hubieran corrido mucho mas lejos á no encontrarse allí el mar que los obligó á detenerse. Pero aquellos que Isidoro punzara en los riñones, y aquellos que Theléna habia atravesado las orejas, rodaban al rededor de la cabaña, de la que creyeran aun ver lanzarse ángeles, demonios, y flechas, vieron llegar à sus camaradas que se detuvieron bien sorprendidos de hallarlos en tan deplorable estado; refirieronles, hiriéndose la frente contra la tierra y gritando: Allah! Allah! de qué modo, durante la noche que habia sido muy oscura, dos ángeles que tenian el diablo metido en el cuerpo y que se habian transformado para esto en lindas doncellas, habian venido à establecerse en su garita; y de què manera los habian esterminado y arrojado de sus respectivos puestos, con espadas fulminantes que mataban sin herir, y con flechas semejantes à los rayos que hacian el ruido del trueno.

Bien notorias son la ignorancia, estupidez y supersticion de los turcos: credulidad, ferocidad, nada les falta para ser unos verdaderos creyentes.

El gefe superior de toda la tropa, compuesta de tres escuadras y en número todas juntas de sesenta y siete hombres; al ver efectivamente à diez de aquellos infelices horrorosamente heridos, y sabiendo que los otros estaban muertos ò puestos en desordenada fuga, sintiera tambien algun vago temor en su alma ignorante y cobarde, no dandose mucha prisa en indagar por sus propios ojos aquel milagro. Hizo poner de rodillas toda la tropa imbècil y feroz, y mientras que, con la cara vuelta hàcia el Oriente, entonaban *Allah*! èl se puso á consultar al profèta para saber lo que tenia que hacer en el caso que las dos ninfas ya referidas, fuesen efectivamente dos ángeles endiablados.

El oráculo causò su efecto pues pasados algunos cortos instantes mandó en consecuencia:

—Que todo el mundo se levante! manos á la obra! recojed cuantas ramas y hojas secas podais encontrar; que levanten veinte hogueras al rededor de la barraca, que enciendan veinte llamas, y que tuesten á cuantos gallar-

dos contrabandistas ; demonios , ángeles , *huris* ò doncellas que se hallen encerradas en aquel sitio.

De aqueste modo raciocina un turco.

Un humo negro , espeso , sofocante , penetró de repente por todas las redendijas de la cabaña , interrumpiendo á Isidoro que trataba de tranquilizar à Theléna ; las tablas , las puertas , las ventanas , el techo , todo crujió con estrepitoso ruido , hundiéndose por diversos sitios ; las llamas penetraban por todas las aberturas esparciendo un rojizo resplandor al través del humo ; y en medio de los silvidos siniestros y de los horribles traquidos del incendio que devoraba con una espantosa rapidez unas ruinas de madera podrida, elevàbanse por los aires los cantos sonoros del profèta, los religiosos cánticos cuyo último versìculo se terminaba por este grito formidable: Allah, Allah!

Thelèna habia permanecido en los brazos de Isidoro ; el aire interior de la cabaña, que estaba siempre herméticamente cerrada , era cada vez mas abrasador y se hacia insoportable ; las llamas que atravesaban los tablones, los envolvian como una cintura de fuego , el techo , principiaba á volar en mil pedazos y el humo los cegaba y sofocaba.

—Hermano, hermano mio, me muero! esclamaba Theléna echándose en sus brazos, yertos los miembros y apoderada de una convulsion, porque el aire y el aliento le faltaban enteramente.

Isidoro tambien no viera ya mas nada, tampoco respiraba, permaneciendo anonadado de horror y de espanto. Pero el grito desesperado que arrojó Theléna medio sofocada y luchando contra la muerte, lo despertó de su letargo, reanimò su valor abatido, transformándose en un nuevo ser, ò por mejor decir, la desesperacion le infundió de repente aquella fuerza maquinal, aquel instinto, prodigioso, incomprensible, como resultado inmeditado y positivo de la demencia, del frenesì, ó del delirio. No dijo una palabra à su amante que forcejeaba sobre su seno porque èl tambien se ahogaba; pero apoderóse de ella, la arrebató, corrió pisándo los cadáveres tendidos por el suelo; y de un punta pié terrible que hizo estremecer toda la cabaña, hizo saltar la cerradura de la puerta que voló como á distancia de diez pasos, y quiso lanzarse llevando en sus brazos á la jóven griega.

Pero aguardáranlo hàcia fuera: veinte hombres tenian sus fusiles armados, y la frágil puerta apenas hubo saltado en mil pedazos

cuando una descarga jeneral resonò acribillando las tablas de la cabaña. Todas las balas silvaron al rededor de Isidoro; pero como los turcos no dirijen jamás la punteria y que además Isidoro y su compañera se hallaban envueltos en una espesa nube de humo al través de la cual apenas los divisaran, ninguna de aquellas balas les tocò, y ùnicamente por un movimiento natural y mas rápido que la reflecsion que lo hubiera contenido, el gallardo mancebo entrase de nuevo en la cabaña y los miserables que creyeron haberlos muerto, arrojaron unos gritos ó por mejor decir unos aullidos de alegrìa.

Pero esta tentativa inútil y desesperada, habia sin embargo obtenido un efecto saludable; el humo, pudo tener finalmente una salida á través de una anchurosa abertura; un poco de aire habia penetrado, Isidoro y Theléna pudieron respirar con mas libertad y desahogo recobrando nuevas fuerzas. El francès no se desanimó, la jòven griega se puso en pié; ambos corrieron presurosos à una de las ventanas haciendo saltar el postigo, pero cuidàndose al mismo tiempo de permanecer de lado por temor de las balas. Hicieron bien por que fueron acojidos igualmente con una descarga de veinte carabinas. ¿Qué hacer? qué

intentarian? si salen, los asesinan; si se quedan, se van á ahogar, à arder; la barraca va à desplomarse sobre ellos. Sin embargo por la ventana al tiempo de abrirse pudo penetrar un poco de aire, habian respirado todavìa otra vez y al recobrar nuevas fuerzas sentian todo el horror de su situacion encontràndose con el suficiente valor para luchar con la muerte aunque les pareciese inevitable.

En aquellos momentos déjase oir únicamente la voz de la naturaleza.

—Vamos, Theléna! un esfuerzo todavìa! esclamò el mancebo; no podemos salir ni por la puerta ni por las ventanas; salgámos por el techo.

—Salgàmos! salgàmos! Isidoro.

Raciocinaban como personas prócsimas à perecer, es decir, no raciocinaban de ningun modo: què diferencia podia haber para ellos en salir por el tejado, por la ventana, ó por la puerta? no les quedàra ya mas que un albur que correr que era el de romperse la cabeza. Pero se ahogaban con el humo, se abrasaban con las llamas: hallàranse verdaderamente como en un horno ardiendo y querian obligarlos á permanecer en aquel espantoso sepulcro de fuego para que se desplomase sobre sus cabezas y los aniquilase. Fuerales preciso pues

abrigan en su corazon, no sè lo que quieren hacer, ignoro sus designios, creo que estàn locos, es igual: supuesto que estàn de rodillas, y que entonan su famoso *Allah!* aprovechèmos esta favorable ocasion; la barraca no es muy elevada, descendamos hasta el borde del techo, démonos prisa porque empieza à arder; atravesémos prontamente las llamas, saltémos á tierra, corràmos y pongàmonos en fuga.

—Sí, sí, vamos!

—Escucha, oyeme atenta! caeràs sobre la punta de los piés, te sujetarás con tus manos, te levantaràs en seguida, y no te causaràs el menor daño. Vamos, dame la mano, ánimo, no tengas miedo.

—Nunca, jamás, si estoy contigo.

Con la frente hundida en el polvo, los turcos entonando siempre el consabido *Allah!* no reparan en que aquellas dos criaturas tenièndose por la mano bajaban con menudo paso hasta el borde del techo; allì se levantaba una llama semejante á una barrera impenetrable; mas no obstante se arrojan temerariamente, la atraviesan, caen por tierra sin saber en donde, no reciben la menor lesion, apenas sienten un ligero estremecimiento pero ambos se hunden hasta la mitad del cuerpo en una

materia suave, y hùmeda que no les causa la menor herida; mas sin embargo los oprime de tal modo que no les fuera ya dado salir: era una zanja de arena nuevamente esplotada.

Sus piernas y rodillas eran las que únicamente habian profundizado en la menuda arena, sus trajes que durante aquel salto peligroso habian imitado á un globo areostàtico coronaban la especie de montecillo en el cual habian entrado hasta la cintura, pareciéndose de aquel modo á unos predicadores cuya mitad del cuerpo se halla encerrado en un pulpito. Pero, en medio de una aventura tan terrible y tan estraña, júzguese de su dicha! Apenas tuvieron tiempo de caer en aquella caprichosa posicion, cuando el techo se desplomó en medio de las cuatro paredes inflamadas, cuando toda la cabaña se aplastò con un horrible traquido, no ofreciendo mas al cabo de algunos segundos, sino un monton de escombros y de ardientes carbones.

Preciso es confesar que la Providencia les habia aucsiliado en aquella ocasion de un modo muy eficaz; pero de qué le servirà, puesto que ya los tenemos cogidos como en una ratonera?

11.

Cuando el pez picó el anzuelo, el pescador retiró su caña.

El ruido espantoso que produjo la cabaña al desplomarse, y el brillante resplandor que esparciera de repente las llamas, hicieron levantar la cabeza á los gendarmes del Coran. Miraron por el aire y ya no vieran á los ángeles; miraron al suelo y no vieran ya la cabaña; pero entre ellos y el monton de inflamados escombros divisaron á las dos mugeres blancas esentas de todas piernas, y que les parecian sentadas al estilo de

las sultanas, es decir, apartadas las rodillas cruzados los piés, el trasero en tierra, y medio cuerpo cubierto con el borde de sus vestidos. Como no habian visto el salto peligroso que habian dado los dos jòvenes, en atencion á que se herian las frentes contra las piedras, persuadidos que con esto causaban el mayor placer al profèta, no dudaron que su milagroso descenso no fuese aun un efecto sobre natural; y de nuevo se disponian à entonar mas sonoramente su *Allah!* cuando los movimientos singulares y muy humanos con que se esforzáran los dos àngeles para salir de aquel mal paso, llamaron su atencion, y á pesar de su supersticiosa ignorancia, principiaron á concebir algunas sospechas sobre aquel milagro.

Aturdidos por el salto y la caida que acababan de hacer, y no menos admirados de hallarse medio enterrados, Isidoro y Theléna habian permanecido primeramente cerca de medio minuto sin hacer el menor movimiento; al ruido terrible que hizo la cabaña al desplomarse, habian únicamente inclinado la cabeza; mas no sintiendo nada, no esperimentando ningun dolor, recobraron sus sentidos; y viéndose hundidos en un enorme monton de fina y menuda arena, no pensaron mas que

retirarse prontamente de aquel tropiezo.

Testigos silenciosos de sus tormentos, de su embarazo, y del espectàculo bastante còmico que resultaba naturalmente, los guarda-costas avanzaron poco á poco, miraron de mas cerca, y vieron por sus propios ojos dos bellas muchachas que se movian y forcejeaban de todas las maneras; y en lugar de cantar *Allah*! prorrumpieron en estrepitosa algazara riendose á mas no poder. A la alegrìa sucediò la familiaridad: se envalentonaron hasta el punto de atreverse á cojer por los brazos, la cabeza ò el cuerpo á los dos ángeles del profèta; y convencidos por último que nada ecsistia en ellos de milagroso, à no ser la belleza altiva y varonil de la grande muchachona de ojos rubios, y el atractivo, la gracia, la lozana juventud de la bella niña de negros ojos, ellos mismos la retiraron de aquella desdichada arena donde se hundian de nuevo cada vez que intentaban salir de ella, y los llevaron un poco mas lejos, à un parage cuyo suelo fuera mas compacto, continuando en reirse à carcajadas y entregándose à los eccesos de una alegrìa soldadesca.

Por su parte, los dos jòvenes no comprendian absolutamente nada de cuanto pasara á su al rededor y por respecto á ellos. El furor de

los turcos que les habian tirado varias descargas, queriendo despues quemarlos, en seguida sus cànticos, sus ceremonias religiosas; ahora su alegrìa bulliciosa, escesiva, y la curiosidad estúpida é ignorante con la cual los ecsaminaban: todo esto era verdaderamente inesplicables, y no les parecia de muy buen agüero.

Uno de aquellos hombres, cuyo rostro era el mas innóble y feros de todos cuantos les rodeaban, se acercó de repente: sin duda habia recibido òrden para ello, y con tanto descaro como brutalidad, paseò sus asquerosas manos por el talle y pecho de Isidoro. Aunque semejante ceremonia no agradase de ningun modo al jòven mancebo, no tuvo mas remedio que sobrellevarlo viendo que no trataban de otra cosa sino asegurarse de sus armas y bien convencidos que aquella precaucion no fuera del todo inútil. El guarda-costa no encontrando nada se dirijió hácia Theléna, y puso muy descaradamente sus dos manos en la jóven doncella. Era muy diferente, habia allì, bajo la muselina clara y trasparente ciertas cosas de naturaleza delicada que Isidoro no queria que tocase; y precisamente el aduanero habia principiado su visita por sitios prohibidos. Espantada Theléna opuso sus dos ma-

nos para preservar quellos nacientes atractivos, echándose en los brazos de su amante: la naturaleza le gritaba interiormente que fuera á él á quien ofendian: el mancebo con los ojos centellantes como los de un leon envolvió á su jóven amiga, y viendo al turco grosero y desonesto reirse frunciendo las cejas y avanzar todavía su ecsecrable mano, pronta á tocar aquellos atractivos tan puros que su amor habia respetado, levantó la suya que no fuera tan gruesa y fea, mas que no par eso era menos vigorosa, y el mas terrible bofeton que jamás hombre alguno haya recibido, cayó, como bajado del cielo, sobre la mejilla de aquel bribonazo que hizo una cabriola y viera cincuenta estrellitas. Tocar el rostro de un turco, es provocar su rábia y desafiar la muerte. El gendarme mahometano arrojò un rujido espantoso sacó de su cintura un cuchillo tan largo como el brazo, y con una mano, apoderándose de Theléna por los cabellos, y arrancándola del seno de su amante, con la otra levantò el brillante acero para hundirlo en el pecho del temerario, que estaba descotado como el de una muger y pasaba por tal.

Su muerte parecia inevitable, mayormente si se considera, que no se ocupaba en otra defensa sino en sujetar á Theléna que trataban

de arrancársela á la fuerza, y á quien herian cruelmente. Pero el gefe de la tropa se arrojó sobre el soldado, sujetó su brazo, detuvo el golpe y lanzó aquel miserable en medio de sus camaradas profiriendo horribles juramentos.

—Esto va bien, dijo Isidoro volviendo à cojer en sus brazos á la jóven griega; ya contamos con uno que nos pueda protejer.

—No lo creo, respondió Theléna temblando, observa bien lo que hace: mira esas cuerdas, imitan los movimientos de los antiguos compañeros. Te aseguro que tratan de vendernos, y lo peor es, que ya no contamos con armas para defendernos, ó bien para matarnos.

Theléna tenia razon. El gefe y toda la escuadra, se habian quedado muy admirados del mismo modo que los primeros guarda-costas de la singular belleza de las dos jóvenes, y contaban de seguro obtener del Pachá de Mileto un precio considerable, que hubieran perdido por su frenètico furor, ó por contentarse con el inútil placer de inmolarlas. Ocho hombres se precipitaron á la vez sobre Isidoro, á quien estos cobardes temian siempre; le ataron sus manos por la espalda, y le sugetaron tambien las piernas con una cuerda bastante larga à fin de que pudiese andar.

A Theléna la trataron con menos dureza,

porque sus miradas y ademanes no eran tan amenazadores; se contentaron pues con atarle las manos por delante, uniéndolos á ambos por el brazo, lo que calmò algun tanto su desesperacion; al menos no estaban separados. Toda la tropa se formò entonces en dos pelotones: los dos presos fueron colocados en el centro: uno de los guardas, armado con un palo en cuyo estremo vierase una especie de látigo, cojió la punta de la cuerda que sugetara á los dos cautivos: el gefe dió òrden de partir, y principiaron á ponerse en marcha.

Los soldados guarda-castas hablaban entre sì con calor, volvian á menudo la cara para mirar á las dos jòvenes doncellas, estallando en una estrepitosa y grosera alegrìa que se comunicaba hasta el gefe; felizmente el conductor no hacia uso de su látigo, porque ambos jòvenes caminaban perfectamente, impacientes ellos mismos por saber que suerte les esperaba.

—Theléna mia, decia Isidoro, ¿comprendes á esos miserables? adivinas á que parage nos conducen?

—No, caro amigo, no entiendo una palalabra de su gerga, no me atrevo á mirarlos, creo que somos perdidos!

—Nó, nó! no tengas miedo, puesto que

no nos matan, me lisonjeo que aun podrémos salvarnos.

Theléna, ecsaló un profundo suspiro.

—Ah! dijo, el buen anciano ignora el parage en que me hallo!

—Y yo, Theléna? y yo? no estoy aquí contigo para defenderte?

—Oh! sí, sí, Isidoro mio; pero tambien tengo miedo por tì. Oh! quisiera morir primero que abandonarte!

Estrecháronse ambos uno junto al otro; los ojos de Theléna se levantaron al cielo.

—Ya no veré mas à mi madre, dijo ahogando sus sollozos.

Isidoro inclinó la frente, sus mejillas se bañaron de llanto, y un frio sudor corrió por todos sus miembros.

—¡Infeliz de mí! decia interiormente; yo soy quien ha causado su pèrdida! por què no permanecì con ella en la isla?... Ah! la salvaré! sí, la salvarè.

Erguiò la cabeza con una espresion de audacia, con un aire de desafio, y quiso abrazar à su hermana, y estrecharla contra su corazon.... pero no se acordaba que tenia las manos atadas....

Al cabo de dos horas de una marcha penosa, porque fuera menester escarpar ò des-

cenderse por unas cuestas aridas y arenosas, casi siempre despojadas de toda vegetacion, divisaron por fin los *minarotes* de Mileto. Hallábanse en aquel entonces sobre la cima de la última colina que les faltára atravesar; la ciudad apareciera casi bajo sus piès, y sus miradas abrazaban un estenso horizonte, cuya mitad estaba ocupada por el mar, y cuyo otro estremo, escepto el grupo bastante considerable de casas que formaba la ciudad, especie de un vasto desierto, atravesado por dos caminos largos y estrechos, señalados únicamente por la huella de los hombres, y rodeados à una inmensa distancia por un círculo de montañas, igualmente desnudas, aridas y erizadas. Nada fuera mas triste que semejante golpe de vista; el alma enmudecia, aterrada de espanto y dolor.

La tropa hizo alto sobre aquella colina: pusieron las armas en pabellones: sentáronse los soldados, se acostaron, se tendieron; los unos se pusieron à beber ó dormir, los otros à cantar ó reirse, entreteniéndose en arrojar piedrecitas ó puñados de arena á los dos cautivos. Por mas engarrotado que estuviese Isidoro por piès y manos, cuyo cólera se revelaba por sus centellantes miradas, se hubiera precipitado sobre aquellos miserables á quie-

nes fuera desconocida la piedad, la humanidad, la generosidad, si el mismo cordel que le apretaba horrorosamente las muñecas no lo tuviese atado á su cara Theléna.

Como tenia un verdadero valor, una energía de alma que no era el resultado momentàneo y fugitivo de un movimiento de irritacion, sabìa estar tranquilo, sufrir, y aparecer insensible cuando fuera menester. Sonriòse de compasion, arrojó una mirada de desprecio sobre aquella envilecida especie, y dijo á su compañera todo temblando, que se sentàra sobre sus rodillas, que apoyáse su cabeza contra su pecho, è inclinándose él mismo todo cuanto podia hácia su jòven y dulce amiga, se colocò de modo que pudiera él solo recibir los insultos, los ultrajes y las piedras de aquellos cobardes bandoleros.

—Raza de lobos! murmuraba muy quedito, si yo pudiera apoderarme de alguno de vuestros fusiles, ya veriais entonces la danza que se armaba!

La jóven griega lloraba sobre su seno.

—Qué, hermana mia! què, mi Theléna, ¿acaso sientes desfallecer tu valor?

—Oh! nó! respondièrale sollozando. Acabo de mirar tus manos están ensangrentadas, las cuerdas las desgarran!

—Ni siquiera lo habia sentido.... ¿pero y las tuyas? Oh cielos! veamos, veamos, veamos, Theléna!

—Yo no padezco, esclamò levantándolas prontamente para tranquilizar á su amigo.

No estaban sino algun tanto coloradas, ya fuese por efecto de la marcha ò del calor, ó bien por la opresion de las ligaduras. Isidoro se sonrió al notar que no tenian la menor herida, y besò aquellas lindas manitas que Theléna tenia levantadas. La pobre niña arrojò un gesto de dolor y de alegría; levantóse sobre sus rodillas, y abriendo sus dos brazos de modo que la cabeza de su amante pudiese pasar por el estrecho círculo que formaban, consiguiò aun por otra vez echarse á su cuello, y al abrazarlo, inundaba su rostro de gruesas lágrimas.

Al cabo de un cuarto de hora, se pusieron nuevamente en marcha: apenas fuera menester mas tiempo, para llegar á las primeras casas de la ciudad. Por momentos notàrase el mayor espanto en el rostro de la jòven griega: las horrorosas escenas que habia presenciado en Esmyrna, y de las que, sin un milagro patente, hubiera sido una de sus vìctimas, se presentaban á su imaginacion acompañadas de todos sus actos; y à la palidez

que cubria sus mejillas, al temblor que agitaba sus miembros, al descarriado mirar que despedian sus ojos, Isidoro demasiado presentia la agitacion interior que dominaba á su amante.

Para sustraerla de su terror, para desviar, si posible fuese, su atencion de los recuerdos mas horrorosos, de las imágenes mas espantosas, y de la opresora idea que se encaminaban al suplicio, le demostraba el puerto, las naves, los edificios, las mezquitas, y un palacio de una inmensa latitud y de una arquitectura grave y severa, y cuyas apariencias le hacian juzgar fuese la morada del Pachá. Pero la desventurada jóven ya no lo escuchaba; creia hallarse en un bazar, con el cordel al cuello, vendida, entregada, mutilada, ó llevada á lejanos climas para servir de esclava, y separada para siempre de su madre y de su amante, Fuera para ella esta idea el último grado de la desdicha, porque su inocencia era entonces tan pura, y su candor tan grande que apenas sospechaba que la compra de una esclava tuviese otro objeto sino el de matarla ó hacerla trabajar. Sin embargo, el amor no era para ella un misterio; no desconocia sus encantos: pero por esta misma razon fuera justamente por la que amaba por

primera vez, y con toda la fuerza de un corazon candoroso de quince años y mas allá nada comprendia, nada absolutamente, nada que pudiese diferenciar de lo que interiormente sentia. Mas ah! en semejante momento fuera todavía una gran fortuna de que su ignorancia infantil le ocultase una parte de los grandes peligros que le amenazaban. En cuanto á Isidoro nada se le ocultaba: en el fondo de su alma sufria mas que ella misma; pero pensaba que no siempre estaria engarrotado, y en su interior, la esperanza era como el valor; ni la una ni el otro jamás le abandonàran á la vez.

Entraron al fin en la ciudad: el populacho acude: los gritos, los aullidos las amenazas, resuenan por todas partes; à fin de que aquellos desgraciados no fuesen arrancados de sus manos y destrozados en la plaza pùblica, fuera preciso que los soldados mismos, los rodeasen y repelieran con igual furor á aquel cobarde, feroz y fanàtico pueblo, siempre sediento de sangre cristiana, asi como los cristianos estuvieran en otro tiempo sedientos de la sangre musulmana, y como todos los fanàticos del mundo estarán siempre sedientos de sangre humana; porque el fanatismo no es solamente un error de la imaginacion, una estravagan-

cia digna de piedad, un capricho desbarajustado, una locura vituperable; es una espantosa enfermedad; la rábia, que inspira tantos horrores no es sino su débil imágen. La ignorancia es la fuente de este veneno ecsecrable; y nada en el mundo es capaz de libertar à la humanidad de semejante azote sino el tiempo, la razon, y la filosofía.

Engarrotados como unos criminales, rodeados, escoltados, por las oleadas de un populacho feroz; ùnicos objetos de una lucha espantosa y sangrienta, y de la que à cada paso se hallaban amenazados de ser sus víctimas; al ver por todas partes brillar por encima de las cabezas de un tropel de jente que crecia sin cesar, cuchillos, puñales, bastones armados con puntas aceradas que dirijian contra ellos tratando al propio tiempo de herirlos, los dos jòvenes atravesaron de aquel modo toda la ciudad, llegaron por fin ante el palacio del Pachà.

Una guardia de albaneses bastante numerosa y regularmente equipada salió á recibir la escolta á quien no pesò verse socorrida. Estos albaneses gozaban de algunos privilegios y todavìa mas de mayor impunidad, semejantes á todos los esbirros del mundo cuando se hallan esalariados por un déspota. Bien pronto

barrieron aquel populacho furioso tratándolo con el mayor desprecio.

Cuando el paso estuvo franco se abrió la puerta del palacio; toda la escolta desfiló entre dos hileras de albaneses: en seguida volviò à cerrarse la puerta: y un profundo silencio, una calma siniestra y glacial, sucedió de repente al mas espantoso tumulto. Isidoro y Theléna habian entrado en la morada del Pachá, que era un tirano.

El palacio en el cual acababan de penetrar en unas circunstancias tan angustiosas, se hallaba colocado en la estremidad de un anchuroso patio circunvalado con unos paredones estremadamente elevados, de una anchura prodigiosa y sin la mas mínima abertura. En los dos ángulos entrantes de este patio dando cara al palacio, viérase elevadas dos torres cuadradas que no dominaban el muro de circunvalacion sino hasta la altura de cuarente piès: la base era enorme, mazisa, indestructible: no recibian mas luz en el interior sino por algunas barbacanas rasgadas con desigualdad, y terminándose por una plataforma, rodeada de almenas, y sobre la cual se paseaban varias centinelas.

En cuanto al palacio mismo, su aspecto, aunque siniestro y melancólico, era imponente

y magestuoso, no por su arquitectura, sus columnatas, ó sus adornos; estaban desprovistos de semejantes condiciones; pero por la masa enorme, sòlida y compacta que ofrecia su vista: hubiérase dicho que era una inmensa roca perfectamente tallada. Toda la fachada, al menos la que caia hácia el patio, no presentaba mas que una gran pared y sin ninguna ventana. La única obertura que en ella se viera era una puerta ancha, pero baja, cimbrada, embovedada, y rodeada con una doble reja de hierro, de la cual se elevaban de distancia en distancia, aguzadas puntas, cuyo uso estaba suficientemente indicado por dos cabezas recien cortadas y que en su estremidad se vieran atadas. Estas dos cabezas eran las del *emira* del Pachà y de su hijo, acusados de haber sustraido algun dinero del tesoro de su señoria. La cosa no habia sido bien probada, pero era probable, porque debo advertir para inteligencia del lector, que un *emira* es lo que nosotros conocemos en España con la denominacion de *intendente*.

A las dos estremidades de esta grande y pesada muralla, que mas bien se asemejaba á una prision de estado que à la fachada de un palacio, viéranse otros dos torreones salientes dando cara á los de los àngulos del patio, pe-

ro mucho mas altos y en disminucion como pirámides, pero sin embargo distinguièranse en su cima á una prodigiosa altura otros dos centinelas pareciéndose bastante à dos aves de rapiña: estos estaban armados con arcos y flechas.

Tal era el aspecto, que al entrar, ofrecia desde luego esta especie de fortaleza real muy propia para encerrar y ocultar en su inabordable recinto uno de aquellos hombres que el cielo, en nombre del profèta, coloca en medio de los otros para trasquilarlos como á mísero rebaño, y hacerse, por el terror y bajo ta afilada cuchilla adorar en pùblico, pero aborrecer privadamente.

El otro lado del palacio, que caia en parte hácia el mar, y en parte hácia los jardines encerrados en su recinto, no se asemejaba esactamente al que Isidoro y Theléna ecsaminaban en aquel momento con tanto temor como admiracion; pero esta entrada, que miraba à la ciudad, hiriendo à cada instante la vista del pueblo, segun la usanza del depotismo oriental, debia por su formidable aspecto, dar una idea del poder del dueño inspirando à la multitud, generalmente imbécil y cobarde, aquel horror, aquel miedo, aquel saludable espanto que los aduladores de los tiranos lla-

man respeto. Tratarémos de este punto asi que hallamos penetrado dentro.

El *odabachi* de la guardia, especie de capitan, habia introducido en el acto al gefe de los aduaneros guarda-costas en el interior del palacio, y segun todas las apariencias à fin de que recibiese en él las órdenes del Pachá. Esperando su regreso la tropa estaba alineada en dos hileras à lo largo de la pared, donde los *belouckis* de servicio parecian infundir algun respeto conteniéndola en un perfecto silencio. Isidoro y Theléna, segun la órden que habian recibido, estaban sentados en un banquito de piedra arrimado á la pared de uno de aquellos dos torreones, y por casualidad, se hallaban fuera de la direccion de los rayos del sol. En cuanto á las guardias del Pachà se paseaban en pequeños grupos de cinco á seis hombres, hablando entre sí, pero muy quedito, como si el temor hubiese detenido en sus lábios las palabras que iban á pronunciar.

Facilmente se pueden comprender la ansiedad y tormentos que esperimentarian aquellas dos criaturas: el describirlo seria imposible. Theléna lloraba en silencio; Isidoro, aunque las cuerdas que lo sujetaban le causasen horribles dolores, observaba con una atencion inmutable todo cuanto pasaba á su alrededor.

—No es este el momento de abandonarme á una estéril desesperacion, decia para sí. La fortuna, el cielo, la casualidad no prestan su auxilio sino á los que tienen suficiente valor para ayudarse así mismos. Me salvé de la cárcel de París, por una astucia ó audacia que no tiene ejemplo: me escapé de un navio que ardia en alta mar á la vista de dos corsarios argelinos porque no me abandonó la esperanza en aquellos críticos momentos: esta mañana mismo por un milagro portentoso no he sido quemado vivo, fusilado, lo mismo que mi pobre Theléna; pues bien! quien sabe si el cielo no se dignará hacer un nuevo milagro en provecho de ambos? quien sabe si la fortuna, si la casualidad no me presentará todavía en el momento mas crítico, algun lance favorable del que me será preciso apoderarme en el acto con maña y resolucion? no quiero entregarme á la desesperacion y renegar de mi suerte; sepamos lo que se ecsije de nosotros: veamos los movimientos del enemigo: ecsaminemos, aguardemos, y estemos listo para cualquier lance.

En efecto, escuchaba, observaba, y lo ecsaminaba todo.

—Hermana mia!

—Que quieres, caro amigo?

—No llores, tranquilizate, ecsamina lo

que hacen: no ves que nos tratan ya de diferente modo? diriase que estos nuevos soldados no se atreven á acercarse à nosotros, que nos miran con temor impidiendo que aquellos abominables facinerosos nos maltraten.

—Sí, nos dejan solos, huyen de nosotros; pero no es por compasion: somos cristianos, y esto basta para que nos miren con horror y desprecio.

—No, Theléna, no, no es eso: las miradas que nos echan son amenazadoras; algo hay de bizarro, estravagante en sus modales, en su comportamiento; no puedo adivinar lo que sea pero apostaria que ya no quieren matarnos.

—Ah! es mucho peor, quieren vendernos.

—Pues bien, tanto peor para el amo que nos compre; ciertamente que no permaneceremos esclavos y jamás te dejaré en poder de nadie.

—Amigo migo! se conoce que no has presenciado las degollaciones de *Esmyrna*!!!

—Yo no, es cierto, mas tú estabas allì, Theléna mia, y sin embargo no has perecido; valor, yo te lo suplico! Hay de mí, si lloras no podrè hacer nada por tí.

La pobre niña frotò sus ojos contra el hombro del mancebo para enjugar su llanto, por

que sus manos estaban cautivas: y se apresurò á sonreirse.

—Oh Thelèna! tampoco te sonrias de ese momo porque me atraviesas el corazon!

La palidez de la amable niña se disipò por algunos minutos.

Las observaciones que hacia Isidoro estaban puestas en razon. Los soldados albaneses á imitacion de los guarda-costas, engañados por los vestidos de muger que llevaba Isidoro y sobre todo por la belleza de sus facciones, por la blancura de su tez y aquel aire mugeril de la adolescencia que tanto lo habia favorecido bajo los vestidos de una inglesa, contra la policia de París, de ninguna manera dudaban que los prisioneros no fuesen dos jóvenes doncellas griegas de elevada clase, hermanas, parientas ó amigas, escapadas probablemente de las mortandades de Esmyrna y lo que contribuia sobre manera á aumentar la ilusion en aquel momento, no era tanto la elegancia ni la gracia de sus trajes absolutamente semejantes, como la tierna y cariñosa inteligencia que reinaba entre ambos jóvenes, y los besos que se daban á cada instante con tanto candor como si la amistad solo hubiese constituido su encanto.

Luego, estas dos jóvenes y hermosas don-

cellas iban á ser presentadas al Pachà: destinadas á sus placeres, se las miraba ya como su propiedad, y vista su tierna edad y sobre todo la brillantez de sus atractivos, no era dudoso que debian en el acto fijar la atencion de su temible dueño. Demasiado se sabe cuan susceptible es el amor de un musulman. Desde su entrada en el palacio, las dos futuras favoritas, habian llegado á ser unos objetos sagrados; nadie se hubiera atrevido ahora á tocarlas con un dedo, aunque fuese para desamarrar sus ligaduras: se alejaban de ellas con un temor religioso y únicamente à hurtadillas deslizaban al pasar una ojeada sobre sus atractivos. Aquella mirada misma era ya casi una infraccion temeraria; porque la menor indiscrecion que un instante mas tarde hubiera tenido la desgracia de desagradar al Pachá, la ecsistencia hubiera costado à los seres atrevidos de tamaña insolencia.

Una hora entera se pasó: y al cabo de este tiempo dejárase percibir el sonido de un clarin cuyo eco provenia de uno de los dos grandes torreones del castillo. Al momento corrió presurosa toda la guardia albanesa á cojer las armas y alinearse; la puerta embovedada del palacio jirò sobre sus goznes como la de una fortaleza, la reja de hierro se

abrió, y dos hombres de un ropaje talar y ricas armaduras, se adelantaron seguidos de una comitiva de negros esclavos.

Estos dos hombres que venian del interior del palacio, echaron una mirada al rededor del patio encaminàndose en seguida en lìnea recta al banquillo donde Isidoro y Thelèna se hallaban aislados en un rincon, el esterior, el aire y la fisonomìa de estos dos personajes no ofrecian nada que pudiese aumentar las inquietudes de ambos jóvenes; en cualquiera otra circunstancia su fisonomìa singular hubiera quizá mas bien probocado la risa que la desconfianza. El uno de ellos tenia tal robustez, que se asemejaba á la de un buey. El otro por el contrario era tan pálido, tan delgado, y tan enjuto que cualquiera le hubiera tomado por un inquisidor. En cuanto á los esclavos baste decir que eran negros para que fuesen feos.

Estos dos seres singulares que en efecto eran una especie muy particular y del género que los latinos hubieran llamado *néutro*, en atencion á que en suma no eran ni hembras ni machos, ecsaminaron con mucha atencion aquellas dos lindas muchachas, de las cuales una de ellas era un gallardo mancebo, como el lector no ignora. El robusto personaje cojiò

à Isidoro por la barba, le tirò de la nariz, le entreabrió los làbios para mirar su dentadura y le pasó las manos por las mejillas.

—Que la peste ahogue esta especie de buey, murmuraba Isidoro miràndolo con ojos centellantes. ¡Si tuviese las manos libres le daria mil bofetones!

Muchas ganas tenia de morderle ó escupirle; pero Theléna á quien el enjuto personaje hacia esperimentar un ecsamen semejante con la gravedad de un quacaro que se cree hallar conversando con el Espìritu Santo, le decia muy quedito:

—Caro Isidoro, por el amor de tu hermana, no digas nada, no hagas nada.

El grueso y el flaco se miraban mutuamente meneando la cabeza con un aire que debia decir:

—Admirable, sublime, perfecto.

En seguida se dirijieron en lengua turca algunas palabras, con una voz semejante al eco de un clarinete.

—Justo cielo! Theléna mia, esclamó Isidoro, estos dos infames figurones son eunucos, y yo creo que me toman por una muger.

—Oh! sí, eso es, estoy segura de ello! eres tan hermoso!... cállate, no digas nada, permaneceremos juntos.

Este rayo de luz, este repentino descubrimiento, esparcieron en el ànimo de Isidoro una multitud de ideas, y halagüeñas esperanzas y nuevos temores; su posicion llegó á ser bastante singular, estravagante, y única en su clase; sus consecuencias pudieran ser tal vez terribles; pero, si la verdad no se descubria en el acto, debian nacer de tamaño error varios incidentes de los que seria posible, con mucha audacia, sacar algun partido.

Como su imaginacion era viva, y su juicio rápido y recto pudo esplicarse asì mismo una infinidad de circunstancias y particularidades que desde luego le habian parecido inesplicables y que por el momento arrojaban la mayor claridad; comprendiò por qué el bofeton que habia dado no tuvo inmediatamente por resultado la muerte: sobre todo bien entendiera que la dicha de no haber sido hasta ahora separado de su amante la debia únicamente al disfraz que vestía.

—Oh! permanezcamos siempre siendo *muchacha*, dijo para sì, resolvió callarse, de observar, y de esperar nuevas suertes antes de tomar un partido.

Mientras que se entregaba á estas reflecsiones juiciosas, el grueso y el flaco eunuco sacaron por debajo de sus caftanes, dos grandes

velos de muselina tan tupida que apenas pudieran distinguirse los objetos al través, y cuyas cuatro puntas vieranse adornadas de enormes borlas de oro que le servian en forma de contrapeso. Se los echaron por encima con bastante maña, y ambos jóvenes se vieron enteramente cubiertos. Theléna no pudo contener un ligero estremecimiento; el corazon de la pobre niña se hallaba en perpetua zozobra. Isidoro se contentò con menear la cabeza, porque la muselina le hacia cosquillas en la nariz. En seguida los eunucos cortaron con afilados puñales las cuerdas que los ataban, porque los nudos eran tan apretados que apenas podian desenredarlos. Aunque el dolor hizo que de pronto brotaron làgrimas de sus ojos, Isidoro dejò escapar una esclamacion de alegria al recobrar la libertad de sus brazos y el primer uso que hizo de ellos fuè de estrechar á Theléna sobre su corazon. Nadie se lo impidiò. La candorosa niña se habia apoderado ya con una mano del vestido de Isidoro, y se estrechaba fuertemente contra èl como si aquello pudiera impedir que los separasen.

Los eunucos hicieron una señal; el clarin de la torre resonò de nuevo. Toda la tropa que estaba sobre las armas, retrocedió en buen órden hácia la parte mas remota del petio,

temerosos quizá de hallarse demasiado cercanos al paso de las mugeres; las rejas y la puerta embovedada se abrieron nuevamente; los eunucos tomaron cada cual por una mano las borlas de oro que colgaban de las cuatro puntas de ambos velos, y los amantes conducidos de este modo, acompañados por todos los esclavos negros, y con semejante bizarro ceremonial, traspasaron la terrible reja, esparcieron una mirada de terror sobre las dos cabezas recien cortadas; pasáron pues, no sin estremecerse, no sin que sus corazones se helasen, bajo la sombría y temible puerta, la que tras ellos volviera á cerrarse con súbito crujido y cuyo lúgubre ruido se prolongó largo tiempo bajo la bóveda á la manera de un quejido.

En el momento en que los dos batientes espesos de la puerta de hierro, guarnecidos de cadenas y cerrojos se chocaron entre sí con espantoso rechinar, Theléna arrojó un grito de horror y cayò en los brazos de Isidoro; èl mismo sintió toda su sangre helarse en las venas, y sus miembros frios como el mármol. Un eco siniestro, una voz que parecia rogar sobre sus cabezas, como los sordos bramidos del trueno, parecia decirles:

—No volvereis á pasar mas por esta puerta

fatal, este es el infierno del Dante, dejad tras de vosotros la esperanza.

—Jamás! le respondió el alma intrèpida del mancebo.

Levantó lijeramente en sus brazos à su jóven amante, y sosteniéndola sin que lo reparasen continuò siguiendo á los eunucos, que los conducian tirándoles de sus velos.

12.

Por Satanas! he aquí lo que buscaba, dijo el benedictino sin perder una hilacha; esta tarde, despues de la oracion nos pondrémos á confesar á esta antigua comadre.

La bóveda que atravesaban en un profundo silencio podia tener cien pasos; no estaba iluminada sino por dos lámparas suspendidas del techo; la luz del dia no penetraba en ella por ninguna parte, porque el otro estremo, hácia el cual se dirijian, estaba cerrado con una segunda puerta de hierro, semejante en un todo á la que acababa de cerrarse tras de ellos.

Asi que hubieron llegado, el eunuco flaco

llamò con cuatro golpes: abriòse la puerta igualmente al ruido de cadenas y cerrojos, esperando Isidoro ver tambien por este lado, como en el otro, rejas, adornadas con cabezas humanas, paredes sin ventanas, torreones como los de una ciudadela, y un patio semejante al de una prision de estado. No viera ya nada mas de todo este siniestro aparato; su aspecto habia enteramente mudado, y el que ahora detuvo sus miradas era tan rico, suntuoso, brillante y animado, que detuvo los pasos á pesar suyo y creyò que se trataba de algun golpe de mágia, como cuando desde la elevada punta de las rocas de la pequeña isla habia notado de repente el bosquecillo de Theléna.

El patio en el cual acababan de penetrar era aun menos espacioso que el primero, puesto que se hallaba en el interior del edificio. Una galeria muy ligera, de dos pisos y sostenida por columnas delgadas y de bastante elevacion formaban su circuito. Bajo cada uno de los cuatro lados de una doble galería se ostentaba una hilera de anchas ventanas muy cercanas las unas de las otras à fin de que circulase el aire libre: esto daba al palacio á la vez el aspecto mas elegante y alegre. El interior de la galeria estaba tapizado con ter-

ciopelo grana ; las columnas que, por cada lado, ascendian al número de sesenta, parecian ser de màrmol blanco ; pero en realidad no fueran sino de madera pintada , y las habitaciones que se distinguian al través de las dos hileras de ventanas de las cuatro fachadas estaban alajadas con toda la magnificencia oriental.

El patio estaba plantado además con hermosos y lozanos naranjos , recortados como los que adornan nuestros jardines , formando dos grandes hileras que , cortàndose en ángulos rectos , lo dividian en cuatro cuadros , en medio de cada uno de los cuales hallábase una taza ò pilon de donde brotaba un caño de agua que se elevaba à veinte piés de altura por cima de los àrboles. Las estremidades de estas dos calles que procuraban á la par una sombra y perfume deliciosos venian á parar à cuatro puertas de una hechura notable , de las cuales cada una ocupaba el promedio de una de las cuatro fachadas.

Una multitud de esclavos negros , blancos , morenos , atezados , de color de cobre, y que parecian ofrecer una muestra de todas las razas del orbe , iban , venian y se ajitaban con modales apresurados en el patio y bajo los pórticos de las galerias. Grupos de solda-

dos, mejor vestidos y mejor armados que los que componian la guardia del primer patio, se paseaban bajo los árboles y en las cuatro puertas se hallaba colocado un centinela. Aquella por la cual llegaba la comitiva habia sido abierta por un eunuco distinto, pequeño, feo, contrahecho y de un rostro que respiraba la malicia y maldad, pero cuyo traje sobrepujaba con mucho en riqueza á los de su gordo y flaco camaradas. Parecia que tambien le profesaban el mayor respeto. Estaba acompañado del nuevo emira, y finalmente, los seguian cuatro grandes negros, desnudos hasta la cintura y llevando enormes látigos que hacian chasquear de tiempo en tiempo.

—He aquí probablemente pensó, Isidoro, los hermanos encargados de suministrar los azotes en el harem.

Y por cierto que no se engañaba.

La comitiva, aumentada con seis nuevos personajes, segun el lector acaba de ver, continuó su camino por una de las hileras de naranjos. Los cuatro grandes negros marchaban delante, haciendo chasquear sus látigos á imitacion de nuestros postillones cuando llegan á nueva parada de relevo. En un abrir y cerrar de ojos se despejó el patio: tras estos guardias de corps de tan ridícula especie, abanzaban

hablando con un aire íntimo de confianza, el pequeño eunuco y el nuevo emira; en seguida marchaban Isidoro y Thelena cubiertos con sus velos entre sus conductores, y tras ellos seguian los esclavos.

Atravesaron el patio: entraron en el palacio: no se desviaron ni á izquierda ni á derecha; siguieron rectamente el camino de una larga galería guarnecida de vidrios muy clara, llena de granados, mirtos, jazmines y toda especie de flores; esta galería que atravesaba todo el segundo piso, venia á parar á un magnífico terrado circuido entre diversos pabellones en estremo elegantes, ligeros, aéreos, y cuya arquitectura oriental se asemejaba en alguna cosa á la hechicería, ó arte de encantamento.

Al estremo del terrado cuyo lozano verdor, sus flores y cristalinas aguas hubiesen conmovido, hubieran encantado los ojos de Isidoro y de su compañera, si otro cualquier sentimiento que no fuera el terror pudiera hallar cabida en sus almas; se levantaba el último piso de este estenso palacio. Parecia de una arquitectura mucho mas antigua por su aspecto imponente y severo, correspondiendo á la penosa y aterradora impresion que hacia esperimentar la fachada esterior del castillo por el

lado de la ciudad. Como ella, no ofrecia á la vista sino una pared inmensa, sin mas abertura que una puerta, únicamente mas elevada y adornada con cuatro columnas de granito. En sus dos estremidades eleváranse tambien dos macizos torreones. Pero Isidoro no reparó que hubiese centinelas por ninguna parte; desde que habian abandonado el hermoso patio cuadrado à nadie habian encontrado; todo quedara desierto y silencioso á medida que se aprocsimaban á la morada del dueño.

En esta última puerta hallàbase un viejo esclavo, que parecia ser su esclusivo guardian. Al reparar en la comitiva, levantòse, la abrió, y en seguida inclinándose sobre sus rodillas y poniendo la frente contra el suelo, permaneció en aquella postura hasta que todo el mundo hubo pasado. Isidoro reparò que el emira le arrojó un bolsillo al tiempo de pasar. Es muy probable que en calidad de recien empleado prodigase algunas liberalidades para crearse partidarios, amigos, y prosélitos.

Este último piso del edificio era el que caia hácia el mar. Los cimientos se habian levantado en roca viva; las olas bañaban perpetuamente el muro de la fachada opuesta, y jardines inmensos los circuian por derecha é

izquierda. Este vasto y macizo edificio en cuyo al rededor reinaba un aire de soledad, de tristeza y de terror, contenia por una parte las habitaciones particulares y reservadas del Pachá; por la otra se hallaba el harem: y aunque el esterior no ofreciese á primer aspecto la elegancia y riqueza de las otras partes del palacio que acababan de atravesar, mucho mayor lujo y magnificencia reinaba en su interior.

Pero no era esto lo que llamaba la atencion del gallardo mancebo únicamente se ocupara de contar las puertas, los patios, los soldados, los esclavos, midió con la vista la altura de las paredes; calculaba con una imperturbable presencia de ànimo, los riesgos, los peligros, las dificultades de una evasion, bien fuera por el medio de la astucia, ò bien fuese por el aucsilio del valor, de la fuerza, de la audacia, y habia formado ya veinte planes diferentes tan osados, tan estravagantes como el de su fuga de la càrcel de Paris, pero inútiles y prematuros, puesto que caminaban siempre mudando de sitios y lugares, cuando al fin y al cabo entraron en el último edificio que parecia ser en algun modo la ciudadela del castillo.

Por ambos lados de un hermoso peristilo

se hallaban dos puertas: cada una estaba custodiada por tres eunucos negros vestidos con una especie de tùnica de tisù de oro y armados con anchos cuchillos que á la vez pudieran servir de sables y hachas: Al estremo, otros doce ò quince guardianes de la misma especie y en todo semejantes, se hallaban sentados sobre una larga banqueta. Levantáronse estos espontáneamente y volvieron su nariz contra la pared; los otros seis ni siquiera se movieron.

—He aquí bastante ceremonia, reflecsionó Isidoro, es probable que dentro de poco tendrè que habérmelas con estos tunos, asi que descubran que no pertenezco al secso femenino.... Diantre! buena zambra va á armarse!... ojo alerta y no desmayemos.

El emira abrió una de las dos puertas: atravesaron muchas habitaciones cuya magnificencia iba siempre en aumento deteniéndose finalmente en una especie de gabinete, ò por mejor decir retrete, donde hicieron seña á las dos ninfas para que se sentasen: digo á las dos *ninfas* para conformarme con la idea y conviccion de sus conductores, y os advierto de paso, caro lector mio, que emplearé algunas veces esta espresion, para designar á los dos amantes. A vos os toca el recordar que una de estas dos señoritas es un lindo y bravo man-

cebo y que ya tiene dada mas de una prueba de ello.

El emira saliò, los eunucos se pusieron á jugar á las cartas y los esclavos permanecieron à la puerta, sentados por el suelo como unos monos. En cuanto á Theléna, sujetaba con todas sus fuerzas una de las manos de Isidoro; y él, al través de la tupida muselina la besaba de cuando en cuando diciéndola muy quedito:

—No tengas miedo, anímate! tengo muchas esperanzas, y estoy seguro de salvarte.

Esto no era cierto; pero tenia razon en decirlo para sostener de aquella manera las fuerzas abatidas y el valor decaido de su jóven amiga. Ella le respondia al oido estrechando su mano y apoyando un hombro contra el suyo.

—Bien sabes que soy animosa, no ignoras que se batirme bien; tù me dirás lo que sea preciso hacer: oh! únicamente te pido que no me abandones!

—Jamàs, añadió Isidoro prontamente; nunca serà sino cuando haya ecsalado el ùltimo aliento.

Y la tierna doncella (la que lo era verdaderamente) arrojaba un suspiro que espresaba à la vez la alegria y el espanto. Pobre criatu-

ra! aguardaba la muerte con espíritu sereno y no temia sino una sola cosa, la de ser separada de su amante antes de cerrar los ojos. Y he aquí sin embargo de que modo uno es amado por una niña de quince años! Hay nada en el mundo, aunque sea un dote de escudillos de oro que valga por semejante amor?

Una hora entera se habia pasado durante la cual ni siquiera pensaron en darles un vaso de agua. ¿Y cómo pudiera hallarse aun un resto de piedad en corazones eunucos? ¿En donde se irian à buscar el orijen de tales sentimientos? cuando se abjura la naturaleza, no se reparten ya sus tesoros. Despues de una larga espera, volvió á aparecer el emira; todo el mundo se levantò para seguirle; no hizo sino mover el tornillo de una puerta que estaba oculta por la tapicería, y de pronto se hallaron en un salon de verano, donde el Pachá permanecia durante el calor del dia, tomaba algunas veces un ligero refrijerio, y fumaba en ceremonial.

Este salon ofrecia un golpe de vista encantador; no se diera mayor magnificencia en casa de nuestros magnates, quienes sin embargo tienen la ridícula pretencion de hallarse bien alojados. Esta habitacion era espaciosa y ovalada, visto que estaba en el centro de uno de

los dos torreones. Seis ventanas ocupaban la mitad de su circunferencia y caian todas hácia el mar. Los tapices que le adornaban eran de azul celeste bordados con cordones y franjas de oro; y el techo representaba un cielo sembrado de amores. El mueblaje de este salon consistia en primer lugar en una doble hilera de arbustos olorìferos, flores y plantas estranjeras, mezcladas con un gusto esquisito. El promedio se hallaba ocupado por un pilon de mármol, en el cual jugueteaban una multitud de peces dorados, y de donde brotaba al mismo tiempo un caño de agua tan cristalina y trasparente que parecia al caer una lluvia de diamantes. Entre el pilon y la doble hilera de flores aparecia un divan circular, en medio del cual y en frente de las ventanas, se elevaba una especie de trono formado con cojines, sobre el cual viérase al Pachá medio recostado.

Luego habeis de saber que este Pachà, tambien alojado, tambien guardado, tambien servido, era un hombre al parecer como de unos cincuenta años, gordinflon, corpulento y colorado como un canónigo, en el tiempo que los canònigos eran colorados, corpulentos y gordinflones. Era natural de la Meca y primo hermano en centésimo grado del profèta, por la union de no se que especie de muger

sobrina carnal de la hermana de la sobrina de la tia del espresado santo profeta. No tenemos nobleza que ascienda tan alto, ni que se aprocsime á aquella ilustre prosapia, ni que se halle tan claramente probada; porque la genealojía que proviene per parte de las mugeres es, á no caber duda la mejor è incontestable.

En consecuencia, Alí-Courchild-Houbby-Babek (este era el nombre del susodicho Pachà, apellidado Mehehoamed à su advenimiento al trono) se creía obligado en ser un fiero musulman. No obstante bebia vino de Chipre, de Porto tambien, y aun de Champagne, pero únicamente por su salud, por órden del facultativo, agisa de medicina, por via de tisana, y el profeta se lo perdonaba y se lo mandaba por la voz infalible del iman de la mezquita; pero bajo la condicion espresa que haria cortar la cabeza á cualquiera que tuviese la audacia de traspasar la ley santa, fuera de la cual no hay salvacion para la canalla; y sobre este punto Mehehoamed era de una devocion tan ríjida, que cualquiera que osase echar sobre su tisana solamente una mirada de codicia veia al instante su cuerpo empalado ó su cabeza enganchada en las estremidades de la reja fatal: asi que el Pachá pasaba à los ojos del pueblo por un hombre rec-

to y severo en punto à costumbre; y el iman de la mezquita quien, por política ó deferencia lo acompañaba en el régimen facultativo bebiendo mucha tisana en su compañía, jamás le diera otro nombre sino el de nieto del profeta y primo del señor.

El Pachá admitía con tanta mejor voluntad estos pomposos y magníficos títulos, cuanto que por otra parte la naturaleza lo habia colmado de todas las cualidades físicas propias para inspirar al vulgo al mayor respeto y una alta consideracion. Su semblante se asemejaba á una vejiga henchida y su encendido color rojizo y amoratado à una fuente de fresas, y su elevado bientre tenia en volúmen dos veces y media la altura de su talla: esto provenia de sus manjares esquisitos, roncaba tres horas consecutivas sobre sus cojines, fumaba quince pipas al dia de perfumes de Arabia, y tomaba, además de su tisana, ocho tazas de café de Moka. Nada tiene pués de estraño que con semejante règimen tuviese el vientre elevado.

Bajo semejante retrato quizá os figurareis que el Pachá de Mileto rubicundo y gordinflon como un monge benedictino seria mucho mas à propòsito para desempeñar el papel de un presidente de las orgías de *Momus*, un

jòvial camarada y cólega del cepìtulo de la *Vestal*, mejor que un dèspota de Oriente, feroz y sanguinario; desengañaos bajo el encontrado vello de su espesa ceja, sus ojillos grises, mirar vivo, ardiente, penetrante, y cuya espresion guardaba alguna genealogìa con la mirada centellante y feroz del buitre, descubria mejor su corazon que todo cuanto yo pudiera deciros; y su enorme cabeza, su ancha y redondeada frente, pero aplanada precipitadamente sobre las sienes, denotaban la dura y fria obstinacion de un entendimiento material y poco despejado.

En tal estado, gobernaba su pachalicato con toda la sagacidad propia de un dèspota. Como era el nieto de Mahoma, el primo del señor, y que por consecuencia no tenia que dar cuenta de sus acciones sino al cielo mismo, con quien el iman de la mezquita arreglaba amigablemente todas sus fechorias, de modo alguno se molestaba para proveerse de cuanto necesitase: llenaba sus arcas, poblaba su harem, y todos los meses hacia ahorcar, dar garrote, decapitar, empalar, y degollar un centenar de infelices para mantener la disciplina entre los demás, impidiendo por este medio que su provincia fuese atacada de la contajiosa enfermedad llamada *gordura*, y fi-

nalizado aquel acto se apresuraba à presentarse en la mezquita para cantar Allah! bebia licores espirituosos, y se entregaba á los voluptuosos placeres con sus esclavas que temblaban ante su presencia como infelices víctimas que suben al cadalso esperando la ejecucion de su funesta sentencia pero que finjian adorarlo y bailaban como silfidas para distraerle, pues de lo contrario hacia crujir el látigo por sus grandes eunucos negros si ellas no conseguian reanimar sus potencias adormecidas por la saciedad de los placeres. He aquì lo que se llama reinar.

Asi que la comitiva hubo entrado en el salon de verano, donde el Pachá se hallaba medio recostado sobre su trono de cojines: acababa de desayunarse: terminaba con el venerable iman la octava botella de vino generoso desde el rayar del alba; al propio tiempo aspiraba al través del cañon de una pipa de cristal, de hechura encorvada como si fuese una trompa de caza pero veinte y cinco veces mas larga, el humo de un perfume mezclado de ambar y mirra: á su lado permanecian sentados, sobre cojines menos elevados, el *odabachí* de su guardia; un titiritero indiano, que se mantenia pegada à su persona como si fuera un mono haciendo jugar por el

aire tres naranjas al rededor de su cabeza; el verdugo, teniendo unas barbas tan pobladas como las de nuestros zapadores y los brazos dasnudos como los de nuestros carniceros, y dos negrillos chicuelos igualmente desnudos, que sostenian su pipa derramando en ella de cuando en cuando olorosos perfumes ó atizando el fuego para mantener un agradable calor, cuando el Pachà cesaba de fumar para beber el rancio Siracusa en cuyos sendos tragos lo acompañaba el iman. Ante ellos y al lado opuesto de la fuente, media docena de músicos árabes ejecutaban una sinfonía tal cual endiablada, compuesta de panderetas, campanillas y flautas, y una especie de clarin cuyos sonidos se asemejaban á los bramidos de una vaca. No obstante, aquella sociedad parecia esperimentar un vivo placer con aquel charivarí, muy parecido á las cencerradas que se prodigan à ciertos diputados ministeriales cuando regresan á sus provincias; ó si se quiere mejor, á un gran maullido de gatos con acompañamiento de ladridos de perros. El Pachà hizo una seña á la comitiva que se detuviera un momento y que esperasen el final de la sinfonía para acercarse á su trono. Isidoro se apsovechò de aquel momento para observar los sitios y los personajes; para re-

cojer sus ideas, componer su semblante, dirijir sus ademanes y armarse de toda la sangre fria de que fuera capaz. Sujetaba fuertemente con la mano á Theléna, pero se hallaba demasiado absorto para dirijirle la palabra; por que al través de su tupido velo, habia ya notado en el acto, las seis ventanas que caian hácia el mar; y no pensára en otra cosa, caso de que fuese posible, sino en arrojarse por una de ellas con su valerosa amiga, por mas elevacion que tuviesen y de salvarse á nado.

—No tengo que decir sino una palabra à Theléna, dijo para sì, y estoy seguro que harà todo cuanto yo quiera.

Y tenia razon, la pobre niña era suya de cuerpo y alma.

Al hacer todas estas reflecsiones, y recorriendo con la vista ya el salon ò bien la concurrencia, reparò en un rinconcito, al gefe de los guarda-costas, quien, tambien esperára el permiso de levantarse. El aspecto de este cobarde malvado ecsitò de tal modo su furor que poco le faltó para que se le abalanzase á su cuello: pero la reflecsion lo detuvo temeroso de que convencidos de su verdadero seeso lo separasen de su amante.

Al fin terminò la sinfonía: el iman, el edabachì, el verdugo, y el titiritero se le-

vantaron, postrándose hasta el suelo en forma de saludo, levantando cada cual ambas manos y salieron del salon por una gran puerta que al instante se cerró tras ellos; los músicos habian desaparecido anteriormente; los dos negrillos fueran los que únicamente permanecieron con el objeto de conservar el fuego de la pipa. Casi el punto el viejecito eunuco patizambo, que era nada menos, el gobernador del harem, cojiò à Isidoso y Theléna por la mano, y los condujo hasta los piés del trono del Pachá. Los otros dos eunucos los habian seguido, y el gefe de los guarda-costas tambien se habia aprocsimado, pero permanecia detrás del Pachà. Este déspota, sin soltar la pipa de su boca, sin hacer el menor movimiento sobre sus cojines y con aire de la mayor indiferencia, hizo una seña para que descubriesen el rostro á las dos muchachas, meneando la cabeza como si manifestase que abrigaba poca esperanza: el vandido guarda-costas se sonreia por el contrario en sus mismas barbas con un aire triunfante. El eunuco gordo y el eunuco delgado alzaron ambos velos, y las dos bellezas griegas de las que, una de ellas, fuera nada menos que un gallardo parisiense, quedaron espuestas à las miradas lascivas del Pachá.

Theléna, con la vista inclinada y tan pronto pálida como colorada, el seno palpitante, y en una terrible agonía, miraba hàcia el suelo, y parecia que la agitaba un temblor convulsivo. Isidoro, por el contrario, en quien la cólera, y no sè que especie de vergüenza abrigaba, en pasar por una muger, se hallaba esento de toda especie de temor, fijaba atrevidamente sobre el Pachá unas miradas llenas de fiereza; un vivo encarnado coloreaba sus anacaradas mejillas, sus ojos azules, naturalmente dulces, y afables, inflamados con el fuego de la indignacion, brillaban con un resplandor que los hacia aparecer magnìficos, y su rubia cabellera, atemperando la espresion de su rostro que sin esto hubiera parecido demasiado animado, hacia verdaderamente que su cabeza fuese un modelo de belleza.

El Pachà cuyos ojos vivos y penetrantes se fijaron inmediatamente sobre él, se alzó con rapidez, la pipa se escapò de sus lábios y fué á caer sobre la nariz de uno de los negrillos; de un puntapié hizo rodar la copa de cristal, llena de vino de Porto que el otro negrillo le presentaba, creido que no fumando ya mas, tal vez quisiese beber: contempló durante dos minutos la soberbia muchacha rubia; y el fuego rápido como la chispa elèctrica de repentino y

violento amor, tal cual se siente bajo el cielo abrasador de la Arabia coloreò su frente y su mirar saltaba de alegría bajo sus grises y velludas cejas.

Sin embargo, Isidoro siempre alerta, atribuyendo la accion, el silencio, el ectasis del Pachá à motivo muy diferente que la atencion de que era objeto, creyendo su secso reconocido, el fraude descubierto, y aguardándose ver estallar la mas terrible tempestad, se preparaba á manejar los puños ò las piernas á saltar por la ventana, apoderarse de un arma, y finalmente, defenderse como un desesperado, sus temores hacian que naturalmente fuesen sus miradas mas vivas, sus ojos mas espresivos, mas animado el color de su tez; seguia con la vista y ademanes todos los movimientos del Pachá: éste no estuviera menos atento: ambos se dirijian alternativamente y al mismo tiempo miradas prontas, inflamadas y ràpidas; de suerte que se asemejaban á dos gallos prontos à pelearse, y que se observan y se desafian antes de arrojarse uno contra otro.

Hasta este momento Mehehoamed enajenado por la belleza baronil, vigorosa, y atrevida de la jóven de rubia cabellera no habia aun fijado su atencion en la ninfa de cabellos castaños, aunque ciertamante bien hubiera

podido tomarse este trabajo. No obstante, como se trataba de comprar las dos esclavas, aunque el Pachá Alì-Courchild-Houbby-Babek se hubiese súbitamente enamorado de Isidoro, cuyas miradas parecian prometer à su pasion embrutecida un torrente de delicias del paraiso del profétа; era sin embargo necesario, casi indispensable, que ecsaminase tambien algo mas de cerca la otra jóven beldad destinada igualmente á sus secretos placeres. Pero ah! confusa y temblorosa la pobre niña ocultaba su rostro, inclinando la cabeza sobre su seno palpitante, que una de sus manos tapaba con pudor, mientras que con la otra sujetaba siempre á su tierno y generoso amigo; y sin embargo, mas delicada en sus formas, mas esbelta en su talle y toda llena de gracias y atractivos, que Isidoro no poseia, fuera en efecto mucho mas bonita, mas atractiva y mejor preparada para inspirar repentinamente todo cuanto el amor tiene de voluptuoso, pero el Pachà no era sino un ser brutal.

Mandó à uno de sus eunucos que alzase la cabeza de la jóven doncella; al punto se la viò palidecer lo que sin duda fuera una dicha para ella: sus facciones finas, delicadas y puras que respiraban aun la infancia virjinal, poseidas súbitamente por una blancura semejante

y glacial como la del mármol no tenian nada en aquel momento de la belleza material que únicamente pudiera escitar el grosero apetito de un hombre usado por los placeres censuales. Por otra parte, nadie ignora que los musulmanes profesan un gusto muy decidido y casi general hàcia las mugeres altas y robustas cuya constitucion corresponde à la esperanza que solo les hace esperimentar deseos: entre ellos para nada se cuenta el corazon, es mudo su lenguaje: compran el placer á peso de oro: y el amor, este tierno amor que bajo el cielo venturoso de la Europa se reviste por las gracias candorosas de una tierna criatura desnuda y bella como la inocencia, bajo los calores del trópico, en los arenosos desiertos de la ardiente Arabia, se manifiesta como hércules, armado con todo su poder, inflamado de igual pasion, como lava abrasadora el corazon de los leones y de los hombres.

El nieto de Mahoma apartò sus miradas con desprecio de aquel rostro inanimado y pàlido, y del que no comprendiera la seductora belleza; y la encantadora griega, cuya profunda y dolorosa espresion nos hubiese arrancado lágrimas de ternura, ocultó bien pronto su rostro en el seno de su amante.

El abominable gefe de los aduaneros frun-

ció las cejas y echó ràpidamente una mirada de inteligencia sobre el viejecito eunuco patizambo; este, que tenia un interés en el negocio y que además era un astuto bribon que sabia á fondo su oficio, tranquilizó al guarda-costa con una media sonrisa; en seguida acercàndose al Pachá con un aire embelesador, como un judío que trata de vender alguna alaja robada, se puso á perorar con una voz semejante al eco de los patos; y sin abandonar su discurso, tan pronto levantaba uno de los brazos de Theléna para mostrar su talle, tan pronto estendia su larga cabellera, tan pronto alzaba la punta de su tùnica para hacer notar la belleza de su pierna; el impertinente bribon trataba à la encantadora niña á la manera de un mercader, cuando este al hallarse en su tienda deslia y pone de manifiesto una pieza de gènero, à fin de que el comprador pueda admirar su color y tejido. Pero esta pequeña intriga que hacia esperimentar à la inocente niña los colores de la vergüenza, provocaron en mayor grado la indignacion de Isidoro, y ya sus manos estaban prontas à descargar una granizada de bofetones, cuando he aquí que el imprudente eunuco se atreviò á profanar con sus manos ciertos atractivos que un amante apenas se permite asi mismo

entrever. Su impúdico movimiento hizo estallar la tempestad que bramaba interiormente en el pecho del mancebo: Theléna arrojó un grito: esto fuè como un relámpago; y al punto el rayo, bajo la forma de un puñetazo, fuè á caer sobre la cara del eunuco enviandolo á rodar entre las piernas del Pachà.

Despues de un golpe tan terrible, todo parecia perdido: oyòse resonar un grito general; Theléna, suspendida al cuello de Isidoro, esclamaba:

—Van á matarnos!

El eunuco rodó por entre los cojines, ecsalando unos aullidos á la manera de un gato que se ahoga tragando un hueso; su sangre nadaba sobre el mármol, porque Isidoro le habia roto tres dientes y aplastado la nariz. Ensangrentado, furioso, ecsasperado, el eunuco se levantó como un rayo, à la carrera, sacó su puñal, y rechinando los dientes como un mono quiso precipitarse sobre las dos muchachas; pero conforme se quiso hacer hácia atràs para saltar sobre la rubia, el Pachá le asestó un furioso puntapié, que valia por lo menos tanto como el puñetazo de Isidoro, arrojando al desdichado en medio de la fuente. Al punto vieranlo forcejear nadando entre los peces colorados poniendo un jesto tan ridícu-

to que el Pachá se reia à carcajadas hasta el punto de caerse de sus cojines. Al momento, todos los asistentes al acto, eunucos gordos, eunucos delgados, esclavos negrillos, y guarda-costas, se echaron á reir tirándose por el suelo como si les hiciesen cosquillas en los piès; porque cuando el Pachà se rie á mas no poder, seria una insolencia el no imitarlo; y durante este estravagante y burlesco charivarí, que duró diez minutos, Isidoro le decia à Theléna:

—¿Quieres que acogote y aporree á todos estos bribones? quieres que ahorque al Pachà? quieres que saltémos por la ventana?

Y Theléna le respondia estrechándole en sus brazos:

—No, caro amigo, no, todavía no, son en mucho número, te matarian: sin embargo, si así lo quieres, hagàmoslo; indícame la señal y me verás pronta.

A pesar que en el fondo de su alma tuviese muchas ganas de ello, el gallardo mancebo comprendió que seria manifestar demasiada imprudencia, y en tanto que el viejecillo eunuco nadaba, que el Pachá se reia, y que todo el mundo se tiraba por el suelo, se aprovechó de este momento de libertad para estrechar á su valerosa amante contra su cora-

zon, y para besar su frente repitièndole veinte veces:

—Tranquilizate, nada temas, te salvarè, yo te lo juro.

Asi que el primo del señor se hubo divertido bastante con ver nadar en el salon á su eunuco favorito, lo remontaron nuevamente sobre la pila de cojines, le volvieron á llenar su copa de vino de Champagne y le presentaron su pipa que se puso à fumar con tanta gravedad como si en su vida hubiese proferido la menor sonrisa. En seguida sacaron del pilon al encolerizado eunuco poniendo una cara muy risueña por semejante burleta; pero tuvo buen cuidado de no amenazar mas à Isidoro, ni siquiera mirarlo con malos ojos, por que el puntapié del Pachá, del que sus riñones conservaban el recuerdo, no le dejaban ninguna duda del efecto que habia producido en su amo la ninfa de rubia cabellera. Como hàbil cortesano aplazò para otro dia su venganza.

—Antes de que se pasen tres semanas, dijo para sì, esta chica desvergonzada y atrevida me pagarà con usura la pèrdida de mis tres dientes; los látigos de mis eunucos negros no le dejarán ni una tùrdiga de pellejo sobre su cuerpo.

El hipocriton sin secso les sonreia á las dos ninfas prometiéndose interiormente de ahogarlas en el baño así que el Pachá no pensara mas en ellas.

Cuando el órden estuvo restablecido, Mehehoamed mandó á su interprete que les preguntase en griego à las dos jóvenes, su nombre, edad, y patria. Este punto era muy delicado: hubiera sido peligroso el confesar al Pachà que Theléna era la hija de un príncipe griego, de uno de los mas ilustres conjurados cuya cabeza habia sido pregonada por el Divan. Felizmente la pobre niña consultó con la vista á su amigo sobre este particular. Isidoro comprendiò fácilmente que fuera preciso, suceda lo que quiera, ocultar cuidadosamente la verdad sobre este punto, y Theléna respondió temblando:

—Me llamo Edeona, y mi hermana Phalaris; ella tiene veinte años y yo quince; somos hijos de un comerciante de Esmyrna, y nuestros padres se hallan en la Morea.

Despues de pronunciadas estas palabras, se puso muy pàlida: ella habia dicho; *mi hermana*. Ah! cabe esto en lo posible?... Pues así lo habia creido. El Pachà hizo señas al guardacostas que se acercase, le tirò cuatro bolsillos diciéndole con tono feroz:

—Si no me hallo mas satisfecho de estas dos griegas, de las cuales una de ellas me agrada infinito, que de la loquilla que se ahorcò dias pasados à las columnas de mi cama, y que tú me vendistes, te haré cortar las narices, las orejas, y los dedos.

El miserable se prosternó en el polvo, para dar gracias à su amo por su munificencia, y besò la suela de sus chinelas con cuya ceremonia lo pusieron de patitas á la puerta; en seguida, el gran primo del señor despues de haber fijado largo tiempo en Isidoro su penetrante mirada, y habersele sonreido dos veces con una gracía eminentemente otomana le tirò su pañuelo á la cara. Poco le faltò á Isidoro para arrrojarle en cambió al rostro uno de sus borceguies amarillos; pero recordó que por entonces no fuera sina una muchacha y pusose tan encendido como el vino de Porto que el Pachá vertía en su copa, al pensar que iba á verse obligado á representar el papel de *sultana*, y no por mera broma.

—Ya dí fin á mi persona; dijo para sì, voy á ser empalado.

Durante este tiempo, Alí-Courchild-Houbby-Babek hablaba con un aire sumamente misterioso al eunuco *mellado*. Al momento el infame hombrecillo, néutro, se postró casi

hasta las plantas de la favorita del déspota la que visto el quidprocuo que habia tenido lugar, relativo à cierto objeto, tembló al pensar que en semejante actitud el consumado bribon no reparase en sus calzones que tenia debajo: pero ni siquiera pensó en ello y le dijo en idioma griego que Theléna le tradujo.

—Belleza parecida à la luna, cuyas mejillas son otros tantos soles y los ojos otras tantas estrellas; sl sublime Pachà, nieto del profèta, y de quien esta noche gozarás los ilustres favores, te permite que le pidas la gracia que mas te acomode.

Isidoro bien comprendiera que en esto se encerraba alguna retriccion. Hizo contestar por medio de Theléna.

—No ecsijo, no deseo otra cosa sino que no me separen un solo instante de mi hermana, à quien amo mas que à la vida.

El eunuco trasmitiò la respuesta: el Pachà inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y los dos eunucos, el grueso y el flaco, volvieron á echar los velos sobre Isidoro y Theléna.

—Oh hermano mio! mi Isidoro! esclamó la doncella, mira que nos conducen al harem.

—Pardiez! cara amiga, bien lo veo; y no es esto lo que mas me inquieta: pero esta noche! esta noche! que diablos sucederá?

—Esta noche! qué quieres decir? què es lo que haràs?

—He aquí justamente lo que no entiendo, lo que me dá mucho que pensar.... despues de todo.... la casualidad, la fortuna.... sin embargo, esta noche! esta noche! qué diablos sucederá?

Theléna que á pesar de esto lo sujetaba siempre por la mano escuchàbale temblando, pero no lo comprendia; y la comitiva los condujo à ambos con el mismo ceremonial que anteriormente.

13.

Musas, temblad por la estraña aventura que es preciso comunicar á la raza futura.

Despues de haber atravesado una multitud de habitaciones amuebladas con una magnificencie y un lujo propiamente oriental detuviéronse en medio de un corredor y abrieron una puerta que tenia el número catorce, y vieron una pequeña habitacion de una frescura, de una elegancia, de una comodidad seductura y halagüeña, diciendo en griego á Theléna que aquel era el alojamiento particular que debia ocupar en com-

pañía de su hermana, pudiendo por otra parte disponer de todas las salas, galerías y jardines; despidiéronse de ellos diciéndoles que al primer aviso sus menores deseos quedarian satisfechos.

—Theléna mia, escuchame, y al oirme armate de todo valor: es preciso salvarnos; fuera necesario hacerlo así aunque sea fácil ó nò; es indispensable aun cuando fuese imposible, porque en ello va mi vida, y esto es lo menos; pero en cuanto á tí, cara hermana.... oh! nó, nò! cara esposa, va en ello tu libertad, una eterna esclavitud, el horror de pertenecer al Pachá, y morir de desesperacion en esta infame prision.... què! Theléna.... me miras y te sonries!

—Caro amigo, ya no tengo miedo; no permaneceré aquí un instante sin tì.... mientras que tu observabas la altura de los muros del jardin, yo he descubierto à la estremidad de una calle de àrboles un pozo tan ancho y profundo que apenas puede percibirse el agua desde arriba.... es muy cierta la muerte, pronta y segura.

Isidoro palideciò: Theléna por el contrario estaba tan tranquila como si acabase de proferir la cosa mas sencilla del mundo. El gallardo mancebo, envidioso de igualarse en

valor con una niña de quince años, quiso volver á tomar la palabra: mas no pudo hacerlo, Abundantes lágrimas brotaron de sus ojos: su emocion estalló con sollozos y no tranquilizò su espìritu sino despues de haber cubierto de besos las manos y la frente de aquella adorable criatura. No se sorprendiera ella con la viveza de semejantes caricias; las recibia tan á menudo! ni siquiera recordó que tuviesen otro objeto sino el acendrado amor de su amante. Pasados como unos diez minutos de tan dulce y cruel transporte, Isidoro volviò á tomar la palabra, pero fué teniendo á la jòven griega aun mas cerca de su corazon.

—No tenemos pues en perspectiva, y esto en un plazo de algunas horas, mas que la libertad ò la muerte; por consecuencia, nada de eleccion, no haya incertidumbre, no titubeemos. Nos arrojamos desde lo alto de la barraca en medio de nuestros enemigos para sustraernos de semejante peligro: ¿no arriesgamos nuestras vidas supuesto que ibamos à perecer? otro jénero de muerte se presenta aun á nuestra vista; aventurémos otra vez nuestra ecsistencia. Hermana mia, esposa mia, Thelèna mia, no aventurèmos mas que una hora de ecsistencia contra la libertad. Eres de igual modo de pensar que yo? Estamas de acuerdo?

—Siempre: mi alma, es la tuya, mi corazon, está identificado con el tuyo; todo cuanto tu quieras, yo lo quiero tambien; todo cuanto tu digas, estoy pronta á hacerlo.

—El Pachá debe enviar á buscarme esta misma noche....

Theléna se estremeciò.

—Me abandonarás? Estoy perdida!

—Nò!... en primer lugar, no quiero dejarte; despues.... si voy me empalaràn.

—Empalar!... esto te infunde mucho miedo! què cosa es esa?

—Es.... diablos!... es un modo de morir que no tiene sentido comun, atroz, ecsecrable, infame, ridìculo, preferirìa mejor tirarme cien veces al pozo, cien veces é las llamas, cien veces al mar, que dejarme empalar de seis pulgadas. Dime, has visto alguna vez poner alguna liebre en el asador?

—Sí, en el valle, en casa de mi madre.

—Pues bien, lo mismo es.

—Ah! qué horror!!! caro amigo, salvémonos!

—Ciertamente, salvémonos! escucha mi proyecto.

Theléna no respiró ya mas, de tal modo se puso sèria y atenta; únicamente de tiempo en tiempo se estremecia en los brazos de Isi-

doro repitiendo muy quedito:

—Empalar! ah! qué horror!

Por su parte, he aquí lo que el amante decia:

—Esta noche el Pachá debe enviar á buscarme. Hay grandes apariencias, casi certeza, que no será hasta la noche en el instante de acostarse y por consiguiente algo tarde. Nos guardarémos muy bien de esperar semejante momento. No ignoro que al levantarse la brisa de la tarde, es decir, hácia las ocho, al anochecer encierran á las mugeres del harem y las puertas de los jardines, y en semejante momento, cuando hayamos visto desaparecer el sol, al caer el dia, cuando sople el viento y estemos bien seguros de que heyan cerrado todas las puertas....

—Què harèmos?...

—Ves estas dos camas?

—Estas dos camas!... Nos acostarèmos?

—De ningun modo: unirémos las cuatro puntas de las sábanas, las torcerèmos como un cordel, atarémos un nudo corredizo al balcon de la azotea, nos dejarémos caer sujetando ambas puntas en el jardin, quitándolas en seguida y llevándolas con nosotros: llegarémos sin ruido, muy quedito, por temor de los eunucos, á la estremidad del muro de

la derecha encaminándonos por los estrechos senderos que tengo bien observados: treparémos por las espalderas hasta la mitad de este muro: allí las ramas de un àrbol que se halla plantado mas lejos nos ayudaràn à llegar á lo alto; entonces con las sábanas que yo sujetaré desde arriba, descenderás al otro lado, yo, saltaré si no puedo bajar, y en seguida correrémos, nos salvarémos, irèmos.... lo mas lejos que podamos sin detenernos un instente.

—Sí! sí! durante toda la noche!

—Despues de esto, cara amiga, no se lo que harémos ni lo que será de nosotros, pero no podrà acontecernos peor cosa que ser empalados ò tirarnos al pozo.

—Oh! serèmos libres, nunca nos dejarémos uno à otro, tu me amaràs siempre y serèmos felices!

La consecuencia no era muy lòjica; pero era muy propia de su edad.

Ecsaminàndolo bien, su pequeño plan de evasion tan atrevido como sencillo no era verdaderamente ni demasiado estravagante, ni demasiado impracticable; todos hemos visto ejecutar cosas infinitamente mas dificiles y aun mas temerarias, y para niños, para criaturas de diez y nueve y quince años, que no dudan de nada, podian sin tachárseles de locura en-

trevcer el suceso como infinitamente probable; bajo la hipòtesis que tras el parédon, que fuera preciso escalar, no hallarian obstàculos imprevistos. Mas en cuanto á este punto era preciso echarse ciegamente en los brazos de la Providencia; y en cuanto á los otros peligros, à las otras dificultades tales como saltar, trepar, escalar, correr; Isidoro podrá emprenderlo todo con una niña tan animosa y decidida como lo fuera la linda salvaje de la roca desierta, y en su posicion debia hacerlo á todo riesgo. Apruebo pues el plan: mas sin embargo, dudo mucho del èxsito, no porque encuentre en èl nada de imposible y admirable, pero porque he visto rara vez las cosas, aun las mas razonables, terminar conforme se habian preparado y esperado.

Serian como las seis de la tarde: nada podia emprenderse antes de las ocho ú ocho y media. Las dos criaturas, temblorosas, impacientes, palpitantes, se sentaron sobre la otomana, en el pequeño retrete, y allí colocadas entre la libertad y la muerte permanecen enlazadas en los brazos una de otra, se miran, se abrazan, se inspiran valor recíprocamente, repitiéndose mil veces:

—Nos amarémos siempre! jamás nos abandonarémos!

Tan tierna como bella ; tan candorosa como intrèpida la griega de quince años pronta á despreciar la muerte con su dulce amigo, no puede , no quiere arrancarse de sus brazos.

— Quizá vamos á morir , le dijo uniendo sus lábios con los suyos: oh! dame un millon de besos , abràzame quizà por la última vez.

Y ella parecia querer , antes del golpe fatal , agotar todo cuanto su alma encierra de ternura y amor.... y el mancebo , à su vez, á las puertas de la tumba , olvida que debe defender y preservar su corazon contra su propio enagenamiento: agotósele el valor, ya no puede dominar sus deseos , sus transportes ; cede al torrente abrasador que difunde por su seno los besos, suspiros, los enagenamientos de Theléna por la primera vez se atreve à estrechar sus atractivos ; en ellos derrama el fuego de que se halla devorado; resiente y divide su ingenua admiracion , su inocente delirio , y el pudor añade mil encantos à sus transportes.

—Ah! si debo perecer , Theléna , sè mia.

—Siempre! siempre!

—Oh! no te apartes de mi corazon! permite que mis lábios se impriman en los tuyos!

—Siempre! siempre!

Y este corazon, os lo dirè caro lector mio! se encerraba en un pecho de quince años.

No obstante la brisa de la tarde se habia levantado ya; un dilatado rayo purpurino se desvanecia al ocaso; el Oriente se envolvia con un velo de azul sombrío y la decadente claridad del dia apenas iluminaba ya el elegante retrete donde Theléna, medio reclinada en los brazos de Isidoro y sujetàndose con ambas manos suspendidas á su cuello, repetia tiernamente, entre cada beso:

—Siempre! siempre!

La campana de la mezquita dió repentinamente ocho golpes....

—Las ocho! Oh! cielo! amigo mio, ven! apresùrate! salvémonos!

Y tan pronta como el rayo se arrojò fuera de sus brazos y estuvo al instante en pié, colorada, es cierto, de placer y de amor, pero pura tadavìa como cristal de roca.

Isidoro se levantó casi tan de prisa como ella, se golpeò la frente esclamando con voz triste y lastimera:

—Oh Theléna! oh Theléna! partámos!

En primer lugar se dirijiéron ambos al balcon. El viento soplaba con violencia; el eco que producia les fuera favorable; los jardines se hallaban desiertos; en el mismo instante oyeron cerrar todas las puertas; y en pocos minutos la oscuridad iba á ser bastante densa

para escurrirse sin peligro bajo las sombras de los árboles. Por otra parte, el mas profundo silencio reinaba en los corredores.

—Vamos, Isidoro!

—Vamos, Theléna! démonos prisa, atemos las sábanas.

—Sì.... pero no.... espera un momento....

—Por qué?

—Nuestros vestidos nos incomodarán, nos venderán: quitémonos los turbantes, nuestras plumas, nuestras tùnicas....

—Sí, sí! treparémos, saltarémos y correrèmos mas aprisa.

Turbantes, túnicas, chales, plumas, perlas y diamantes ruedan por el cuarto y se pisotean por el suelo: ahora se asemejan á dos jóvenes marineros,

—Estás pronta?

—Y tu? lo estás tambien?

Por única respuesta se arrrojan en los brazos uno de otro.... Llaman á la puerta.... palidecen y no contestan. Llaman de nuevo: dejase percibir el ruido de los pasos y las voces acompañados de un gran murmullo. Theléna azorada quiere echar los cerrojos, arrojarse por la ventana, y huir al instante: Isidoro la detiene.

—No, hermana mia, esto seria perder-

nos: siéntate, aparentémos tranquilidad abriendo nosotros mismos.

Dijo!, abre, y vè entrar al gefe del harem, al viejecillo eunuco patizambo, con la dentadura mellada, estropeados los riñones, escoltado por doce mugeres, de las cuales seis eran viejas, amarillentas, arrugadas y feas; y las otras seis, otras tantas jòvenes negras, que no son bonitas pero que son fuertes y robustas: y al estremo del dormitorio reparó además en cuatro grandes bigardones armados de látigos.... Qué significa esto?

Hubiera podido preveerlo, ya estaban avisados de ello. Venian à buscar á las dos jóvenes beldades para conducirlas al baño, perfumarlas, sahumarlas con mil esencias y prepararlas á recibir los favores del Pachà; porque bien pudiera acontecer que despues de la grande Phalaris tuviese el capricho de ecsaminar algo mas de cerca á la gentil Edeona.

Y no era tiempo de retroceder, no se puede decir que *nó*, no señor, las azotadores estaban presentes.

—Oh caro amigo! què harémos? esclamò Theléna.

—Bañarnos, dijo Isidoro, puesto que asì lo ecsijen absolutamente; despachèmos presto despues nos salvarémos.

—Pero.... añadió ella poniéndose colorada y temblando como la hoja en el árbol, van à repar.... van á saber al momento que no eres mi hermana.

—Diantre!... es verdad.... Pardiez! ni siquiera me acordaba de ello....

—Y qué harás?

—Lo ignoro.... los aporrearé.... los echaré.... ó bien.... à fé mia.... mil diablos!.... verèmos, caminémos siempre, no tengamos miedo, y que no nos abandone la presencia de ánimo.

—Pero.... pero.... ¡ohcielos! ¡oh Dios mio! permanecerè siempre en tu compañia?

Era esta una cuestion à la cual el gallardo mancebo no padia responder; en cualidad de compañera la cosa era probable, pero no era esto lo que mas te inquietaba. En cualquier caso, como la resistencia era imposible y que siempre estaba en tiempo de tomar un partido desesperado, cojió á Theléna por la mano y la pobre niña lo siguió mas encarnada que una grana, conduciéndolos inmediatamente à los baños del harem.

Concluidas estas ceremonias, y separado forzosamente de Theléna, se presentaron doce esclavos para conducirlo á la habitacion del Pachá. Entra y apenas sus ojos pueden dar

crédito à tanta magnificencia, à tanto fausto, á tanto bosto rejio, era el aposento ó dormitorio del Pachá, y el mancebo inmóvil, pudoroso, como una doncella, miraba ante sí lo que tù bien comprenderás, lector mio.

Era el Pachà gordinflon, de atezada tez, mirar penetrante, recostado descuidadamente sobre un lecho mas blanco que la nieve en cuyos cuatro estremos viéranse cuatro columnas doradas que soportaban un dosel de terciopelo carmesí con franjas de oro. Mehehoamed se hallaba medio vestido y medio desnudo lo que le hacia parecer ni mejor mozo, ni menos feo. Apoyado sobre el codo y sostenido por diez cojines fumaba en una larga pipa, de la cual se ecsalaba aquel olor delicioso de ambar, mirra, y rosas, que perfumaba su lecho. La habitacion se hallaba iluminada por una clase de bujías cuya llama rodeada con tupida gasa no derramaba sino una suave y misteriosa claridad, y la celeste armonía que reinaba para preparar el alma con una especie de preludio, provenia de un gran cofre de marfil, que no fuera otra cosa sino un órgano de Berberìa admirablemente construido.

A la cabecera de la cama hallàrase una mesita de raro y esquisito mármol: sobre ella habia tres botellas de Champagne, una copa

de oro sincelado, y las armas, de las que un turco no se separa jamàs, una cimitarra, y un puñal. Estas armas fueron en las que el mancebo reparó primero, y que contempló con radiante alegría; y su mirada pronta, rápida, y animada no hizo mas que dirijirse con la viveza del rayo, del Pachà á las armas, y de las armas sobre el Pachá.

Al aspecto de los peligros que le amenazan y no pudiendo desechar de su imaginacion á su tierna amante, à su Theléna, à su amiga, à su esposa, toma prontamente su partido y abalanzàndose al Pachá que se hallaba medio embriagado con las oblaciones del dia; derrìbalo por el suelo, atalo con su propia faja á una de las columnas de su cama, forcejea para desembarazarse de la ferrea mano que lo sujetaba y habiendo conseguido taparle la boca echàndole por cima varios cojines, principia por desnudarse de sus mugeriles atavios y endosarse los suntuosos ropajes del Pachá; cuando he aquì, que un ruido repentino, violento, terrible, se deja oir por todas partes. Son gritos tumultuosos: tropas que marchan al compas de tambor: un choque de armas mezclado con pasos precipitados: las trompetas resuenan sobre las torres del palacio, las campanas tocan á vuelo por toda la

ciudad, cruje el cañon.... qué habrá acontecido? atacarán quizá la ciudad?

Isidoro vuela á la ventana, ¡oh cielo! el mar está cubierto de navíos! las baterías de los fuertes disparan en todas direcciones.... escalan los parapetos del muelle.... Mas que objeto lo hace estremecer, ponerse pálido, colorado, y arrojar un grito de alegría? Es el pabellon griego, que al resplandor de las teas acaba de reconocer: sí, es el símbolo de la libertad, de la gloria! No piensa en mas sino en acabarse de poner los vestidos del Pachá: bástale una espada y romper las puertas.

Pero al instante acude en todas direcciones: distingue los pasos, las voces, los gritos de una multitud de personas que se precipitan hácia el aposento del Pachá.

—Qué he de hacer? Sin duda son los gefes los comandantes, las guardias del palacio.

Está perdido si lo sorprenden....

—Valor! dijo desenvainando la cimitarra que era una magnífica hoja de Damasco: sí!... valor! pero tambien un poco de maña.

La multitud que acudia estaba ya à la puerta del aposenso: Isidoro se pone á escuchar.... llaman. En lugar de responder, corre presuroso à apagar las cuatro bujías encendidas. Los golpes se redoblan à la puerta llamando al Pa-

chà á grandes voces: este ronca, como un franciscano, el gallardo mancebo que está bien cierto que al cabo concluiràn con derribar la puerta, permanece quieto en un rincon, pronto á tomar la fuga, cuando he aquí que aquel gentìo se presentò ante sus ojos.

No habia calculado mal: pero la reunion era mas numerosa de lo que èl creia. Al cabo de algunos minutos de inútil vocingleria derribaron la puerta saltando en mil pedazos; una multitud de hombres armados con sables, mosquetes, y puñales, se precipitan en la habitacion, eunucos, criados, verdugos, titiriteros, todos los empleados del palacio, entran y siguen mezclados con los guardias. Los unos venian á buscar al Pachá, los otros á Phalaris, y todos esclamaban en idioma turco:

—Socorro! los griegos! han tomado la ciudad!

Todo el mundo esperaba encontrar alumbrado el aposento: pera aquì es ella: Isidoro con la vista serena ha seguido el movimiento general: aquel tropel de gente consiguió entrar; gritan, se admiran, se agitan, nadie vè lo que hace y aprovechando tan favorable ocasion, lanzase fuera del aposento, atraviesa la puerta, vé una galeria y corre à mas no poder. Felizmente una làmpara que pendia del

techo le hace descubrir al estremo de ella el número catorce de fatal recuerdo. Un vago presentimiento detiene sus pasos, decidese á penetrar en su primetiva habitacion, y ¡oh cielos! al abrir la puerta el primer objeto que reparan sus ojos es Theléna profundamente dormida en una magnífica otomana.

—Theléna! hermana mia! al fin vives! respiras.... oh! soy yo quien te habla, despiértate!... soy yo!... querida mia, no reconoces mi voz? no sientes mis dulces caricias? hermana mia! ¡oh cielos! qué tienes? qué haces, esposa mia?

La pobre niña despièrtase pero fuera de simisma en una horrorosa crisis con el delirio de la desesperacion, habia recobrado la vida, mas no la razon. Se habia tirado al suelo, y sintiéndose abrazar, creyéndose entre las manos de las esclavas repelia à Isidoro forcejeando para escaparse de sus brazos, tendiendo siempre sus manos hácia la puerta y esclamando ya en griego, ya en francés:

—Oh! dejadme! en nombre del cielo os suplico que me dejeis.... està en el aposento del Pachá.... no lo sabeis?... es Isidoro, mi marido, mi hermano, es mio! y lo matan!... es preciso que yo lo vea, que muera tambien con él!...

Estas palabras, estos gritos, estos acentos, derramaron al momento un rayo de luz sobre la imaginacion del mancebo: ah! él fuera únicamente el objeto de aquel espantoso delirio. Esta criatura tan tierna, esta doncella tan valerosa, hubiera acaso perdido para siempre la razon?... Y cómo llevársela en aquel estado? de qué manera la salvaría?... el ruido aumentaba: el peligro se hacia cada vez mayor: y en aquellos críticos momentos quiso la suerte que Theléna reconociese á su amante por sus amorosos acentos. No habia que titubear, un acto desesperado pudiera únicamente salvarlos, y así fué que sin mas detencion se arrojaron ambos por la ventana, llegaron felizmente al jardin, escalaron su muro y sin mas lesion, sin otrro accidente, llegaron á una estensa llanura donde la casualidad ó la divina Providencia les proporcionó un soberbio corcèl que atado á un árbol pacia mansamente: apoderarse de él y montarlo todo fué obra de un instante: echan á correr por aquella inmensa llanura absortos de enagenamiento.

Al corto tiempo de su carrera divisan una dilatada línea de tropas; mas, ¡oh cielo! sus ojos no pueden dar crédito á lo que ante su vista se presenta: el pabellon griego ondeaba

en las filas de aquellos combatientes: el gozo de los dos jóvenes no tuvo límites.

—¡Oh! Theléna mia, estámos salvos, le dijo Isidoro con la mas viva alegría, alcancémos las filas de nuestros hermanos.

—Soy griega, decia Theléna al gentío, pasmado de admiracion, que los rodeaban silencioso; soy griega, y mi hermano, mi esposo, mi libertador es francés!

—Pronuncia el nombre de tu padre, le decia Isidoro, diles que tu eres la hija de Palamos.

En efecto, iba à pronunciarlo, cuando tumultuosos gritos atraviesan aquel gentío que se entreabriò para hacer paso á unos guerreros que se precipitaban en medio de aquella masa compacta de espectadores: no oyéranse mas que los gritos sorprendentes mil veces repetidos:

—Theléna!... Isidoro!... es él, es ella!

Isidoro y Theléna sorprendidos, admirados; se estrecharon en los brazos uno de otro, igualmente afectados por un sentimiento de temor y de alegría; sus corazones saltaban de gozo; aquellos ecos de voces les parecian conocidos, mas no tenian tiempo de coordinar sus ideas: su imaginacion parecia fluctuar en el caos del sueño: y aquella especie de atardi-

miento duraba todavìa, cuando ambos se sienten rodeados, estrechados en brazos estraños, y á pesar de sus esfuerzos separados uno de otro, arrancados de la silla del caballo y llevados en medio de los gritos y transportes de alegría.

Asombrada de verse arrancada de los brazos de su amigo, Theléna arrojó un grito de desesperacion y quiso forcejear con sus raptores.... pero otros làbios estrechaban los suyos, otro corazon palpitaba sobre el suyo, otra boca besaba sus mejillas.... La seductora doncella se hallaba en los brazos de Ataxilo y Polidoro. Su horroroso grito se cambiò en amoroso eco, arrojòse al cuello de sus dos hermanos, y casi desmayada de gozo permaneciò sin movimiento sobre el fraterno seno. En un abrir y cerrar de ojos desapareció en medio de la multitud que corriendo gritaba:

—Al puerto! al puerto! allì está.

A distancia de diez pasos pasaba otra escena no menos viva, no menos estraña; Isidoro estrechado, envuelto, arrastrado por todas partes no viendo mas á Theléna y estremecido de furor se abalanza con ambas manos à la garganta de los dos hombres vigorosos que lo estrechan cada vez mas de cerca.... Cielos!... los sujeta y los mira.... es Pablo, es

Roberto! ya no son gritos ni gemidos, sollozos, los que resuenan.... hermano mio!... amigos mios!... vives!... tú respiras!... que milagro....

Qué podré decirte mas, lector mio? ah! nada, esta escena no puede describirse. Se hallan unidos, estrechados, enlazados, no forman sino un solo cuerpo; los griegos, admirados, se imaginan que se baten, que luchan, que pelean.... se abrazan, no ven, no oyen, no sienten nada, permanecen por largo tiempo abrazados, y una multitud de franceses los rodean, testigos silenciosos de aquella tierna escena.

Asi que recobró el uso de sus sentidos, que admiracion, que alegría!... todo cuanto le rodea es francès! oye pronunciar su idioma, reconoce el uniforme de la guardia inmortal, vé flotar sobre su cabeza la bandera nacional, afectado de amor y de respeto cae postrado de rodillas, pero se levanta repentinamente, se abalanza, apodérase del sagrado estandarte estrechándolo á la vez sobre su corazon y sus làbios.

Tenialo aun estrechado, y sus plantas apenas tocan el suelo. Del mismo modo que Theléna, cuatro vigorosos brazos lo habia arrebatado: y durante este tiempo los griegos se

alineaban nuevamente ocupando sus filas respectivas y marchando en buen órden para atacar la ciudad!

Al fin triunfó la libertad sobre el depotismo, los griegos fueron vencedores destrozando al ejército turco y quedando hechos prisioneros el Pachá y la guarnicion de su palacio.

El corazon del gallardo mancebo latìa fuertemente; muchos derechos tenia adquiridos sobre Theléna; pero el héroe griego era un príncipe y él no tenia mas títulos sino el ser hijo de un valiente ciudadano. Pablo y Roberto de quienes dirémos, aunque sea de paso, pue salvados de su naufragio por las mas milagrosas circunstancias y reunidos con la escuadra griega se dieron á conocer del gefe por dos voluntarios del batallon sagrado, ocupando pronto por sus elevados tolentos un puesto distinguido entre aquellos valientes, habian asistido à todas las acciones y el general recompensò prontamente su valor dàndoles á cada uno el mando de una pequeña division. Por aquel entonces componian parte de la espedicion contra Mileto.

Isidoro vistió el uniforme, francés, de uno de sus amigos, é impaciente por ver á su adorada Theléna, suplicó à Roberto y Pablo, lo

llevárán á la tienda de Palamos, apresuráronse sus amigos á satisfacer los vehementes deseos de Isidoro, acompáñanlo al aposento del general.

Entraron.

Palamos se hallaba rodeado de todo su estado mayor. A su aspecto levantóse un grito general, y cada cual hizo un movimiento como si quisiesen lanzarse para admirar al intrépido hèroe de tan estraordinarias aventuras. Pero Palamos cuyo semblante imponente y noble intimidó por un momento al jòven Isidoro, se adelantò el primero, y por respeto todo el mundo le hizo lado.

Contempló fijamente á Isidoro durante algunos momentos, gruesas lágrimas surcaban sus mejillas, sus lábios temblaban, pero una sonrisa de alegría animaba su rostro, y su calva frente aparecia radiante y colorada. Ante todo, por el respeto y la veneracion, Isidoro hizo un movimiento para postrarse à sus plantas; pero el héroe griego lo detuvo, lo rodeó con sus brazos y lo estrechò contra su pecho arrojando un hondo suspiro, y con una voz conmovida por la alegría y la gratitud le dijo:

—Todo lo sé, mi hija me lo ha dicho todo Estoy destinado á deber à tu pais toda mi fe-

licidad!... Franceses! añadiò volviéndose hàcia los que habian acompañado à Isidoro: despues de mi patria y la libertad, mi sangre y mi vida os pertenecen para siempre: podeis disponer de ella.

Conforme acababa de pronunciar estas palabras en medio de las mas vivas aclamaciones, los oficiales griegos y franceses, se abrazaban con enagenados transportes.

Ataxilo, Polidoro y algunas señoras griegas que habian acompañado á sus maridos en aquella espedicion, presentaron á Theléna vestida y ataviada segun debia serlo la hija de un general y de un prìncipe. A la vista de Isidoro, con uniforme francés, no pudo contener un grito de sorpresa; nunca apareciera tan hermoso á sus ojos: casi estuvo al punto de volar á sus brazos; mas miró á su padre, sin manifestar por esto el mas pequeño temor. Palamos no hizo mas que sonreirse inclinando un poco la cabeza, y la jòven doncella con toda su candorosa viveza se arrojó al cuello del hermoso oficial esclamando, sin pensar que mil testigos la observaban:

—Oh! soy tuya para siempre! puedes darme el tìtulo de esposa! mi padre consiente en ello!

Viérase al instante á Isidoro postrarse à

los piés del príncipe y arrojarse à los brazos de Ataxilo y Polidoro.... Despues de tan dulce momento, ah! bien puedes creerme, lector mio, se ha cojido la flor mas hermosa de la vida.

CONCLUSION.

Tres meses se habian pasado desde el momento en que hemos cerrado el último capítulo. Finalmente, un momento de reposo sucedió á tantos trabajos coronados por tanta gloria; y ahora, sobre un hermoso buque de la compañía inglesa, Palamos, la hermosa Theléna, siempre candorosa y tierna, Isidoro, Pablo y Roberto, bogavan viento en popa, pasaban felizmente el estrecho de Gibraltar, entraban en el océano y se encaminaban á Inglaterra para ver y abrazar una esposa, una madre, una querida, ami-

gos, deudos, conocidos, y saborearse con todo lo que el corazon puede inspirar de alegría, gozo y felicidad.

Ataxilo y Polidoro se habian quedado en Grecia: todo habia esperimentado un cambio notable y ventajoso: la libertad acababa de fundar en ella un gobierno sàbio y prudente, los peligros que habian contribuido para alejar à Amélia de su suelo, no ecsistian ya, y Palamos habia resuelto el traer nuevamente à su esposa.

Isidoro y Theléna, siempre amantes, todavìa hermanos iban à cambiar estos títulos cariñosos por otros mas dulces todavìa. En presencia de su madre queria Theléna verificar su enlace con su generoso libertador.

Pablo y Roberto no eran ya unos aventureros. El primero, se habia distinguido por un valor á toda prueba: el segundo, por grandes talentos: y ambos obtenian un mando bajo las inmediatas órdenes de Palamos. Estaban poseidos de un noble orgullo al presentarse de nuevo cubiertos de glorias, rodeados de estimacion ante su noble amigo el filósofo Ohrwart; y el corazon de Pablo se estremecia veinte veces al dia, al pensar en su tìmida y candorosa Julia, en la admiracion, en la elegrìa, en todo el amor que iban á manifestar sus

bellos ojos, risueños, placenteros, amables y tiernos como su hermoso carácter.

—Ah! decia á Isidoro, no es verdad que mi Julia tiene no sé qué especie de semejanza con tu bella Theléna? no es verdad que su mirar es tan cariñoso como el suyo, que su sonrisa tiene el mismo encanto irresistible, su voz el mismo acento amoroso, y todos sus movimientos, aquella gracia que hace que nuestras queridas sean las mas lindas y bellas del mundo?

—Sí, sì, respondió Isidoro. Mil veces lo he observado al contemplar á mi Theléna: no se parecen, y sin embargo cualquiera creeria que son hermanas.

—Lo seràn! esclamaba Pablo; y se abrazaban tiernamente.

Roberto no aspiraba mas sino á ver un pueblo libre; su corazon, menos tierno, pero no menos heróico, era igualmente feliz.

Al fin, llegaron; varias cartas los habian precedido; se les esperaba con impaciencia; todo el mundo estaba en el muelle....

No, no trataré de describiros momento tan delicioso! que vuestro corazon se haga cargo de semejantes sensaciones!

Nadie habia recobrado aun su sentido, su cabeza, su razon; viéranse todavía en un lado

à Pálamos, à Amélia, á Theléna y á el anciano, enlazados, unidos, estrechados; en otro, sentada una bella señora: esta era milady Clarans, teniendo medio sentada en sus ròdillas à una jòven casi tan bella como Theléna que lloraba, se ahogaba de alegría, y postrados à sus piès, tres bellos oficiales que besaban sus mados y sus vestidos. En medio de todo esto y como contraste de semejante grupo presentárase un hombre grave, sério, y silencioso, que se frotaba las manos y que decia muy quedito:

— *Ser bono! esto ser mucho bono.*

Mas esto no es todo, caro lector mio; en un tercer rincon permanecia un anciano de venerable calva, vestido à la antigua asanza y apoyado en un baston de rico puño de oro quien con una dulce emocion contemplaba todo aquello enjugàndose una làgrima que se desprendia de sus ojos.

De repente la buena y candorosa Julia esclamò:

—Oh! caro Pablo mio, si tu supieras!...

Y alejándose de los brazos de todo el mundo corrió à echarse á los piès de aquel anciano que no proferia una palabra. Casi al punto y á un tiempo mismo, la esposa de Palamos, Amélia, voló tambien hàcia èl, y se

apoderó de su mano cubriéndola de respetuosos besos.

—Quien será pues este caballero? decian los tres jóvenes.

—Mi padre! mi padre! respondieron á la vez Julia y Amélia....

Juzgue cada cual de la admiracion que esto les causaria.

El lord Ohwart cojió entonces por la mano á aquel anciano lo presentó á la concurrencia y dijo:

—Señores, amigos mios, aquí teneis al marqués de Almaviva.

Cada cual arrojò un grito de sorpresa y milord esplicó en breves palabras lo que sigue:

El desgraciado marqués engañado vilmente por el hombre de confianza, creyendo haber perdido su hija volviò á contraer en Alemania donde se hallaba emigrado, segundos lazos y de cuyo matrimonio tuvo una hija. Regresó á Francia bajo un nombre supuesto y al poco tiempo muriò su esposa que se hallaba criando una niña. Habiendo sido descubierto por el hombre infame que alevosamente quiso vender á Amélia; denunció al marquès como conspirador contra el primer cònsul Bonaparte. Avisado à tiempo el marqués por su

fiel lavandéra tuvo que huir por los tejados abandonando nuevamente el fruto de su himeneo; y en tal estado aquella caritativa muger viendo la orfandad y desvalimiento de la criatura, se hizo cargo de ella, la criò, la educò y la enseñó el oficio de florista: al cabo de poco tiempo la parca inecsorable le arrebató tambien tan cariñosa y tierna protectora. He aquí toda la historia que milord Ohwart supo en la calle del Puente de las ciervas.

La llegada de Amélia à Lòndres en casa de lord Ohwart, derramó de repente un rayo de luz en medio de aquellas tinieblas. El marqués, viudo por segunda vez y habiendo perdido otras tantasá sus hijas, espulsado de Francia, vivía en Inglaterra retirado, triste y desdichado. Supo por los papeles pùblicos la llegada de Amélia; por igual conducto se enterò de una parte de su historia; concibió estrañas sospechas, acudiò à casa de lord Ohwart y reconoció á su hija.

Julia presenciaba todas estas entrevistas; era jóven, interesante y bella; tratóse tambien de su pequeña historia: y siguiendo el hilo de la narracion, se pudo sacar en claro que el marquès era tambien padre de aquella niña. Como poseia cuantiosos bienes de fortuna, Julia llegò á ser una gran señorita, una jóven

muy interesante y un escelente partido. Una docena de *apuestos donceles* pidieron su mano, pero ella pertenecia á Pablo; se la guardaban para èl, y la bella milady Clarans habia prometida no entregarla à nadie mas que á su amigo.

Entonces cada cual bendijo à la Providencia, despues dieron suntuosos combites, magnìficos bailes, fiestas divertidas. Julia era la hermana de la princesa de Palamos, tambien era marquesa, pero siempre permaneció modesta y virtuosa como cuando despojada de estos dotes era únicamente florista. Theléna era pues su sobrina.

Se verificaron dos magnìficas bodas. Todo Lóndres quiso festejar á la noble familia griega en seguida transcurridos que fueron tan hermosos dias, consagrados á los placeres, la felicidad, al amor, à la amistad, à la gratitud; el deber y el honor dejaron percibir su eco severo.... nuevas làgrimas se vertieron á las plantas de lady Clarans y en los brazos de milord Ohwart, pero se pronunciò el juramento de volverse á ver, y los nuevos esposos, sus parientes, amigos, el buen anciano amigo de Palamos y el abuelo de Theléna, todos juntos partieron para la Grecia.

¡Id pues, nobles guerreros, encantadoras

mugeres, padres virtuosos! Ojalá que el cielo os conceda una dichosa navegacion, y que vuestras miradas descubran prontamente, sobre el antiguo suelo de una odiosa esclavitud, la gloriosa enseña de la libertad!

FIN.

BIBLIOTECA ECONÓMICA

POPULAR.

Se publica en Cádiz un dia sí y otro nó un pliego.

PROSPECTO.

TERMINADA ya la publicacion de la linda novela ***Theléna, ó el amor y la guerra***, y agradecido el editor de la *Biblioteca económica popular*, á la buena acogida que obtienen sus publicaciones, dará á continuacion la última produccion del célebre y festivo *Paul de Kock*, ***El amante de la Luna***, publicada y acogida en Francia con el mayor entusiasmo en el presente año; y traducida con todo esmero por el jóven D. José Ignacio de Michelena.

A pesar de los crecidos gastos que ocasionan estas publicaciones, el precio será siempre el de *¡dos cuartos pliego!!!* ya sean originales ò ya traducciones. ¿Y quien habrá en el

mundo civilizado, en el orbe literario, que se abstraiga de emplear tan diminuta cantidad? ¿Quien verà con indiferencia el que salga una entrega de esta magnífica novela y no vaya à su poder y todo por no deshacerse de *dos cuartos*, ó mas bien de nada, porque *dos cuartos* y nada es una misma cosa: son dos espresiones que se identifican.

Esta novela constarà de cuatro à cinco tomos, en razon al pequeño tipo que se emplea en esta Biblioteca.

Condiciones de la suscricion.

En Cádiz, dos cuartos el pliego, pagados en el acto de recibir cada uno de ellos.

En las provincias recibirán los señores suscritores los tomos encuadernados, no teniendo que abonar por ellos mas que á razon de tres cuartos pliego, cuyo esceso es el costo del porte.

Los suscritores de S. Fernando, Puerto de Sta. María, Jerez y Sanlúcar, solo abonarán por cada pliego diez maravedís.

Los suscritores que prefieran al recoger los pliegos en los puntos de suscricion, el que se les

lleven á sus casas, abonarán al repartidor 1 real al mes.

OBRAS DE FONDO DE LA CASA DE ARJONA.

Una revolucion en Venecia, original de D. J. de Arenas, un tomo 7 rs.—*Paulina Butler*, original de Vergne, traduccion de D. A. Guerra, un tomo 4 rs.—*El Aventurero Castellano*, original de D. Gabriel Sanchez de Castilla, 4 tomos 28 rs.—*Cláudio Lepetit y su mono*, por P. Jacob, traduccion de D. J. Enriles, 4 tomos en dos volúmenes 14 rs.—*Las visiones del castillo de los Pirineos*, por A. Radcliff, traduccion libre al castellano, 5 tomos 35 rs.—*Alhi de Tebelen ó la destruccion de Gardiki*, por E. Sué, traduccion libre de E. Polanco, un tomo 6 rs.—*La Rosita, ecos de Castilla*, originales de Mr. Balzac, traduccion libre de E. Polanco, un tomo 6 rs.—*El marqués de Pombal*, novela histórica escrita en francés por Robert, traduccion de D. A. Guerra, un tomo 8 rs.—*La hija de Abenabó*, original de D. J. Arias Bela, un tomo 6 rs.—*La hija del Pirata y el Guante ensangrentado*, un tomo 6 rs. —*Maria Luisa de Orleans, reina de España y*

esposa de Cárlos 2.°, traduccion de D. J. Enriles, 3 tomos 18 rs.—*Un seductor*, original del jóven Bello y Chacon, un tomo 8 rs.—*Martin el espósito*, por Eugenio Sué, 8 volúmenes 48 rs.—*Theléna, ó el amor y la guerra*, por Victor Ducange, 2 tomos 14 rs.

Puntos de suscricion.

Cádiz: librerias de Hortal, Vidal, Nuñez, Moderna, Vazquez, Mayano, y en su imprenta, calle de la Torre, esquina á la de los tres Hornos.—S. Fernando: García.—Pto. de Sta. María: Valderrama, Bermudez y Paredes.—Jerez: Puitgener.—Sanlúcar: Esper.—Sevilla: Santigosa.—Y en todas las principales librerias del reino.

AVISO.

El 1.° de Setiembre próximo, saldrá la segunda entrega del tomo segundo de la interesante novela *El huerfano errante*, el que seguirá publicándose hasta su conclusion.

7,00
2 tomos e 2 vol
pasta española

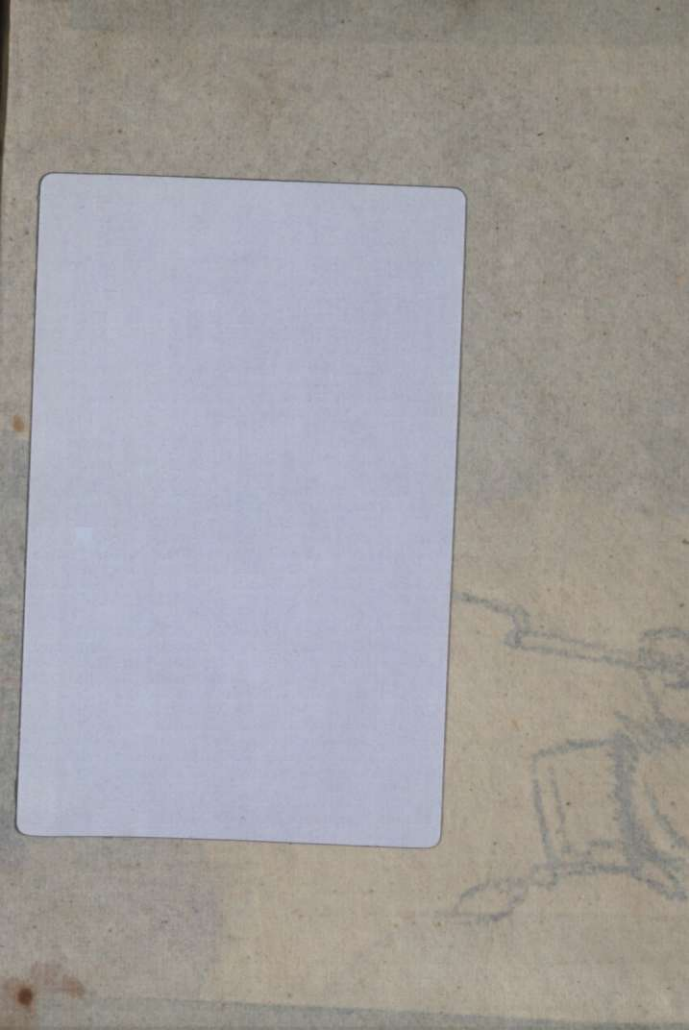
— LU1
— S XIX
— AN
— CAD
— OF1

[illegible]

[illegible] de Cádiz [illegible] independencia de España, 3 tomos 18 rs. [illegible] original del [illegible] 8 rs.—Marion el [illegible], por [illegible], 2 volúmenes 18 rs.—*Thelyna* [illegible] y la guerra, por Victor Du[illegible], 2 tomos 12 rs.

Puntos de suscricion.

Cádiz: librerías de [illegible], Vidal, [illegible], [illegible], [illegible], [illegible], y en su imprenta, [illegible] la [illegible] los tres [illegible], [illegible] [illegible], de [illegible] [illegible], [illegible] y Paredes.—Jerez: [illegible].—Sanlúcar: [illegible].—Sevilla: Santigosa.—Y en todas las principales librerías del reino.

AVISO.

El 1.° de Setiembre próximo, saldrá la segunda entrega del tomo segundo de la interesante novela [illegible], el que seguirá publicándose hasta su conclusion.